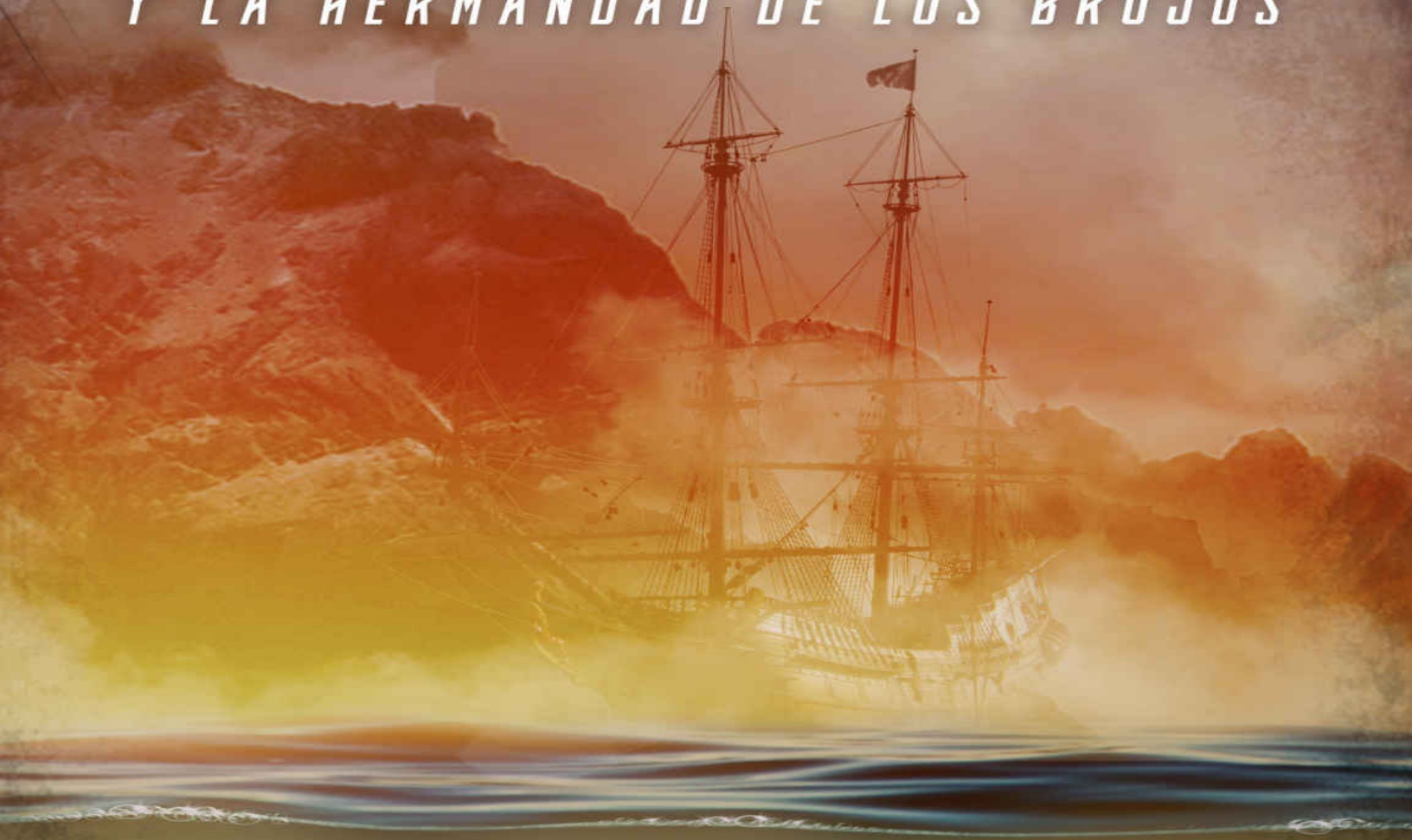


EL CAPITÁN MALAPATA Y LA HERMANDAD DE LOS BRUJOS



PETER BLUES

EL CAPITAN MALAPATA

Y la Hermandad de los Brujos

Peter Blues

Copyright©2018 Peter Blues
Todos los derechos reservados

www.peterpblues.com

Le dedico este libro a mi hija Sofía.
Nuestra pequeña historia se convirtió en

una gran aventura.

Índice

1. MALAPATA TIENE UN MAL ENCUENTRO
2. EL CAPITÁN BUSCA UNA SOLUCIÓN
3. EL MAGO MARKUS SALAZAR
4. LA EXPLICACIÓN
5. EL CAPITÁN MALAPATA SE VA DE COMPRAS
6. ¿A DÓNDE SE HA IDO LA MALA SUERTE?
7. LA POCIÓN DE LA ETERNA SOLUCIÓN
8. ÉRICA CUENTA SU HISTORIA
9. ¿HA FUNCIONADO LA POCIÓN?
10. ALGO HA SALIDO MAL
11. EL AMULETO DEL DRAGÓN DE JADE
12. EL GRAN BANQUETE
13. LA TRIPULACIÓN DE LOS MALDITOS
14. PRESENTACIONES
15. LA PROPUESTA
16. SE ORGANIZA LA EXPEDICIÓN
17. LEVAMOS ANCLAS
18. LA ISLA DE LAS TINIEBLAS
19. EL MAPA
20. NOS ADENTRAMOS EN LOS PANTANOS
21. LA JUNGLA DE LOS INVISIBLES

22. EL MAGO MARKUS SALAZAR SE CONFIESA

23. EL PRECIPICIO DE LA DESESPERACIÓN

24. EL GIGANTE GRENDEL

25. LA CUEVA DEL OLVIDO

26. LA FORTALEZA CARMESÍ

27. EL TRAIADOR

28. EL SOL NEGRO

29. LA PROMESA

30. EPÍLOGO

EL CAPITAN MALAPATA
Y la Hermandad de los Brujos.

1. MalaPata tiene un mal encuentro

Las cosas no habían sido siempre así para el capitán MalaPata. Hubo un tiempo en el que se habría considerado un pirata afortunado. Tenía un buen barco con el que navegar, una tripulación que seguía sus órdenes sin quejarse demasiado, y de vez en cuando, un buen botín a la vista al que clavarle sus garras. La vida le sonreía y las cosas le iban bien.

—Pero todo cambió aquel fatídico día —se lamentó MalaPata en voz baja mientras apuraba un nuevo vaso de ron en el camarote del Gato Negro. Se quedó mirando el fondo del vaso y empezó a recordar lo que pasó aquella maldita jornada diez años atrás.

Todo comenzó como otro día normal y corriente. La mar estaba en calma y había una ligera brisa del sur.

—Buen tiempo para salir a la caza de algún barco mercante que esté descuidado —dijo el pirata con una sonrisa que dejaba pocas dudas de sus intenciones.

Sin dudarle ni un instante reunió a su tripulación y se hizo a la mar.

—¡Hoy me siento afortunado! —¡seguro que lograremos un buen botín! — les gritó a sus hombres desde detrás del timón mientras lo giraba un poco hacia el suroeste.

No había hecho más que decir esto cuando el vigía, que estaba subido en el palo mayor, gritó.

—¡Vela en el horizonte!

—¡Veinte grados a estribor!

El capitán MalaPata giró en la dirección que le indicaba el muchacho que hacía de vigía mientras que, con la otra mano, sacaba el catalejo de su funda. Estiró el cilindro de metal y miró despacio hasta distinguir la forma del barco al que quería dar caza. Era un galeón de tres palos, y por lo que veía, no parecía tener ningún cañón para su defensa. Era sin duda un barco mercante de los que

hacían la ruta desde Maracaibo a la isla de la Habana llevando alguna carga de oro o plata.

—Una presa fácil —se relamió el capitán saboreando los tesoros que pensaba robar.

—Sabía que hoy las cosas me iban a salir bien — rio a carcajadas el capitán MalaPata, mientras gritaba a sus hombres las órdenes necesarias para desplegar todas las velas del barco y así poder dar alcance a su presa. Realmente no sabía lo equivocado que estaba.

Con todas las velas desplegadas el *Tiburón*, que así era como se llamaba el bergantín del capitán MalaPata, parecía cortar las aguas como un cuchillo afilado. No había un barco más rápido en todo el mar Caribe, y muy pronto se lo iba a demostrar al mercante que acababan de avistar. Estaba claro que la otra nave se había dado cuenta de la presencia del barco pirata, ya que había girado noventa grados a babor e intentaba poner rumbo a la isla de la Española, la más cercana a su posición, para ponerse a salvo de la amenaza de los piratas. Todos los mercaderes de la zona conocían los peligros de navegar por esa zona y el destino que te esperaba si eras capturado por uno de esos piratas sangrientos. Perder la mercancía, perder el barco y posiblemente, perder la vida.

Pero la caza era muy desigual. El galeón iba cargado completamente y se movía con lentitud comparado con el *Tiburón*, que solo llevaba a su tripulación y 12 cañones dispuestos para entrar en acción. En solo una hora la distancia entre las dos naves se había reducido a poco más de una milla.

Las dos estaban tan cerca que ambas tripulaciones podían distinguirse las caras con toda claridad. Las de los piratas apenas mostraban ningún sentimiento, acostumbrados a este tipo de vida, pero en la de los mercaderes se leía el miedo y la resignación ante lo que se les venía encima. Todas menos una. Había un personaje en la cubierta del barco mercante que parecía totalmente despreocupado por la situación en la que se encontraba. Estaba vestido todo de negro y se encontraba sentado en una silla con los ojos cerrados como si se estuviese echando una siesta en medio de una tempestad.

El capitán MalaPata dio las últimas órdenes antes del abordaje. El *Tiburón* se puso al lado del galeón mercante y en un instante varias cuerdas con garfios metálicos fueron lanzadas sobre su cubierta a la vez que los cañones del barco pirata abrían fuego para acabar con cualquier tipo de resistencia. En un abrir y cerrar de ojos los piratas habían tomado posesión del mercante y de todos sus tesoros.

—Esto ha sido pan comido —se alegró MalaPata.

Él prefería este tipo de abordaje, ya que aunque intentaba mostrar un aspecto fiero y sanguinario delante de los demás, y sobre todo delante de su tripulación, no le gustaba nada tener que matar a este o aquel marinero por un puñado de monedas de oro. Era preferible solucionar las cosas de una manera pacífica, o al menos todo lo pacíficamente que se pueden hacer las cosas cuando uno tiene por oficio ser pirata, ya que si el resto de su tripulación empezaba a notar que se había vuelto blando, lo más posible es que acabes con un motín y andando la plancha de tu propio barco para terminar en el fondo del mar.

Estaba Malapata pensando en estas cosas cuando notó la presencia del extraño personaje que estaba sentado en una silla en medio de la cubierta sin ni siquiera haber movido un dedo a pesar de todos los disparos y peleas entre ambas tripulaciones.

—A lo mejor está muerto —pensó el capitán, mientras se acercaba a él con el sable en la mano por si intentaba alguna cosa rara. Cuando llegó hasta la silla, MalaPata le dio un ligero golpecito. El hombre de la silla ni se movió.

—Debe haber muerto de miedo o de un ataque al corazón cuando hemos asaltado el barco. Pasa a menudo con los mercaderes inexpertos que tientan a la suerte para hacer fortuna cuando son asaltados por piratas — reflexionó pensativo.

Como había deducido el capitán por las exóticas vestiduras que llevaba el hombre, estaba claro que no era ni un mercader, ni un marinero. —¿Acaso podía ser un religioso haciendo una peregrinación? —ese traje negro le recordaba a algo. —¿Dónde había visto u oído hablar de una prenda así?.

De repente, el capitán MalaPata sintió un escalofrío recorrerle la espalda cuando finalmente, su oxidada memoria logro recordar quien llevaba ese hábito negro.

—Maldición, como no me he dado cuenta antes, son los peligrosos miembros de la Hermandad de los Brujos de la Isla de las Tinieblas los que vestían ese hábito negro —Su cerebro se esforzó en recordar a toda velocidad todo lo que sabía sobre ellos, de las leyendas y habladurías que había escuchado narrar en las tabernas cuando se ha bebido demasiado ron, ya que nadie les nombraría sin estar completamente borracho o en su sano juicio.

Eran hombres que habían abandonado su vida normal para dedicarse en

cuerpo y alma a la práctica de la magia negra. Su maldad era conocida en todos los mares del Caribe, pero por fortuna vivían casi siempre recluidos en la Isla de las Tinieblas, donde algunos barcos, que habían pasado cerca de sus costas, contaban que habían visto grandes luces y explosiones salir de la niebla que recubría la isla constantemente.

—¿Pero qué hacía uno de ellos, en medio del océano, en un galeón mercante con destino a la isla de la Habana? —se preguntó MalaPata desesperadamente, mientras retrocedía lentamente alejándose del brujo al ver que este se empezaba a levantar.

—Vaya, parece que al final habéis logrado interrumpir mi meditación. Si hay algo que odio es que me molesten cuando estoy meditando, y encima un grupo de piratas pelagatos como vosotros —dijo el extraño mientras abría los ojos y empezaba a levantarse de la silla. Ahora el hombre estaba de pie contemplado todo lo que había pasado a su alrededor.

Al incorporarse el monje de negro, MalaPata pudo observar la gran cicatriz que le cruzaba todo el lado derecho de la cara, dándole un aspecto horroroso.

El resto de la tripulación del *Tiburón*, que acababan de encerrar a los marineros del barco mercante en la bodega, se percataron por primera vez de la presencia del hombre extrañamente vestido que andaba por la cubierta sin prestarles demasiada atención, como si no existieran.

Uno de ellos cometió el error de acercarse al brujo y mientras depositaba una pesada mano en su hombro le dijo.

—Me imagino que vienes de alguna fiesta de carnaval con ese extraño vestido que llevas, pero ahora te vas a reunir con el resto de la tripulación en la bodega hasta que decidamos que hacer contigo. A lo mejor tienes suerte y alguien de tu familia paga un buen rescate por ti antes de que te arrojemos al mar —dijo el pirata mientras soltaba una carcajada.

El brujo levantó su mano hasta tocar los dedos del infeliz que todavía reposaban en su hombro y dijo en un susurro.

—Expiratum.

El pirata se quedó paralizado, mientras miraba con horror como sus dedos empezaban a deshacerse, como si estuviesen hechos de arena, para seguir subiendo por su brazo hasta que del pobre pirata no quedó más que un montón de polvo que reposaba en la cubierta, a los pies del brujo. Un segundo después

desapareció barrido por una ráfaga de viento, como si nunca hubiese estado allí.

El resto de los hombres del capitán MalaPata se quedaron aterrados al ver lo que había pasado.

—¿Alguien más quiere encerrarme en la bodega del barco? —pregunto el brujo.

Nadie se movió. Estaban paralizados por el miedo.

—Soy Orus, miembro de la Hermandad de Brujos de la Isla de las Tinieblas —se presentó el extraño con una potente voz.

—Si habéis sido afortunados nunca habréis oído hablar de nosotros, y si no, ya sabéis, por lo que acabáis de ver, de lo que soy capaz. Así que os sugiero que regreséis a vuestro barco y os vayáis a toda prisa antes de que pierda la paciencia y me enfade de verdad, lo que tendrá unos resultados mortíferos para vosotros —les desafió Orus.

El capitán MalaPata estaba pensando que hacer. Su cerebro barajaba todas las posibilidades que tenían. Habían trabajado duro para dar caza a este barco, y por lo que le dijeron sus hombres estaba cargado hasta arriba de oro y joyas preciosas. Un inmenso botín que no quería dejar escapar. Además este extraño personaje estaba solo y ellos eran más de veinte para hacerle frente. Sus posibilidades de ganar la partida parecían bastante favorables. Sin pensárselo dos veces les gritó a sus hombres.

—¡Al ataque!, ¡acabad con este maldito brujo!

—Será vuestro funeral —les respondió el brujo Orus sonriendo sin ni siquiera pestañear.

Lo que paso después todavía está un poco confuso en la mente del capitán MalaPata. Sobre todo después de haber bebido tantos vasos de ron para intentar olvidar aquel funesto día.

Solo recordaba ciertas imágenes. Sus hombres desenvainando los sables y pistoletes a la vez que se lanzaban a la carga contra Orus. El olor de la pólvora de su pistola cuando disparó contra él. Un fogonazo de luz que le dejó medio ciego durante unos segundos y que le tiró por los suelos y después, un silencio total. No se oía nada en la cubierta. Ni los gritos de sus hombres, si tan siquiera el ruido del mar. Solo un silencio absoluto.

Cuando volvió a ver y a oír, no quedaba nadie a la vista. Se levantó como

pudo y miró donde había estado el brujo antes de iniciar su ataque. Seguí allí de pie. Tan tranquilo como antes. Como si no hubiese pasado nada. Alrededor suyo había varios esqueletos chamuscados que debían de pertenecer a lo que antes había sido su tripulación. No quedaba nadie vivo. Solo él.

—Al final este viaje por mar no ha sido tan aburrido como me había dicho mis hermanos de la Hermandad —dijo Orus con una risa que helaba la sangre.

—Incluso he podido practicar un poco de magia negra gracias a estos estúpidos piratas. Pero he dejado lo mejor para el final. Te he dejado a ti con vida, capitán de pacotilla, para que cuentes lo que has visto aquí a todos los piratas que surcan estos mares. Quiero que les digas lo que les espera si intentan atacar a uno de los brujos de la Hermandad de la Isla de las Tinieblas. Y para que tú mismo no lo olvides te voy a hacer un pequeño regalo, que espero que disfrutes cada día del resto de tu miserable vida —y diciendo esto se llevó la mano al pecho para coger en su puño un amuleto verde que reposaba allí, al tiempo que le lanzaba una maldición.

—Cuando andes por el día y duermas por la noche, la fortuna que tenías se transforme en reproche, y vivas en pena y sin gloria, hasta el fin de tus días.

Después de eso no recordaba nada más. Dos días más tarde le encontró otro barco pirata, con la piel quemada por el sol y totalmente deshidratado por haber estado flotando en un trozo de madera, que era todo lo que quedaba del bergantín *Tiburón*.

Cuando contó lo que le había pasado de regreso en la isla del volcán Krakatoa, nadie le quiso creer. Todos pensaban que se había inventado el cuento del brujo para ocultar su propia ineptitud como capitán. Y que seguramente su barco se había hundido, junto a su tripulación, intentando atacar una presa que había sido demasiado grande para el capitán MalaPata.

Pero él sabía la verdad, y sabía que no estaba loco. No había soñado lo que había pasado con aquel maléfico personaje. Y para recordárselo más claramente, empezó a notar los efectos de la maldición inmediatamente.

Después de perder prácticamente todo lo que poseía, apostando en juegos de azar, se enroló en varios galeones piratas como parte de la tripulación. Pero si salía a atacar algún barco en el mar, el cielo se ponía todo negro y una terrible tormenta engullía al barco en el que navegaba el capitán. Si había buen tiempo, resulta que una extraña calma, se apoderaba del puerto y no soplaban ni la más mínima brisa marina para inflar las velas del galeón. Parecía como si los

elementos conjuraran contra MalaPata. Si algo podía salir mal, desde que se levantaba hasta que se acostaba, salía.

Una vez parecía que su suerte había cambiado. Era un día perfecto para navegar. Todo iba, literalmente, viento en popa. Estaban dando caza a un barco que parecía estar cargado de tesoros y mercancías preciosas. El capitán MalaPata, que ahora era solo el pirata MalaPata al no tener un barco propio, se lanzó al abordaje con el resto de los hombres que formaban la tripulación para aterrizar en, lo que parecía, un barco fantasma. No había ni un alma en la cubierta.

—Qué raro —pensó MalaPata —no parece haber nadie a bordo del barco.

—¿Dónde estará todo el mundo? —preguntó en voz baja al resto de sus compañeros, por si les estaban intentando tender una emboscada.

Todo aquello era muy extraño, lo normal era encontrar cierta oposición al intentar robarles sus pertenencias a otros.

—¿Se habrán tirado todos por la borda al vernos venir pensando que les íbamos a masacrar a sangre fría? —se preguntaba el capitán cada vez más pasmado.

Por desgracia esa no era la explicación a tan extraña situación. La razón por la que aquella nave parecía un barco fantasma era que toda la tripulación estaba en la bodega del barco, enferma con escarlatina y apenas podían moverse de sus hamacas. La habían cogido en alguna de las islas que había frecuentado en su travesía. Para más infortunio habían descargado todas las mercancías que llevaban en el puerto la mañana anterior al ataque del capitán. Así que el galeón de MalaPata regresó a la isla con las manos vacías y con una tripulación llena de picores por todo el cuerpo, pensando que probablemente habían contraído la enfermedad.

El rumor de que el capitán MalaPata estaba gafado se extendió por toda la isla como la pólvora. La gente que inicialmente no había creído la historia del brujo Orus empezó a tomarse la maldición muy en serio.

A partir del episodio del barco fantasma, al capitán le fue imposible encontrar trabajo con ninguna de las tripulaciones que operaban en la isla Krakatoa. Sus antiguos amigos le empezaron a dar la espalda, y si intentaba quedar con ellos, siempre encontraban una excusa para posponer sus visitas. Todos estaban asustados de contagiarse de su maldición, que parecía atraer la

mala suerte allá donde fuese. Los piratas son de sobra conocidos por ser terriblemente supersticiosos, así que saber que tenían a alguien cerca de ellos que era un imán para la mala suerte, les ponían los pelos de punta.

En ocasiones, hasta a la cosa más nefasta se le puede sacar partido. Al no tener nada que hacer, aparte de deambular solo por los muelles del puerto, el capitán MalaPata pasó por delante de un barco que parecía abandonado. Solo un milagro lo podía haber mantenido a flote, teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba. La cubierta estaba cubierta de mugre, y las velas colgaban en jirones que bailaban movidos por la brisa marina. Cuando fue a indagar sobre el dueño del barco nadie le pudo decir gran cosa, aparte de que llevaba allí varado más de cinco años sin que nadie se hubiese acercado a él.

—Qué cosa tan extraña que alguien haya dejado un barco abandonado, así por las buenas. Voy a acercarme a hablar con los miembros del consejo pirata a ver si ellos me pueden aclarar este misterio —se dijo decidido MalaPata.

Veinte minutos más tarde estaba hablando con un reacio miembro del consejo, que lo último que quería hacer era estar cerca del tristemente famoso capitán MalaPata.

—Venerable miembro del consejo, he venido a pedir información sobre un barco que esta varado en el puerto desde hace unos años, para saber si puedo llegar a un acuerdo de compra con su dueño, pero nadie parece saber a quién le pertenece.

—El barco al que te refieres pirata MalaPata, fue abandonado por su dueño hace unos años en nuestro puerto. Tras amarrarlo en el muelle donde tú lo has visto, se embarcó en una expedición a los mares de oriente y nunca se volvió a saber de él —le respondió el venerable pirata.

—Lo último que dijo antes de partir fue que quería poner tierra, o en este caso mar, de por medio entre él y el barco, que no le había traído más que desgracias e infortunios.

—Si quieres tomar posesión del barco solo deberás pagar tres doblones de plata, como estipula la tradición en caso de barcos abandonados por sus legítimos dueños —finalizó el venerable consultando un viejo libro y esperando con esto lograr deshacerse de MalaPata a la mayor brevedad posible.

—Si ese es el caso aquí tenéis el dinero —dijo el capitán mientras hurgaba en una bolsa de cuero que había vivido tiempos mejores.

MalaPata no podía creer su suerte, un bergantín de tres palos por un puñado de doblones.

—Se me olvidaba comentarte una cosa —añadió el viejo pirata, —el nombre del barco es el Gato Negro —y sin añadir nada más se dio la vuelta y se marchó a toda prisa, pensando en cómo deshacerse de las monedas que le había dado el capitán, antes de infectarse por la maldición.

—Esto aclara el misterio. Esa era la razón por la que nadie quería el barco. Con un nombre como ese ningún pirata en su sano juicio se haría a la mar con él — pensó el capitán desesperanzado.

Por lo menos ahora tendrían que volver a llamarle capitán, ya que era dueño de un navío.

—Algo es algo —se dijo, intentando animarse.

Durante los siguientes meses se empleó a fondo en limpiar y restaurar el estado del Gato Negro con bastante ilusión, pero con pocos fondos. Poco a poco, lo que antes había sido una ruina flotante que estaba a punto de hundirse, era ahora un bergantín reluciente de popa a proa. Las velas habían sido reparadas y el casco había recibido una nueva capa de brea para detener unas cuantas goteras en la bodega.

Pero los problemas de MalaPata continuaban. Los días pasaban y nadie quería formar parte de su tripulación. Su nuevo barco estaba siempre vacío y amarrado en el muelle número trece del puerto. Unas grandes telarañas empezaron a recubrir sus mástiles por la falta de uso, para la gran alegría de las arañas que allí vivían.

El capitán pasaba los días rememorando tiempos mejores en su camarote del Gato Negro, donde sabía que nadie le molestaría, mientras se tomaba un último vaso de ron a la salud de los camaradas perdidos en aquel maldito encuentro diez años atrás. El problema era que nunca era el último. Siempre le seguía uno más, hasta que el sueño le ganaba la partida y el capitán tenía un poco de paz.

—Debe haber algo que pueda hacer para deshacerme de esta maldición — reflexionó antes de dormirse embriagado por el ron.

Ese algo le esperaba muy cerca sin saberlo todavía.

2. El Capitán busca una solución

Sus problemas no parecían tener solución posible, cuando un día en la Taberna de la Calavera oyó hablar a dos individuos en la mesa de al lado.

—¿Has oído que hay un mago viviendo en la cabaña abandonada del bosque? —Por lo visto es un mago muy poderoso que vende hechizos y pociones para la gente que tiene problemas de todo tipo. Te aseguro que a mí me irían bien un par de pociones de amor —dijo uno de ellos soltando una risotada.

—Yo tengo problemas de todo tipo por culpa de mi maldita suerte —pensó el pirata Malapata. —A lo mejor este mago podría darme una poción para deshacerme de ella.

Con una sonrisa de oreja a oreja, el capitán salió de la taberna con dirección al bosque. La gente que le veía pasar lo miraba muy sorprendida. Hacía mucho tiempo que no le habían visto sonreír.

El plan era sencillo. Ir al bosque, encontrar al mago y pedirle que le hiciese un potente hechizo, poción o lo que fuese con tal de deshacerse de su maldición.

—¿Qué podría salir mal? —asintió encantado nuestro amigo.

Pero claro, cuando se tiene tanta mala suerte como tenía el capitán MalaPata, la lista es interminable.

La primera vez que fue a buscar al hechicero se perdió, cuando una extraña niebla, salida de la nada, engulló el bosque por donde andaba haciendo imposible ver el camino.

La segunda vez se puso a nevar tanto que no pudo pasar por los caminos que llevaban al bosque, y eso que para que nieve en el Caribe hay que tener muy mala suerte.

Pero en vez desesperarse y abandonar su idea por todos estos contratiempos y problemas, MalaPata estaba más decidido que nunca a terminar de una vez por todas con su maldición.

Mientras tomaba algo caliente para recuperarse de la extraña nevada, se le ocurrió una gran idea. Si él no podía encontrar al mago, quizás el mago podría encontrarle a él. Así que dicho y hecho, se fue a la oficina del periódico local, *El Esqueleto Parlanchín*, y puso un anuncio en la primera página.

Se busca mago poderoso
Para poder acabar
Con una terrible maldición.
Se recompensará generosamente.
Preguntar por el
capitán Malapata.

Si alguna vez había tenido alguna oportunidad de terminar con su eterna racha de mala suerte era esta. Estaba claro que tenía que combatir el fuego con el fuego, así que la magia debería destruir a la brujería si quería salir del pozo sin fondo en el que se estaba hundiendo.

Pasaron los días y nadie respondió al anuncio que el capitán había publicado. Sus esperanzas empezaban a disolverse, al igual que las pocas monedas que le quedaban para seguir viviendo.

Pero justo antes de que acabara la semana, mientras el capitán MalaPata intentaba sacar su pie de un agujero que acababa de pisar en la cocina de su casa al entrar corriendo porque se le estaba quemando la comida que tenía en una olla al fuego, oyó como alguien llamaba a la puerta.

—Qué raro —musitó —nadie viene nunca a visitarme por miedo a que se le pegue mi mala suerte —¿Quién podrá ser?

Después de lograr sacar su pie del agujero, pero no el zapato, que se quedó allí dentro, MalaPata abrió la puerta.

Para su sorpresa, delante de él tenía a una persona vestida de la manera más rara que él jamás nunca había visto, y eso que a veces, los propios piratas se visten de una manera realmente singular, debido a que casi ninguno de ellos tienen espejos en sus casas por miedo a romperlos por error, y tener siete años de

mala suerte, como dice la creencia.

Pero volvamos a nuestro curioso visitante. Una gran capa que llegaba hasta el suelo le cubría todo el cuerpo. Su sombrero terminaba en una alargada punta, al igual que sus zapatos. Y una gran barba blanca poblaba toda su cara. Incluso tenía uno de esos aparatos para ver bien. Unos anteojos. El capitán había visto unos parecidos cuando fue a la biblioteca del pueblo a pedir algunos libros para avivar su fuego, por falta de fondos para comprar madera. El bibliotecario, que llevaba unos iguales, le echo de allí sin contemplaciones.

—Vamos, como si quemar libros fuese una barbaridad —razonó perplejo MalaPata

El curioso personaje se sacudió el polvo de su capa y con una ligera reverencia le preguntó.

—¿Es esta la casa del capitán MalaPata, el mismo que ha puesto un anuncio en el periódico para deshacerse de una terrible maldición?

El mago no necesitaba realmente una respuesta. Solo tuvo que mirar al capitán de arriba a abajo para saber que estaba en la casa correcta. Le faltaba un zapato que se había quedado en el agujero de la cocina, y de la punta de su sombrero, todavía salía un hilillo de humo en el la zona que se le había incendiado al intentar apagar la lumbre de la cocina. Este era sin duda su hombre.

—Sí señor, esta es —, respondió de todas formas el pirata. —¿Y usted quién es?.

—Para su información señor MalaPata, soy el Gran Mago Markus Salazar. He decidido poner mis servicios a su disposición para ayudarle a deshacerse de su maldición. Después de leer su anuncio he sentido una gran curiosidad por conocerle. No todos los días se encuentra a alguien que ha sido maldecido. Por lo visto, según cuenta la gente del lugar, no hay nadie que tenga más mala suerte que usted a lo largo y ancho de todas las islas del mar Caribe. La naturaleza y tipo de maldición que le afecta debe de haber sido creada por un poderoso brujo o un talismán maléfico de una potencia increíble. No hay otra explicación debido a los efectos y duración de la misma, por los rumores que han llegado hasta mis oídos esta semana. Romperla será un gran desafío para mis habilidades. Así que si le parece pongámonos manos a la obra.

Al pirata MalaPata no tuvo que decírselo dos veces. Lo agarro por la manga

de su traje y le metió a toda prisa en su casa.

—Mi vida está en sus manos, mago Salazar, estos últimos diez años han sido una pesadilla interminable para mí —le dijo esperanzado el pirata. — Dígame lo que necesita y lo conseguiré inmediatamente.

El mago se rasco la cabeza y le contestó.

—Primero debo investigar qué tipo de maldición ha sido impuesta sobre usted. Necesitaría que me contase en primer lugar, con todo tipo de detalles, como se ha visto afectado por la maldición que atrae la mala suerte hacia su persona de una manera tan poderosa.

El mago Salazar propuso dar un paseo para contarle su historia aprovechando el día tan esplendido que hacía, pero fue poner un pie en la calle y enseguida el cielo se oscureció con unas nubes negras, negrísimas y empezó a llover sin parar, a la vez que se levantaba un gran vendaval. A MalaPata todo esto le daba muy mala espina, pero por no hacerle un feo a su invitado, hizo de tripas corazón y salió a la calle. Como llovía tanto los dos buscaron cobijo bajo un balcón, pero nada más detenerse, se escuchó un enorme ruido que provenía de encima. Solo tuvieron el tiempo justo de levantar la cabeza y tirarse a un lado al ver la enorme maceta que se les venía encima, literalmente. Un segundo después reposaba en el suelo, esparcida en mil pedazos. Unos centímetros más a la derecha y este hubiese sido el final de la aventura para el capitán. El mago Markus estaba impresionado.

—Esta maldición parece prometedora — comentó el mago frotándose las malos mientras sonreía como un niño que acaba de abrir sus regalos el día de navidad.

Al día siguiente, intentaron volver a salir a la calle. Estaba vez no hubo lluvia. Al pasear por la calles el mago Markus notó que los gatos negros evitaban cruzarse con el pirata MalaPata, y no al revés como suele ser lo normal, por miedo a que te peguen la mala suerte.

—Qué cosa tan curiosa —reflexionó el mago.

Cuando llegaron al puerto el capitán MalaPata se sentó en un banco y le contó su desafortunado encuentro con el Brujo Orus.

—He oído hablar de la Hermandad de la Isla de las Tinieblas —comentó Markus Salazar. —Son brujos poderosos y malvados que solo practican la magia para su propio beneficio. Si uno de ellos te echó la maldición será realmente

difícil romperla, aunque no imposible. Debemos tener fe —, le consoló el mago, mientras apoyaba su mano en el hombro del pirata para darle ánimos.

Y así día tras día el mago fue reuniendo las pruebas que necesitaba para obtener un diagnóstico capaz de acabar con el mal que afectaba al pirata.

—Bueno, querido capitán. Tras una semana de estudios y pruebas he llegado a una conclusión sobre tu problema —El pirata no podía contener los nervios.

—Por lo que he podido observar y con los antecedentes de los *Brujos Carmesí*, que es como se les conoce a los miembros de la Hermandad en el mundo de la magia, me temo que nos enfrentamos a la Maldición Errante.

Markus pasó a explicarle todo lo referente al extraño mal que le afectaba mientras tomaban algo en la Taberna del Esqueleto.

—Lo que conozco sobre ella solo es a través de tratados de magia negra que han llegado a mis manos. Nunca antes la había visto actuar en las carnes de ningún individuo. Para lanzarla se debe poseer un instrumento mágico realmente poderoso, pero por lo que tú me contaste de tu encuentro con el tal Orus, este empuñaba un amuleto verde cuando te lanzó la Maldición Errante. Ese debe ser el origen de la misma. Normalmente se necesita el mismo objeto que la creó para poder neutralizarla, pero en este caso creo que hay algo que podría probar antes y que confío, sea la solución a tus problemas.

—La Maldición Errante solo se extingue con la muerte de la persona que la sufre, así que si no la eliminamos, será tu fiel compañera hasta el fin de tus días, tal y como te dijo pérfido Orus.

Un escalofrío recorrió la espalda de MalaPata al oír esto. Fuese como fuese debía hacer lo necesario para librarse de esta plaga que le consumía la vida.

—Ahora debes tener fe en mí. Te doy mi palabra de mago que encontraremos la solución a tu problema —Le aseguró el mago.

El capitán MalaPata se tranquilizó un poco al ver que, quizás, el mago Salazar podría poner fin a todos estos años de sufrimiento. Era la primera vez en mucho tiempo que veía un poco de luz al final del túnel en el que se había convertido su existencia.

3. El Mago Markus Salazar

Para ser un mago hay que estudiar muchos libros, pero para ser un gran mago has de beber y respirar la auténtica esencia de la magia. Esto solo se consigue dedicándote en cuerpo y alma a su práctica y estudio. Markus lo había dado todo por la magia. Y aunque algunas noches las pesadillas le acosaban por los sacrificios que había tenido que hacer para llegar a donde ahora estaba, la magia se lo había devuelto con intereses.

La satisfacción de poder ayudar a la gente que le necesitaba era pago más que suficiente para él. Suficiente para tener a sus fantasmas del pasado a raya.

Ahora tenía un nuevo desafío a la vista, y si había algo que le daba la vida a Markus Salazar, era un desafío en el que se ponía a prueba su magia.

El mago empezó a leer montones de libros que traía en su maletín de viaje. Era una cosa rarísima. Cada vez que necesitaba un libro decía su nombre y este aparecía, literalmente, por arte de magia dentro de su maleta de viaje.

Uno a uno fue poniendo en una gran pila todos los libros que trataban sobre como eliminar la mala suerte. Algunos de sus títulos eran muy curiosos.

- Tratado sobre la fortuna en la vida.
- Mil y una maldiciones y como eliminarlas.
- El libro de los talismanes de la buena suerte.
- Hechizos para romper el mal de ojo.
- Las 100 Pociones que todo mago debe conocer.

Y así un sinfín de otros títulos en los que el mago Salazar esperaba encontrar respuesta al problema de nuestro amigo.

Salazar leía por la mañana y leía por la noche. Leía cuando comía y leía cuando se aseaba. Hasta leía cuando dormía gracias a un hechizo de lectura con los ojos cerrados que aprendió en la escuela de magia, y que le vino fenomenal para aprobar sus exámenes de aspirante a mago.

Mientras tanto MalaPata andaba arriba y abajo por la casa como alma en pena, en un estado de puro nerviosismo por saber cuál era la posible solución a su mal.

El mago, cansado del ir y venir del capitán, se deshizo de él con el pretexto de que necesitaba que fuera a hacer unas compras indispensables para su investigación, aunque el capitán no estaba muy seguro en que les iban a ayudar un zumo de coco y un par de pasteles de piña en almíbar.

Después de una semana sin para de leer, el gran mago Salazar terminó el último de los libros que estaban esparcidos medio abiertos por toda la casa del capitán MalaPata.

El mago parecía haber envejecido una decena de años desde que llegó a su casa, por el esfuerzo extenuante de devorar cientos de libros en apenas una semana.

El pirata no pudo contener más su impaciencia, y mirándole a los ojos le preguntó. —¿Has encontrado alguna solución para acabar con la Maldición Errante?

Markus se masajeó la frente, lentamente, como si estuviese saliendo de un pesado sueño. Esta última semana había sido agotadora mental y físicamente. Mantener la concentración necesaria para leer todos los tratados durante veinticuatro horas ininterrumpidas había consumido gran parte de su energía mística, pero había valido la pena. Una ligera sonrisa apareció en los labios del mago cuando respondió la anhelante pregunta del capitán.

—Te pedí que tuvieses fe en mis conocimientos y creo que no te voy a defraudar. Creo haber encontrado una fórmula mágica capaz de disolver los efectos de la Maldición Errante. En un viejo manuscrito hallado en el Mar Muerto se describe una poción capaz de neutralizar cualquier maldición por poderosa que esta fuese. El único problema es que es tan potente como peligrosa.

A continuación Salazar le relató lo que decía el texto.

—Cuenta la leyenda del manuscrito que un viejo mago, desesperado al ver como una plaga infernal era desencadenada sobre su pueblo por un diabólico brujo que deseaba quedarse con las tierras en las que vivían, hizo un pacto con los Dioses arcanos para que le diesen una manera de derrotar a la maldición que afectaba a su pueblo y que estaba acabando con ellos poco a poco. Los Dioses

escucharon sus súplicas y le enviaron en un sueño la fórmula para crear una poción tan poderosa, que destruiría todos los males de los habitantes que la tomaran. El viejo mago siguió las instrucciones que había visto en su sueño y dio a beber el líquido a todos los habitantes del pueblo. Inmediatamente sus males se desvanecieron y la vida retomó su normalidad. El malvado brujo que los había maldecido enfureció al ver que su plan no había dado resultado. Decidido a vengarse tomó la apariencia de un pobre pastor y se fue a ver al mago con la intención de robarle el secreto de la misteriosa poción que había arruinado su plan. Al llegar a la casa del anciano le contó una fábula sobre un extraño mal que le estaba arruinando la vida. La bondad del mago pudo más que su cautela. Sin sospechar de las pérfidas intenciones de su visitante, se fue a su laboratorio a buscar la poción. El brujo le siguió silenciosamente y cuando estaba bajando el frasco que la contenía, este le apuñaló por la espalda y salió corriendo con su botín. Por suerte para nosotros capitán, antes de morir de sus heridas logró transmitir la fórmula a su aprendiz y dejarla escrita en este libro que tengo aquí.

El capitán, que no se había perdido ni una palabra de lo que Markus le estaba contando, le preguntó con la curiosidad de un niño pequeño.

—¿Y qué pasó con el brujo que le apuñaló a traición?

—Nadie lo sabe con certeza, pero el villano fue bastante descuidado al robar la poción, ya que con la prisas por hacerse con ella no se dio cuenta de que la poción se acompaña de un sello mágico.

—¿Un sello mágico? —preguntó MalaPata con curiosidad.

—Son unos movimientos que deben realizarse con las manos para terminar de darle forma a la poción. Vamos, para que cumpla su cometido. Si no se realizan, o se hacen mal, la fórmula te dará un resultado completamente inesperado, y normalmente fatal.

—Si el brebaje que se llevó estaba terminado, puede que lo guardase como antídoto por si algún rival le echaba alguna maldición, pero si no lo estaba, lo más probable es que la poción le haya consumido al beberla. Todo el que practica la magia sabe que no se puede jugar con ella, si lo haces, uno puede acabar quemándose los dedos.

El mago Salazar se levantó de la silla y se estiró como un gato que acabara de terminar su siesta.

—Esta poción debería ser la solución a tu problema, así que la he bautizado

con el nombre de la Poción de la Eterna Solución. Quizás suena un poco pomposo y grandilocuente, pero creo que la ocasión y el tamaño del reto al que nos enfrentamos lo merecían. Añadió Salazar con una sonrisa. —Gracias a ese viejo mago espero poner fin a tus días de mala suerte.

El capitán estaba encantado con lo que acababa de escuchar. Por fin un rayo de esperanza entre tanta desesperación.

—Veo que hay un brillo de optimismo en tus ojos capitán, y eso me llena de satisfacción —le dijo el mago encantado —pero quiero que entiendas que la preparación de esta poción conlleva multitud de peligros. Debes conocer el precio que pagarás si la poción no funciona correctamente o si cometemos alguna equivocación en su formulación.

El capitán MalaPata se llevó las manos a la cintura y le respondió valientemente.

—Si te refieres a que puedo morir en el intento, no me preocupa nada en lo más mínimo. Cualquier cosa será mejor que la existencia que llevo ahora.

—Hay cosas peores que la muerte capitán, mucho peores —le dijo Markus por respuesta, mientras su cansada vista parecía perdida en un negro pasado.

MalaPata tragó saliva sin saber muy bien a lo que se refería el mago.

4. La explicación

Lo primero que debemos de hacer es reunir todos los ingredientes que voy a necesitar para la poción —le dijo el mago. —Es una lista bastante larga porque la poción es extremadamente difícil de elaborar. Lo complicado será localizar algunos de los elementos que voy a necesitar, ya que son bastante poco comunes.

—Sea lo que sea lo encontraré —dijo MalaPata con decisión. —Nada podrá detenerme, te lo aseguro.

El mago parecía satisfecho con su respuesta.

—Muy bien. Me alegra ver que tengo toda tu confianza. Pongámonos manos a la obra.

Markus le explico lo que tenían que hacer.

—El arte de crear pociones es tan antiguo y complejo que es necesario realizar muchas pruebas y experimentos antes de dar con la poción perfecta para la persona que te la ha pedido. Se debe tener mucho cuidado porque el menor error puede tener un efecto inesperado en ella. Puedes crear una poción para volver más bella a una dama y que, tras unos días, le empiece a salir barba si no has tenido en cuenta la luna llena. O que al hacer un filtro de amor para un caballero, este se sienta irresistiblemente atraído por su gato, ya que al mezclar la poción no tuviste cuidado de limpiar el caldero y algunos de sus pelos se quedaron dentro. Estos son algunos ejemplos para que veas lo cuidadosos que debemos ser — le dijo el mago.

El capitán MalaPata le escuchaba atentamente como si le fuese la vida en ello. Y lo cierto es que así era.

El mago continuó con su discurso.

—En tu caso en particular, debemos asegurarnos que tu mala suerte se transforma en buena. Ya que si la hacemos desaparecer completamente te quedarás sin ningún tipo de suerte. Para que lo comprendas te pondré un ejemplo.

El mago Salazar se sentó en un cómodo sofá para continuar su explicación.

—La suerte de las personas es como un líquido que hay en un vaso. Ese líquido puede ser bueno, malo o una mezcla de los dos. En tú caso la totalidad del líquido es malo, extremadamente malo —dijo el mago haciendo una mueca de asco con su cara. —Y lo que debemos hacer es cambiarlo por uno bueno, o muy bueno si podemos. Pero si no tenemos cuidado y lo hacemos desaparecer, el vaso se quedará vacío y ya no lo podremos llenar con nada. Eso sería un problema realmente difícil de resolver. Un problema que te podría costar la vida —asintió Salazar gravemente.

MalaPata también se había sentado, no para estar más cómodo, como el mago, si no por el gran peso que notaba en sus hombros después de haber escuchado lo que podría pasar.

—Así que si algo sale mal me podría quedar sin suerte alguna —pensó preocupado nuestro amigo. —Solo queda una cosa por hacer. Asegurarme de que todo salga bien y hacer todo lo posible por superar esta terrible situación. Debo vencer a mi mala suerte sea como sea.

El mago le miró fijamente mientras le decía.

—Eso está bien. Tu firme determinación para seguir adelante puede ser la diferencia entre salir victoriosos de esta situación, o que acabemos en el más estrepitoso fracaso.

El capitán se rasco el cuello como asegurándose de que todavía estaba allí. De hecho, si algo se torcía en esta loca aventura, eso era justo lo que se estaba jugando.

—Si no te importa me gustaría hacerte una pregunta personal gran mago Salazar —dijo MalaPata rompiendo el silencio que se había abatido sobre ellos tras sopesar sus opciones.

—Pregunta lo que quieras capitán —respondió el mago —después de todo, es tu vida la que está en juego.

—¿Quisiera saber si alguna vez un error tuyo le ha costado la vida a alguien que vino a pedirte ayuda como yo?

—Vaya, no te andas por la ramas capitán MalaPata —dijo Markus asintiendo con la cabeza lentamente. —Es algo muy personal, pero creo que es justo que tengas tu respuesta. La confianza es uno de los ingredientes clave en la

elaboración de esta, y de cualquier poción mágica. Si no tienes fe en la persona que la prepara, la formula carece de poder místico.

—Pero volviendo a tu pregunta. Solo una vez en mi carrera de mago ha habido una víctima mortal debido a la creación de una pócima. Un formula que nunca debí poner al alcance de la persona que la solicitó, pero era tanto el dolor que sufría que no pude negarme por más que mi sentido común me gritara que no lo hiciese.

—¿Qué clase de pócima era esa que tanto temías? —preguntó el capitán con gran curiosidad.

—La pócima de Resurrección —respondió Salazar sentándose pesadamente en el sillón de la cocina, como si solo con mencionarla, el peso del recuerdo le aplastase.

—Sucedió en otro tiempo, en otra isla. Yo llevaba poco tiempo ejerciendo la profesión de mago y todavía no había aprendido la lección de la soberbia. Pensaba que mi poder podía ayudar a todos, aunque tuviese que romper ciertas reglas contra las que nos habían advertido en numerosas ocasiones durante mis estudios místicos.

—Un aciago día uno de los habitantes del pueblo se acercó hasta mi cabaña. Su cara era un rictus de dolor y sufrimiento. Unos enormes círculos negros le rodeaban sus ojos enrojecidos por las lágrimas. Yo le invité a sentarse para que me contase que era lo que le afligía de esa manera para parecer un muerto en vida, y él respondió.

—Eso es justamente lo que necesito, pero al contrario, que le des vida a la muerte.

—No te comprendo —dije yo.

—Entonces empezaré por el principio. Mi nombre es Curtis, soy un pescador de la aldea. Salgo cada mañana temprano a buscar ostras en la bahía para extraer las perlas, que luego vendo en el mercado. Hace una semana tuve un accidente. Mientras estaba buceando, una fuerte corriente se llevó mi embarcación hasta las rocas y allí fue destrozada por las olas. Cuando salí a la superficie y me encontré en medio de la bahía sin mi barca pensé que estaba perdido, pero la determinación de volver a ver a mi prometida, Wenda, hizo que lograrse llegar a la costa tras nadar dos días sin comida ni agua. Cuando llegué a la playa estaba agotado, pero vivo. Una vez que recuperé las fuerzas suficientes

como para andar, me di cuenta de que la corriente me había arrastrado a varias millas de la aldea. Tardé otros dos días en llegar hasta la casa de mi amada, ya que solo su imagen me había dado fuerzas para vencer a la adversidad, ella era la primera persona que quería ver a mi regreso. Después de todo solo faltaban unos días para nuestra boda. Me sorprendió mucho ver que al llegar a su casa había una gran multitud de gente agolpada en la puerta. Al verme se hizo un gran silencio y la multitud se dividió en dos para dejarme pasar. Algo no andaba bien, la gente no se alegraba de verme vivo, solo bajaban la mirada para que no se cruzase con la mía cuando buscaba respuestas en sus ojos. Cuando llegué hasta la puerta, la madre de Wenda me estaba esperando. Al verme me dio un tremendo bofetón que casi hizo que me cayese al suelo, para después darme un fuerte abrazo mientras lloraba desconsoladamente. Pensaba que me estaba volviendo loco. ¿Qué clase de mundo de pesadilla era este que me recibía a mi regreso?. Al entrar en la casa para que Wenda me explicase qué demonios estaba pasando, lo comprendí todo. Ella yacía en un ataúd de madera velado por las ancianas del pueblo. Me acerqué hasta ella y caí de rodillas con el mundo derrumbándose a mi alrededor.

Yo recordaba algo del desgraciado acontecimiento que había ocurrido hacia unos días en la aldea. Cuando los otros pescadores encontraron la barca de Curtis destrozada en las rocas pensaron lo peor. Después de buscar su cuerpo durante tres días decidieron llevar las terribles noticias a su prometida. Ésta les escucho gravemente, y tras darles las gracias por todo lo que habían hecho, cerró la puerta y se quitó la vida. No quería afrontar el resto de su vida sin la persona a la que amaba.

—La desgracia atrae a la desgracia, capitán — añadió Salazar apesadumbrado. —Es algo que he tenido que aprender por las malas.

—Pero ahora puedes ver lo que el pescador requería de mí. Que trajese a su amada de entre los muertos.

Un escalofrío recorrió al capitán de los pies a la cabeza.

—¿Es eso posible, Markus?

—La magia no tiene límites MalaPata, los límites los imponen los hombres. Pero por desgracia, nosotros si los tenemos —asintió el mago.

—No sé si fue la absoluta desesperación del hombre o mi propia soberbia por probar que podía hacerlo, pero la cosa es que acepté ayudarlo. Algo que he lamentado por el resto de mis días.

—Me encerré en mi estudio y consulté todos los textos que hacían referencia a como devolver la vida a los muertos. La mayoría eran supercherías y completamente inútiles, pero en un libro que había visto una vez en la biblioteca Carmesí, se mencionaba la poción de la Resurrección. Tras muchos esfuerzos, me hice con la formula. La estudié atentamente. Entre las muchas advertencias que mencionaba había una muy específica de no intentar usarla en personas fallecidas hacía más de una semana. Wenda había fallecido hacia exactamente siete días, pero no conocía con exactitud la hora, así que no sabía si se había sobrepasado el límite temporal o no. Cuando le comuniqué mis preocupaciones a Curtis él las ignoró. Me aseguró de que su prometida había muerto al anochecer del séptimo día, y que todavía era posible realizar la poción si nos dábamos prisa antes de que cayera el sol.

—Me lancé a toda prisa, como un loco al que le persigue el diablo, para terminar la formula a tiempo, y una hora antes de que se ocultase el sol, Curtis tenía la poción en sus manos. Ahora solo quedaba probarla. Le expliqué que debía ir solo hasta el cementerio para verter el líquido sobre el cuerpo de Wenda, si todo iba bien ella volvería a la vida como una persona normal. Pero si algo salía mal, le recomendé que se llevase un hacha por si lo que volvía del otro mundo no era su amada. Curtis me agradeció mi ayuda de todo corazón. Salió de mi cabaña con el brillo de la esperanza en sus ojos, el mismo que acabo de ver en los tuyos capitán. Esa fue la última vez que le vi con vida.

—No entiendo Markus —dijo MalaPata confundido. —¿Acaso la poción de la Resurrección no funcionó como debía?

—Estimado capitán, hay cosas en este mundo que es mejor dejar tranquilas, y una de ellas son los muertos. Perturbar su paz suele trae malas consecuencias. Pero para tu tranquilidad te diré que la poción funcionó correctamente.

—¿Entonces cuál fue el problema?

—El problema capitán MalaPata, como siempre, son los hombres —le respondió Markus tristemente.

—Un día más tarde me enteré de que Curtis se había quitado la vida. Le encontraron en su casa muerto con un hacha ensangrentada al lado de la cama, pero lo más curioso es que él no tenía ni una sola herida en su cuerpo, así que ¿de quién era la sangre que había en el hacha? La gente del pueblo estaba realmente asustada por todo lo que había acontecido últimamente. Por lo visto alguien había profanado la tumba de Wenda y se había llevado su cuerpo. Todo

el mundo empezó a hablar de brujería y magia negra. En ese momento supe que debía hacer las maletas y mudarme a otro lugar antes de que me detuviesen por nigromante y me quemaran en una estaca. Y la verdad es que tendrían toda la razón de hacerlo, mi estupidez y mi soberbia no me habían dejado ver con claridad lo trastornado que estaba Curtis.

—Pero tú solo intestaste ayudar a ese pobre pescador —le dijo MalaPata intentando consolarle.

—Es cierto, pero debí haberme dado cuenta de que su desesperación iba a ser su ruina. Debí haberle aconsejado que intentase superar su desgracia y rehacer su vida, no darle esperanzas de devolverle a su amada por la pura satisfacción de ver que yo era capaz de hacerlo.

—Veo que todavía no comprendes que es lo que salió mal con la poción capitán, y no te culpo, yo mismo no lo entendí hasta que me embarque con destino a esta isla buscando un nuevo hogar. En la travesía estuve hablando con uno de los marineros que tenía familia en la aldea que acabábamos de dejar. Por supuesto no le conté como me había visto involucrado en toda la historia, pero él si me contó que Wenda había muerto por la mañana, y no por la noche como me había jurado Curtis. Cuando se llevó la poción sabía perfectamente que se había superado el límite temporal para usarla, pero aun así lo hizo. Pensó que por unas horas de diferencia no importaría. No sé qué es lo que volvió de la tumba cuando Curtis vertió el brebaje sobre ella, pero te aseguro que fuese lo que fuese le rompió el corazón, esa fue la causa de su muerte.

MalaPata cerró los ojos unos segundos, mientras asimilaba todo lo que acababa de escuchar. Todo era silencio en la habitación. Expiró un poco de aire muy despacio, como el que ha tomado una determinación, y se puso de pie muy lentamente. Miró a los ojos al gran mago Markus Salazar y le dijo.

—Estoy preparado para hacer lo que haga falta. Subiré montañas, cruzaré océanos, lucharé contra gigantes si hace falta. Maldición Errante, te juro que tienes los días contados.

Que poco se imaginaba el capitán de que al decir esto, estaba prediciendo el futuro.

5. El capitán MalaPata se va de compras

Markus le dio una larguísima lista de la compra a nuestro amigo para que empezara a reunir todos los ingredientes necesarios para la poción. Los ojos del pirata se agrandaron enormemente cuando se dio cuenta que la lista llegaba hasta el suelo, pero estaba decidido y no iba a rendirse.

—No te preocupes mago Salazar, encontraré hasta el último de los ingredientes que hay en esta lista. Puedes contar con ello —y habiendo dicho esto, se dio media vuelta y se pegó un enorme golpetazo en toda la nariz, con la puerta que se le acababa de cerrar en toda la cara por alguna razón desconocida. O no tan desconocida. Estaba claro que su mala suerte iba a hacer todo lo posible para no dejarse vencer. Y cuando su mala fortuna se empeñaba en algo siempre se solía salir con la suya.

—Esta vez no me ganarás —murmuró el pirata mientras se frotaba la nariz y salía de su casa. —Esta vez no.

Pasaron varias horas y el mago Salazar estaba empezando a preocuparse por el bienestar del capitán, cuando la puerta de la casa se abrió, y para su gran alegría, apareció MalaPata en el umbral con dos grandes fardos en cada mano.

—Bienvenido a casa, capitán MalaPata —le dijo el mago con una gran sonrisa, que se le borró inmediatamente de la cara al ver el lamentable estado en el que se encontraba nuestro amigo. Tenía un ojo morado. Le salían unas gotas de sangre por un trozo de trapo que tenía metido en su hinchada nariz. Llevaba una venda en el brazo y cojeaba de una pierna de manera preocupante.

—¡Por los cuatro magos de oriente! —exclamó Markus. —¿Acaso te ha pateado una manada de elefantes cuando estabas en el mercado?.

El capitán se dejó caer pesadamente sobre el sofá, a la vez que soltaba los bultos y parte de lo que estaba dentro se desparramaba por el suelo.

—No mi querido amigo, lo único que me ha pisoteado ha sido mi mala

suerte. Hoy hemos tenido una gran lucha—, y con esto pasó a contarle todas las peripecias y accidentes que le habían sucedido mientras estaba haciendo la compra.

—Cómo bien sabes, salí esta mañana rumbo al mercado con la intención de buscar parte de los ingredientes de la poción para librarme de esta mi eterno infortunio —comenzó nuestro amigo. —Ya sabía que no iba a ser tarea fácil, debido a mi presente condición, así que puse un gran cuidado en todo lo que hacía para evitar caídas, animales peligrosos, tormentas inesperadas y ese tipo de cosas que siempre me acontecen.

—Parecía que todo iba bien, y ya había comprado las alas de murciélago y una pata de conejo cuando noté como un mosquito revoloteaba a mí alrededor insistentemente. El zumbido de sus alas me estaba volviendo loco así que esperé hasta que se posó y le di un manotazo para matarlo. Lo malo es que con las ansias de acabar con él, no me di cuenta de que el maldito mosquito se había parado sobre el trasero de un burro que tenía una manta encima, al animal no le gustó demasiado la palmadita que le di y me dio una tremenda coz en el estómago, la cual me hizo salir despedido por los aires hasta que aterricé en la fuente de la plaza, con tan mala suerte, que un vendedor de anguilas eléctricas había dejado toda su mercancía en ella para que se refrescasen un poco. No imaginas lo poco amigables que estos seres son cuando te sientas en ellas mientras se están echando una siestecita en remojo. Después de la tercera o cuarta descarga eléctrica, creo que me desplomé en un montón de lechugas que había en un puesto de verduras al lado de la fuente. El vendedor se puso de muy mal humor al ver todo el género que pensaba vender aplastado por un servidor, y me pegó un puñetazo en la nariz sin tan siquiera mediar palabra. La verdad es que la gente y las anguilas en general, tienen muy malos modales hoy en día.— Siguió contando MalaPata mientras se cambiaba el trapo de la nariz por uno nuevo.

—La buena noticia es que a pesar de todos mis percances y problemas he logrado comprar casi la mitad de las cosas que estaban en la lista. Es lo bueno que tiene de vivir en una isla por la que pasan comerciantes de todos los lugares del globo. Nunca antes me había dado cuenta de que en el mercado se podía comprar baba de mono de Sumatra, aunque la verdad sea dicha, nunca antes había tenido ninguna inclinación en adquirir algo tan asqueroso.

Terminado su relato, el capitán dio un gran bostezo y cayó rendido por todo el cansancio y las magulladuras que traía del mercado. Sabía que hoy solo había

sido una pequeña batalla contra su enemiga mala suerte, pero confiaba en ganar la guerra.

A la mañana siguiente, con renovadas energías y sus ansias de acabar con infortunios más grandes que nunca, volvió a salir para adquirir el resto de ingredientes que todavía le faltaban al mago Salazar para terminar la poción.

Unas horas más tarde, y unos huesos un poco doloridos por un par de nuevos incidentes, MalaPata había logrado reunir la totalidad a excepción de dos de los productos que estaban en la lista de la poción de la Eterna Solución.

—Qué cosas tan raras hay en esta lista —musitó MalaPata cuando repasó los dos últimos ingredientes. —¿Dónde voy a encontrar eructo de sapo o estornudo de escorpión?.

Por más que había buscado arriba y abajo en todos los mercados y bazares de la isla, nadie disponía de ellos. Incluso había ido al puerto por si algún marinero los tenía en su posesión, traídos de alguno de sus viajes. Su búsqueda no dio resultado. Así que la única solución era usar la imaginación y todas tus habilidades para encontrar esos productos tan extraños.

Nuestro amigo no se desanimó. Recordaba que en la charca pestilente del Bosque de los Aullidos había un montón de sapos. Solo tendría que darles de comer esas extrañas sales que Salazar le había dado para la indigestión ayer por la noche, esas que te llenaban el estómago de gas para que saliera posteriormente de una manera terriblemente sonora.

—¿Acaso sabía el mago que las necesitaría para encontrar uno de los ingredientes? —se preguntó nuestro amigo mientras se ponía en camino hacia la charca.

Extrañamente su plan salió como lo había pensado. Llegó a la charca y esparció las sales sobre un bosque de nenúfares que poblaban la casi totalidad de la superficie cubierta por el agua. Entonces esperó pacientemente a que un sapo, que estaba curioseando por allí, se acercase hasta las sales y se decidiese a probarlas. Para gran alegría del pirata, el sapo las debió encontrar a su gusto, ya que después de unos minutos había despachado la práctica totalidad de las mismas. Acto seguido, capturó con una gran red al sapo y lo metió en un bote de cristal. El efecto de las sales no se hizo esperar. Casi inmediatamente el pobre animal empezó a hincharse como si fuese un globo. Estaba a punto de explotar ante los curiosos ojos de MalaPata cuando, el batracio abrió la boca y expulsó todo el aire acumulado en su estómago en un enorme y sonoro eructo que duró

casi un minuto. Tras liberar al pobre sapo que estaba todo mareado después de la extraña experiencia que acababa de sufrir, el capitán MalaPata se dijo así mismo.

—Esto es muy raro. Normalmente cuando trazo un plan algo siempre sale mal debido a mi maldición. Es este caso debería haberme caído al agua, o haber habido un agujero en la red por donde el sapo se habría escapado, o se me habría caído el frasco de cristal al suelo cuando lo sacaba de la bolsa, pero ninguna de estas cosas ha sucedido —reflexionó el capitán rascándose la cabeza.

—Todo ha salido perfectamente. Realmente es muy, muy extraño —pensó con una sensación de intranquilidad.

Solo quedaba un ingrediente que buscar para terminar la lista. El estornudo de escorpión. Seguramente el más peligroso y difícil de encontrar de todos ellos. Para obtenerlo el pirata MalaPata debería usar todo su ingenio, ya que los escorpiones son extremadamente difíciles de encontrar y el veneno del aguijón de su cola es terriblemente mortal. Un pequeño error y sería el fin.

Pero cuando se tiene que hacer, lo que se tiene que hacer no hay sitio para dudas ni errores. Al igual que como hizo anteriormente con el sapo, MalaPata repasó el plan en su cabeza.

Primero iría hasta la Cueva tenebrosa de los Escorpiones en el fondo del Bosque de los Aullidos, que era el único lugar conocido en toda la isla en la que tenía garantizado el encontrar a esas desagradables criaturas, según le había explicado Markus.

—Por eso se llama la Cueva de los Escorpiones MalaPata —le explicó el mago moviendo la cabeza con resignación.

Segundo, buscaría algo que hiciera estornudar a un escorpión. Una vez más, Markus había venido al rescate enseñándole lo que necesitaría para hacerles estornudar. Por lo visto, no hay nada mejor que el polvo acumulado en un libro que se ha quedado en una biblioteca durante años sin leer. Eso había sido fácil de encontrar en la biblioteca del pueblo ya que los piratas no son muy dados a leer libros. De hecho, una adormilado bibliotecario se quedó extremadamente sorprendido cuando vio entrar a alguien por la puerta esa misma mañana. Los visitantes no eran muy comunes, siendo esa la razón por la que había elegido este trabajo.

Tercero, buscaría una distracción para que el resto de los escorpiones de la cueva no le picaran con sus aguijones envenenados mientras les lanzaba el libro

dentro de la cueva. Quizás una canción lograría distraerles, pensó mientras recordaba el famoso dicho que dice que la música amansa a las fieras. Por si acaso no funcionaba y tenía que salir pitando, el capitán estaba seguro de que podía correr más rápido que un puñado de bichejos.

Una vez que llegó a la cueva todo parecía tranquilo. No había ni rastro de los escorpiones, pero sabía que estaban allí. Markus le había explicado que a estos animales les gustan los lugares frescos y oscuros. Una cueva era el ecosistema perfecto para esas criaturas. Encendió una pequeña vela y se adentró un poco más en la cueva. Ahora la oscuridad era total, aparte del hilillo de luz que daba la vela y que apenas iluminaba un metro alrededor del capitán. Mientras caminaba, iba iluminando el suelo para poder localizar a alguna de las endemoniadas criaturas que necesitaba para completar la lista de ingredientes y poder salir de allí a toda prisa.

—Seguro que ahora me juega una mala pasada mi mala suerte —pensó asustado el pirata. —Un pequeño soplo de viento y me quedo a oscuras en este sitio perdido de la mano de Dios.

Pero nada ocurrió.

Se detuvo en el medio de una gran sala llena por grandes columnas de piedra formadas a través de los siglos. El silencio era absoluto. Una gota de sudor le corrió por la frente hasta la barbilla.

—¿Dónde se habrán metido? —no había ni rastro de los escorpiones.

El capitán continuó andando muy despacio intentando evitar pisar alguno de los muchos charcos que se habían formado en el suelo por la incesante caída de pequeñas gotas de agua del techo. De pronto, vio un gran muro de piedra que le cerraba el paso. Con una mano lo palpó para ver la solidez del mismo. Granito puro y duro. Aquel era el final del camino.

—¿A lo mejor Markus estaba equivocado sobre esta cueva? —reflexionó MalaPata bastante aliviado.

Cuando ya había llegado hasta el final y estaba a punto de darse la vuelta para salir de allí, le pareció oír un pequeño murmullo que iba creciendo poco a poco. Era como si cientos de pequeños cuerpecillos se arrastraran por el suelo. Rápidamente encendió otra vela que tenía en el bolsillo y la tiró delante de él a unos metros de distancia.

El espectáculo que contempló le dejó paralizado de miedo. Un enorme

ejército de escorpiones se acercaba hacia él sin detenerse, atraído por la luz de la vela que había roto la oscuridad en la que estaban sumidos permanentemente. La curiosidad por la luz les atraía inexorablemente, como las abejas a la miel.

Ahora sí que todo estaba perdido. Estaba atrapado en el fondo de una cueva, y el único camino para salir de allí estaba bloqueado por una multitud interminable de pequeñas criaturas letales.

¿Cómo había sido tan ingenuo?. Estos últimos días había llegado a creer que tenía alguna oportunidad de acabar con su maldición, cuando en realidad su maldición iba a acabar con él. Una rabia enorme le recorrió todo el cuerpo. Todos sus esfuerzos habían sido en balde.

—¡Maldita mala suerte, te veré en el infierno! — gritó el pirata con toda la fuerza de sus pulmones lanzando sus puños al aire.

De repente había mil voces que resonaban en la cueva y repetían una y otra vez. —¡ Maldita mala suerte, te veré en el infierno! —¡Maldita mala suerte, te veré en el infierno! —¡Maldita mala suerte, te veré en el infierno!....

Los escorpiones detuvieron su avance hacia el capitán inmediatamente. El enorme estruendo que resonaba sin para en la cueva provocó una desbandada general en todas direcciones del ejército arácnido, que buscaba refugio entre las grietas y rocas.

—¡El eco, me ha salvado mi propio eco! —gritaba entusiasmado MalaPata que apenas podía creer lo que acababa de suceder. A su vez, la cueva repetía de manera atronadora esta nueva frase. —¡ El eco, me ha salvado mi propio eco!,!El eco, me ha salvado mi propio eco..!

Recuperándose del enorme susto, el capitán recordó el porque estaba allí. Rápidamente el pirata sacó el polvoriento libro que llevaba envuelto en un trapo y lo lanzó con todas sus fuerzas al centro de la cueva, donde aún quedaban unos pocos escorpiones aturdidos por el ruido, que no habían podido huir hasta sus pequeñas guaridas. El libro calló en el suelo con un enorme estruendo, amplificado una vez más por el eco que había en la cueva. Una gran nube de polvo salió de su interior rodeando a las mortíferas criaturas. Inmediatamente se pusieron a estornudar sin parar, cosa que el capitán aprovechó para meter un par de ejemplares en un bote de vidrio similar al que había usado para capturar anteriormente al sapo.

Quince minutos más tarde salía de la cueva con la lista de los ingredientes

completa, una gran sonrisa en los labios y todo el pelo blanco por la cantidad de polvo que flotaba en la Cueva de los Escorpiones.

Todo había salido de acuerdo con su plan. Ni un solo tropiezo, ni un solo problema. Algo no andaba bien con su mala suerte. Era como si ya no estuviese allí.

—¿Acaso me habré librado de ella solo buscando los ingredientes de la poción? —se preguntaba extrañado MalaPata. —¿Sería eso posible?

Había algo muy misterioso en todo esto que le ponía los pelos de punta a nuestro amigo. Una sensación muy muy rara de que algo no estaba bien. ¿Pero que debía ser?

6. ¿A dónde se ha ido la mala suerte?

La vuelta a su casa fue tan tranquila como su aventura mañanera. Todo había salido demasiado bien. ¿Dónde estaban los tropiezos, los golpes, los errores que lo echaban todo a perder?

—Aquí hay algo que no encaja —pensó preocupado el pirata.

Era algo inaudito. Debería estar loco de alegría de que las cosas fueran bien y que su mala fortuna pareciera haberle dado un respiro, pero lo cierto es que su instinto de pirata le decía otra cosa. Esta era la calma antes de la tempestad, lo sentía en sus huesos.

Intentó alejar sus malos pensamientos de su cabeza con la idea de que muy pronto, el gran mago Salazar podría mezclar todos los ingredientes que él había conseguido para crear la poción que destruiría su maldición. Solo de pensarlo se le ponía una sonrisa de oreja a oreja.

Casi no podía ni imaginar lo que sería llevar una vida normal como el resto de los mortales. Poder tener sueños y esperanzas sabiendo que no están condenadas al fracaso hagas lo que hagas. Poder disfrutar la vida sin que a cada paso que das sepas que te espera una trampa.

Estaba el capitán sumido en todos estos pensamientos cuando se dio cuenta de que había llegado hasta la puerta de su casa. Se apresuró en llamar a la puerta para poder comentarle sus extrañas peripecias a Markus. Cuál fue su sorpresa cuando una atractiva chica de cabello rubio le abrió la puerta.

—¿En qué puedo ayudarle? —le preguntó la joven con una gran sonrisa.

La primera impresión del capitán fue que se había confundido de casa mientras estaba sumido en sus pensamientos. Pero después de cerciorarse de que estaba en la casa correcta, el cerebro de MalaPata se negaba a reaccionar. El capitán había enmudecido. Estaba completamente paralizado por el miedo. Las chicas siempre le había producido esta sensación, ya que cuando intentaba hablar con alguna, su maldición hacía que se tropezase y se cayese de bruces en medio de una pila de estiércol fresco o que un pájaro decidiera hacer sus necesidades justo encima de su sombrero en el preciso momento en que iba a decirle algo. Lo

que solía producir una tremenda carcajada por parte de la chica en cuestión y un —tierra trágame —por parte de MalaPata.

Después de intentarlo un par de veces había desistido completamente y hacía años que no había cruzado una palabra con una mujer. La falta de práctica se había transformado en una timidez absoluta que le impedía despegar sus labios ante la presencia de alguien del sexo femenino.

—¿Pero que hacia esta bella muchacha en su casa? —pensó el pirata mientras los colores de su cara pasaban desde el morado zarzamora hasta un rojo tomate extremadamente maduro.

La chica empezó a preocuparse ante la falta de respuesta de la persona que acababa de llamar a la puerta y sobre todo, por los cambios de color tan raros que estaba sufriendo su cara. Muy asustada empezó a gritar.

—¡Tío Markus,! ¡Tío Markus,! ¡Ven corriendo! —Aquí hay un señor que no se encuentra bien y a lo mejor tú le puedes ayudar con tu magia. No sé si esta estreñido o se acaba de comer una guindilla picante, pero ven deprisa por si es algo serio.

El mago Markus Salazar se presentó en la puerta de la casa resoplando como un caballo, de la carrera tan grande que se acababa de dar para ver la emergencia que debía solventar. Pero se quedó aún más sorprendido al ver que el que estaba allí parado como un pasmarote no era otro que el capitán MalaPata.

—¿Te encuentras bien MalaPata? —le dijo el mago muy preocupado. — ¿No te habrá picado uno de los escorpiones de la cueva, no?

El pirata seguía paralizado sin decir nada, mirando fijamente a la joven. En seguida el mago Salazar se dio cuenta de lo que pasaba, gracias a sus conocimientos sobre la naturaleza humana.

—No te preocupes Érica, yo me ocupo de todo con este caballero —le dijo el mago. —Tú, si quieres, sigue colocando los ingredientes que ya tenemos según el orden en el que los vamos a ir echando al caldero, y asegúrate de que tenemos suficiente leña para que no se apague el fuego.

La muchacha se dio media vuelta sin tan siquiera pestañear mientras decía.

—Muy bien tío, así lo haré —y desapareció en el interior de la casa como si se tratase de una maravillosa aparición, como las que ven algunos marinero antes de reunirse con el creador.

Unos instantes más tarde el trance se había roto y el capitán MalaPata volvió a recuperar el habla.

—¿Quién?, ¿cómo?, ¿cuándo?..... —salió de su boca balbuceando como un bebe.

—Vaya MalaPata, me parece que cuando acabemos con tu problema con la mala suerte, quizás tengamos que hacer algo con el que tienes cuanto una chica te habla — le dijo el mago Markus mientras soltaba una gran carcajada.

—Muy gracioso, Markus. Pero lo único que me pasa es que estoy un poco oxidado cuando se trata de hablarle a una chica, eso es todo. Tampoco es para tanto —exclamó con un gran enfado MalaPata.

—Vamos, vamos. No te enfades querido amigo — le dijo el mago intentando hacer las paces. —Es que me asusté un poco pensando que tu maldición te había convertido en estatua de sal o algo así, hasta que me di cuenta que lo que te paralizaba no era otra cosa que la presencia de mi sobrina Érica.

—Ella es huérfana, y yo la he cuidado desde que era pequeña. Cuando sus padres murieron en un terrible accidente. Ahora es mi ayudante, lleva aprendiendo magia desde la más tierna infancia.

—Cómo se acaba de graduar en la Academia de Brujería del Caldero Escarlata, pensé que me sería de gran ayuda contar con ella para poder llevar a cabo la creación de esta poción. En cuanto supe de tu problema me puse en contacto con Érica. Le he explicado cual es la situación, y está entusiasmada con el proyecto. Para una bruja que acaba de terminar sus estudios, esta es una gran oportunidad de poner en práctica sus conocimientos. Espero que esto te aclare el porqué está aquí—.

Al capitán MalaPata le daba exactamente igual el porqué estaba aquí. Simplemente se alegraba de que estuviese en su casa.

—Pero solo por motivos profesionales, obviamente —se dijo convencido.

Con toda la conmoción del encuentro con Érica, al capitán se le olvidó contarle al mago Salazar la extraña sensación que había tenido todo el día respecto a su mala suerte.

Un error que le iba a costar muy caro.

7. La poción de la Eterna Solución

Agotado por todas las peripecias que le habían ocurrido durante la mañana, y el estado de shock en el que le había dejado su encuentro con Érica. MalaPata se tendió en la cama e inmediatamente se quedó dormido. Un extraño sueño vino a disturbar su descanso.

En su sueño estaba paseando por una pradera llena de amapolas rojas de la mano de Érica. Ella reía constantemente a todos los comentarios que el pirata le hacía, se sorprendía y emocionaba con las valerosas aventuras de piratería que este le contaba. Ella estaba preciosa en su vestido blanco bordado. MalaPata estaba contemplando sus ojos tan azules como el mar de primavera cuando sintió que alguien le daba un pequeño golpe en el hombro para llamar su atención. Giró la cabeza y vio una figura vestida toda de negro. Sus ropas estaban hechas jirones y no podía llegar a ver su cara que estaba tapada bajo una capucha.

De repente el cielo se cubrió de nubes negras y un gran viento barrió el campo de amapolas de un lado a otro. Érica parecía muy asustada y apretaba la mano del capitán MalaPata con fuerza.

—¿Quién eres horrible aparición? —le dijo el pirata intentando no mostrar el miedo que le subía por el estómago.

—¿No me digas que ya te has olvidado de mí?. Después de tanto tiempo juntos, ¿no me reconoces querido amigo? —le dijo una voz fantasmagórica que le heló la sangre al escucharla. —¿Acaso te has olvidado de tu amiga mala suerte?.

—No podía ser, no —pensó el pirata. —Si se había ido definitivamente. — ¡Te destruí con la poción!— le repetía una y otra vez MalaPata.

—¿Destruirme? No me hagas reír pirata de pacotilla. ¡Nunca te librarás de mí! —oyó aullar a la aparición, mientras se deshacía como la niebla dejando tras de sí una malvada carcajada.

En ese momento MalaPata se despertó de su pesadilla, cubierto en sudor y temblando de los pies a la cabeza. Tenía la certeza de que su mala suerte no se iba a dar por vencida tan fácilmente.

Aquella extraña pesadilla había dejado a nuestro amigo bastante nervioso y preocupado. Pero después de lavarse la cara se dijo así mismo que solo había sido un mal sueño, y que muy pronto estaría fuera de las garras de su mala fortuna para siempre jamás.

Bastante más animado se dirigió a la cocina que ahora se había transformado en laboratorio de pócimas y hechizos gracias al trabajo de Érica.

Donde antes estaba la mesa para comer ahora había un gran caldero de metal del que salían vapores extraños de todos los colores imaginables. El contenido del caldero burbujeaba mientras, Érica iba y venía añadiendo más troncos para alimentar el enorme fuego que estaba debajo del caldero.

Mientras tanto, el mago Markus Salazar consultaba un gran libro en el que el capitán logró leer en el título:

La Poción de la Eterna Solución

Este era el famoso libro del que le había hablado Markus, y que le había costado la vida al viejo mago que salvó a su pueblo.

—¿Quizás también logre salvarme a mí? —pensó esperanzado el capitán.

—Esta poción puede cambiar mi destino para siempre —pensó emocionado.

Por la gran concentración que tenía Markus, MalaPata comprendió rápidamente que su elaboración debía ser extremadamente difícil de llevar a cabo. Por ello se sentó en un rincón de su cocina-laboratorio e intentó hacer el menor ruido posible para no molestar al mago y a la bruja que tenían su suerte, literalmente, en sus manos.

Markus pasaba las páginas del libro lentamente estudiando lo que decían mientras que Érica, se movía ágilmente por la habitación seleccionando los ingredientes que su tío le iba diciendo sin levantar la vista del libro.

—Ahora hay que poner un poco de la pata de conejo blanco, mientras se remueve la poción tres veces hacia la izquierda —dijo el mago Salazar.

Inmediatamente Érica seleccionó la pata, se subió a un pequeño taburete para llegar con más facilidad al borde del caldero, y la echó a su interior donde un espeso líquido hervía incesantemente, a la vez que lo removía tres veces hacia la izquierda con un gran palo de madera.

El líquido soltó un pequeño gruñido que puso los pelos de punta al capitán MalaPata.

—Cualquiera diría que ese brebaje está vivo — pensó bastante asustado el capitán, y eso que él no era de los que se asustaban con facilidad.

—Tres hojas de un trébol de cuatro hojas. Y remover tres veces hacia la derecha —oyó decir a Markus mientras el gruñido desaparecía.

Al igual que antes, Érica cogió el trébol de cuatro hojas que estaba encima de una mesa, cortó tres de sus cuatro hojas. Se subió de nuevo en el taburete y las dejó caer en el caldero mientras que volvía a remover la poción siguiendo las instrucciones que le había dado su tío. Esta vez la poción cambió de color pero no emitió ningún sonido, para gran tranquilidad de MalaPata. Los líquidos que hacían ruido nunca le habían dado buena espina.

Así pasaron varias horas, añadiendo la totalidad de los ingredientes que el pirata había recolectado con gran esfuerzo y enormes riesgos para su persona.

El capitán hubiese querido ayudar en algo para solucionar su problema, pero sabía que si intentaba hacerlo seguramente se quedaría paralizado como un bobo ante la presencia de Érica. Y la verdad sea dicha, ella no parecía necesitar ninguna ayuda en absoluto. Se movía con total soltura entre estanterías y pilas de libros para coger lo que necesitaba. Seleccionaba con gran cuidado el ingrediente adecuado echando en el caldero solo la cantidad requerida, ya que un pequeño error en la mezcla podría ser muy peligroso, tal y como le había explicado el mago Salazar cuando comenzaron a fabricarla.

Así que el capitán MalaPata permaneció sentado en su rincón, sin decir palabra, pero siguiendo con la mirada cada movimiento que hacía la joven, con gran expectación.

El mago Salazar se aproximó al caldero y leyó el encantamiento del libro que uniría a todos los ingredientes en una poderosa poción.

—Pocimus Encantatus, ¡Maximus Obliterator!

Cuando Érica añadió el último de todos los elementos que componían la poción, el caldero empezó a vibrar emitiendo enormes rayos de luz que les cegaron durante unos segundos. Una gran columna de vapor verde y morado se levantó hasta el techo de la cocina. El caldero empezó a burbujear rápidamente y cuando aquello parecía que iba a explotar y MalaPata estaba a punto de tirarse encima de Érica para protegerla, todo se quedó a oscuras y en silencio.

8. Érica cuenta su historia

El primero en romper el silencio fue el mago Salazar.

—Ahora debemos dejar reposar la poción de la Eterna Solución durante veinticuatro horas para que alcance todo su poder. Si todo ha salido bien podrás beberla mañana por la noche cuando salga la luna llena. Ahora será mejor que nos tomemos un merecido descanso —añadió el mago.

—Tú también debes descansar capitán MalaPata. Tienes que tener tus fuerzas al cien por cien para ser capaz de aguantar la poción, ya que es extremadamente potente, para asegurarnos de que logramos nuestro objetivo.

—Y lo mismo te digo a ti Érica. Debes estar agotada después de mezclar todos estos ingredientes durante horas y horas sin ningún descanso —le dijo a su sobrina.

—No te preocupes por mi tío Markus. Ya sabes que tengo la energía de una jovencita loca por terminar su primer gran proyecto en el mundo de la magia —le respondió con una gran sonrisa. —Me quedaré recogiendo todo esto un poco antes de irme a acostar, pero tú debes irte a la cama. Estos hechizos son agotadores incluso para un mago tan poderoso como tú, querido tío. ¿A lo mejor el señor MalaPata me podría echar una mano a ordenar todo este desorden?, —dijo Érica mientras se volvía hacia el capitán casi oculto en el rincón de la cocina.

—cla,,, cla..., claro —respondió el pirata con un hilillo de voz que apenas se podía oír. Mientras se ponía rojo como un tomate y parecía hacerse más pequeño que un ratón.

—Bueno, entonces me voy más tranquilo a la cama sabiendo que tienes a alguien que te va a ayudar a limpiar todo esto. Quizás algún día debería inventar un hechizo para limpiar todo el desorden que dejamos los magos después de crear nuestra pociones —Pensaba el mago Salazar mientras se alejaba por el pasillo hacia su habitación.

En la cocina reinaba el silencio. El capitán no se había movido ni un centímetro de su silla y Érica lo observaba muy despacio, lo cual no hacía

mejorar el estado de nervios que sentía nuestro amigo en su estómago.

—Bueno señor MalaPata, parece que nos hemos quedado los dos solos — dijo Érica.

Por respuesta, solo obtuvo un pequeño gemido que salía del rincón donde estaba sentado MalaPata.

—Ya me ha contado mi tío que usted tiene algunos problemas para hablar con las chicas, pero le aseguro que yo no me voy a reír de usted y tampoco muerdo —le dijo mientras se ponía un delantal y cogía una escoba para empezar a limpiar.

—A lo mejor si le cuento un poco de mi historia a usted se le quita la timidez y podemos hablar sin problemas. ¿Qué le parece? —ofreció Érica al pirata.

Otro pequeño gruñido salió del rincón, aunque esta vez le pareció a Érica que tenía algo más de entusiasmo que el primero.

—Pues verá señor MalaPata —comenzó a contar Érica. —Yo era muy pequeña cuando comencé a interesarme por la magia. No tendría más de tres o cuatro años cuando empecé a realizar mis primeros hechizos y pociones. Al principio eran cosas muy sencillas como cambiar el color de las paredes o hacer volar a mi aterrorizado gato por toda la casa. Mis padres me regalaron mi primer caldero a la edad de cinco años para animarme a continuar con mi carrera de bruja, ya que aunque ellos no pertenecían al mundo de la magia mi tío Markus, que por entonces ya era un mago muy conocido y respetado en todo el mundo de la magia, vio que yo tenía un gran potencial como bruja. Cada vez que venía de visita me regalaba un nuevo libro de hechizos, o una varita especial traída de tierras lejanas.

—El tío Markus les dijo a mis padres que si seguía poniendo todos mis esfuerzos en mis estudios de magia y brujería, él estaba seguro de que llegaría muy lejos como bruja y podría ayudar a mucha gente que necesita nuestros servicios. Como por ejemplo usted, señor MalaPata.

El pirata había salido del rincón y se había acercado a Érica para escuchar mejor la historia, a la vez que iba recogiendo libros y papeles que estaban tirados por todo el suelo, para ordenarlos en el baúl del mago Salazar.

—La cosa es que un día, en el que necesitaba terminar una poción para pasar el examen de acceso a la Academia de Brujas del Caldero Escarlata, una

de las mejores escuelas de brujería de todo el Caribe —añadió con gran orgullo Érica. —Me faltaba un ingrediente para lograr acabar la poción. La famosa raíz de mandrágora. Una planta con tremendos poderes mágicos pero extremadamente difícil de encontrar. Mis padres al ver mi desilusión por no poder terminar la poción y quizás perder una oportunidad que solo se presenta una vez en la vida, no lo dudaron dos veces y se decidieron a ir a buscarla sin decirme nada para darme una sorpresa.

El capitán se había acercado aún más a Érica y ahora estaba sentado al lado suyo en un taburete. No apartaba la mirada de ella y no se perdía ni una sílaba de lo que la joven bruja contaba a la vez que le iba sacando brillo a todos los botes y utensilios que habían utilizado para crear la poción.

—Cada vez que recuerdo aquel día no puedo evitar que las lágrimas me vengan a los ojos —dijo Érica mientras sus bonitos ojos azules se humedecían y ella intentaba controlar sus emociones. Secándoselos con la mano siguió con su relato. —Se fueron temprano por la mañana dejando una nota en la mesita, al lado de mi cama. La nota decía:

Querida Érica,

Hemos salido a buscar La raíz de mandrágora que falta para tu poción.
Volveremos muy pronto.

Besos

—Cuando me levanté la leí y una gran sonrisa invadió mis labios. Mis padres siempre hacían lo imposible para darme las mejores oportunidades en la vida, y una vez más harían lo imposible para que pudiese ir a la academia de magia en la que había soñado estudiar desde muy pequeña. Según iban pasando las horas un sentimiento de preocupación se iba apoderando de mí. Papá y mamá salían a menudo, pero nunca habían tardado tanto en volver. Mis padres solían ir a buscar ingredientes para mis pociones en el bosque que había cerca de nuestra casa, pero lo normal es que estuviesen de vuelta después de un par de horas —dijo Érica con la voz un poco triste.

—Cuando llegó la noche y todavía no habían vuelto decidí llamar a mi tío Markus, para que me ayudase a encontrarles. Le mandé un mensaje en una paloma mensajera y a las pocas horas una gran nube de humo azul se materializó en el salón. De ella salió a gran velocidad mi tío con cara de gran preocupación por las noticias que le había mandado.

—Cuéntamelo todo desde el principio y no te preocupes por nada Érica — me dijo dándome un gran abrazo. —Le conté lo de mi poción y como mis padres habían salido a buscar la raíz de mandrágora por la mañana muy temprano, para que yo pudiese terminarla a tiempo para mi examen. Él me miro durante unos segundos y tras pensar un poco dijo:

—Espero que hayan ido al bosque cerca de tu casa y no al que está cerca del Acantilado de la Bruma, ya que algunas personas del pueblo creen haber visto una gran sombra negra moviéndose entre la niebla. Y conociendo ese bosque, esa sombra negra solo puede ser la del gigante Grendel. Una criatura avariciosa y desagradable donde las haya —añadió Markus haciendo una mueca de asco.

—A veces viene hasta los acantilados en su enorme barco, llamado Perdición. Sus velas son tan negras como la noche y su aspecto es aterrador; lleno de huesos y calaveras por toda la cubierta que pertenecen a los desgraciados que se han cruzado en su camino. Este gigante además de ser un ser odioso, tiene por objetivo recolectar los objetos mágicos más poderosos del mundo para llevárselos a sus amos de la Hermandad de la Isla de las Tinieblas. Les ha jurado obediencia y sigue todas sus órdenes al pie de la letra.

—Seguro que cuando ha oído el rumor de que en el Bosque de la Bruma se podía encontrar raíces de mandrágora habrá salido a su búsqueda sin perder tiempo —dijo preocupado el mago. —Si tus padres se han encontrado con él, me temo lo peor.

—Debo salir inmediatamente en su búsqueda Érica, pero necesito que tú seas fuerte y me esperes aquí hasta mi regreso. Si me cruzo con ese miserable ser no quiero ponerte en peligro llevándote conmigo. Volveré cuanto antes —y sin añadir nada más volvió a desaparecer en una gran nube de humo azul como si nunca hubiese estado allí.

El capitán MalaPata había dejado de limpiar. Estaba cautivado por la voz de la joven y la historia de su niñez, que parecía salirle del alma.

Érica siguió con su relato.

—Esperé varias horas la vuelta de mi tío con el corazón en un puño. Sabía que cada minuto que pasaba hacía más improbable el regreso de mis padres. No podía dejar de pensar que si estaban en peligro era por mi culpa, pero ¿qué podía hacer una niña de ocho años en una situación como esa? —le preguntó angustiada al capitán mirándole directamente a los ojos.

MalaPata no sabía que decir. Quería consolarla pero no sabía cómo. Su fuerte era hacer nudos marineros o luchar con la espada, pero no decir algo tierno a una bella joven, cuando ella estaba triste así que se quedó mudo sin decir nada por más que quería hacerlo.

Érica se recompuso rápidamente al ver que sus emociones la estaban traicionando. Como siempre debía ser fuerte tal y como le había pedido su tío diez años atrás. Así que retiró su larga cabellera de su rostro y continuó con su historia.

—Después de pasar toda la noche sin dormir, al final me venció el sueño justo antes del amanecer. Al salir el sol noté como una mano acariciaba mi cabeza y me susurraba al oído:

—Vamos pequeña, te llevaré a mi casa donde podrás descansar y podremos hablar del futuro. No te preocupes por nada, yo me ocuparé de ti —era la voz de mi tío que hizo que me volviera a dormir envuelta en un profundo sueño quizás creado por su magia.

—Cuando desperté mi tío me explicó que había ido hasta el bosque y que allí había seguido el rastro de mis padres hasta los Acantilados de la Bruma. Sus pisadas llegaban hasta el mismo borde del precipicio. Al lado encontró las enormes huellas de unos pies descalzos del tamaño de una barca cada uno. Solo podían pertenecer al malvado gigante Grendel. Por lo que mi tío Markus pudo descubrir por las huellas, parecía como si mis padres hubiesen huido hasta el acantilado perseguidos por el terrible gigante. Después no quedaba nada, como si se los hubiese tragado el mar. No había ni rastro de ellos. Solo un pequeño paquete, que estaba en el suelo envuelto en un pañuelo que yo había regalado a mi madre el año anterior por su cumpleaños. Dentro estaba la raíz de mandrágora que mis padres habían ido a buscar.

En ese momento Érica se quedó callada, como si estuviese batallando con sus emociones para poder seguir adelante con su relato. Después de la breve pausa se vio con fuerzas para continuar.

—Desde entonces he vivido con mi tío que siempre me ha querido como un padre. Durante todos estos años me he dedicado en cuerpo y alma a aprender todo lo que existe sobre magia y brujería para ayudar a la gente necesitada, y por si algún día me cruzo con ese maldito gigante, hacerle pagar por la muerte de mis padres, ya que ya no soy una niña indefensa de ocho años, sino una poderosa bruja —dijo Érica mientras apretaba con furia sus puños.

MalaPata vio el brillo de cólera en los ojos de la joven y comprendió inmediatamente que ese gigante pagaría algún día la deuda que tenía con ella.

—En fin, la verdad es que no sé porque le he contado todo esto señor MalaPata, pero me siento mejor después de haberlo hecho. Es como si me hubiese quitado un gran peso de encima. Gracias por escucharme tan atentamente.

El pirata se levantó lentamente mirando a la joven y dijo.

—No es señor MalaPata, sino capitán MalaPata, o para usted solo MalaPata. Y si algún día puedo serle de ayuda para que ese odioso gigante pague por lo que le hizo a sus padres, estaré orgulloso de poner mi espada a su servicio.

Era la frase más larga que jamás le había dicho a una chica, así que antes de que algo malo pasase decidió salir a toda prisa de la cocina y refugiarse en su dormitorio donde esperaba poder seguir ese sueño en el que paseaba con Érica, solo que esta vez no quería tener ninguna visita de ninguna presencia malévol.

Érica se quedó de pie, mirando la puerta por la que el capitán había desaparecido como si le persiguiesen todos los demonios del infierno.

—Qué hombre tan extraño. Pero hay algo que me gusta de él —se dijo pensativa.

Era hora de irse a dormir. Mañana iba a ser un día muy importante y quería estar descansada para afrontarlo.

Por fin iban a descubrir si la poción de la Eterna Solución funcionaría.

9. ¿Ha funcionado la poción?

La noche se le hizo eterna al capitán MalaPata. Se la paso entera dando vueltas y vueltas en la cama. No podía dejar de pensar en todos los acontecimientos que le habían sucedido en los últimos días. El encuentro con el mago Markus Salazar, sus aventuras y desventuras buscando los ingredientes para la extraña poción que, supuestamente, le iba a cambiar la vida. Aunque curiosamente, lo que más le había afectado fue conocer a Érica.

—Es realmente extraño el efecto que puede tener una chica en tu vida —se decía maravillado nuestro amigo. —Todo se pone patas arriba. No sé ni lo que hago. Y esta sensación tan rara en mi estómago que no me deja tranquilo ni un minuto... —seguía pensando mientras daba otra vuelta en el barullo en el que se había convertido su cama.

Por fin empezó a salir el sol y la llamada del gallo no se hizo esperar. De un salto salió de la cama y comenzó con su rutina diaria, pensando que eso le tranquilizaría los nervios que le corrían por todo el cuerpo.

Se lavó la cara, los dientes y por ser un día tan especial, hasta se peinó y se cortó las uñas, que ya acumulaban varios días de mugre bajo ellas. Los piratas, en general, no suelen preocuparse gran cosa por su higiene personal y su manera de vestir. Aunque MalaPata, curiosamente, había empezado a hacer un gran esfuerzo desde que Érica vivía en su casa.

Después se dirigió a la cocina para empezar a prepararse un buen desayuno. Como todo buen pirata, sabía que el desayuno es la comida más importante del día, así que a pesar de los nervios, se terminó un buen vaso de leche de coco y unos plátanos que había cogido la semana pasada en la plantación al sur de la isla, y se preparó para afrontar el nuevo día con el estómago lleno.

Cuando terminó de comer preparó sendos desayunos para el mago Markus, y uno con especial cuidado para Érica. Hasta puso un mantel casi limpio y unas flores en un jarrón que estaban más secas que el desierto del Sahara. Aunque el conjunto no quedaba del todo mal para la casa de un pirata, todo sea dicho.

Se sentó en la silla al lado de la ventana esperando a sus huéspedes,

mientras se preguntaba alegremente si este sería su último día de mala suerte y hacía planes para el futuro.

—Lo primero que tendré que hacer será cambiarme el nombre. No puedo seguir llamándome capitán MalaPata si ya no tengo mala suerte. Si solo pudiese recordar cómo me llamaban el resto de los piratas antes de que ese maldito brujo me echara la maldición, pero hace tanto tiempo de eso que lo he olvidado completamente, o ¿quizás el olvido sea también efecto de la maldición y cuando desaparezca volveré a recordar mi antiguo nombre? —así seguía nuestro amigo ensimismado con que nombre elegir cuando una mano le tocó el hombro. MalaPata pegó un enorme salto mientras soltó un grito por el susto que le acababan de dar.

—Perdóneme capitán MalaPata, no pretendía asustarle —le dijo el mago Salazar con una risita en los labios, ya que bien es sabido por todos que a los magos les encanta gastar bromas, así que MalaPata no estaba muy seguro si lo había hecho a propósito o sin querer.

—No pasa nada, mago Salazar, estaba perdido en mis propios pensamientos con lo que puede ser mi futuro si la poción de la Eterna Solución funciona correctamente —le dijo el pirata. —Por eso no te he oído llegar. No hace falta que te explique lo difícil que es coger por sorpresa a un pirata cuanto este está preparado. Sobre todo a un pirata tan experimentado como yo.

En ese momento otra mano se posó sobre su hombro y el capitán MalaPata dio otro enorme salto y otro grito por el susto que le acababa de dar Érica.

—Perdóname MalaPata, no pretendía asustarle — le aseguro la muchacha mientras el mago Markus se partía de la risa. —Solo quería desearle suerte con la poción, nada más.

En menos de un segundo nuestro amigo se había recuperado del susto y le dijo.

—No se preocupe por nada señorita de Vonn. En realidad no me ha asustado en absoluto —dijo todavía temblando. De Vonn era el apellido de Érica tal y como le había dicho el mago Salazar, y él se apresuró a usarlo intentando demostrar unos buenos modales de los que carecía.

—Por favor llámame simplemente Érica, no creo que sean necesarias tanta formalidades entre nosotros, sobre todo después de que te contara mi historia para ver si eso te ayudaba con tu timidez, y por lo que veo y escucho, parece

haber funcionado.

Markus les observaba mientras se preguntaba qué habría pasado la noche anterior para obrar el milagro de que el capitán hubiese perdido la timidez con las chicas y ahora pudiera hablar con su sobrina con toda naturalidad.

—Parece que vamos a realizar dos milagros en uno en un solo día. A ver si todo sale bien y lo podemos celebrar por todo lo alto —musitó muy animado.

Después de terminar el desayuno se decidieron a dar un paseo por la isla, ya que ni el mago Markus ni Érica la conocían muy bien. De todas formas, debían esperar hasta la medianoche para llevar a cabo el experimento con la poción, y un buen paseo era una actividad tan buena como otra cualquiera para matar el rato y pensar en otras cosas.

Les costó un gran esfuerzo convencer al capitán MalaPata para que les acompañase, ya que este temía que su mala fortuna empezase a hacer de las suyas y convirtiese el paseo en una auténtica pesadilla. Pero la insistencia de Érica derrotó todas las excusas del pirata. ¿Cómo podía negarle nada a esta joven que seguramente le tenía hechizado con algún extraño encantamiento?

Así que salieron los tres a caminar por las playas y ríos que rodean el volcán Krakatoa, que dio origen a la isla. Por todas partes había enormes palmeras llenas de cocos, a las que MalaPata trepaba con la agilidad de un mono para coger una de estas deliciosas frutas para el deleite de nuestros amigos los magos.

Pero entre risas y bromas el pirata seguía teniendo esa extraña sensación de que algo no andaba bien. Era como un cosquilleo detrás del pescuezo del que no lograba deshacerse por más que se rascase. Continuaba preocupado porque su maldición no se había manifestado en los últimos días, sin contar el extraño sueño que tuvo aquella noche en la que paseaba con Érica.

—Debo dejar de tener malos pensamientos. Seguro que todo sale bien. A lo mejor esta joven es una especie de amuleto de la buena suerte que ha vencido a la mala que yo tengo, ¿quién sabe? —se repetía MalaPata para darse ánimos.

La mañana desembocó en la tarde como el Río de las Tarántulas desemboca en el Mar de los Condenados y según pasaban las horas, el sol empezaba a esconderse detrás del gran volcán Krakatoa. En breve sería de noche y la luna llena saldría por el horizonte marino con toda su blanca belleza. Era una imagen de lo más romántica y poética, pero nuestros amigos no tenían tiempo para

contemplar el paisaje. En cuanto se hizo de noche volvieron a la casa y se pusieron manos a la obra para darle el toque final a la poción.

En medio de la cocina-laboratorio descansaba el gran caldero que parecía dormido después del ajetreo de la noche anterior. Esta vez no había ni extraños ruidos ni rayos luminosos saliendo de él. Todo era silencio y oscuridad.

Érica encendió algunas velas para que pudieran ver con claridad lo que estaban haciendo. Muy pronto había luz suficiente para empezar a trabajar. El mago Salazar se acercó hasta el gran libro que contenía la fórmula y encantamientos de la poción de la Eterna Solución y lo abrió casi por el final. Ahora debía leer el hechizo que despertaría la poción que reposaba en el caldero para hacerla funcionar y realizar los gestos del signo arcano.

Lo abrió en la mesa de la cocina por la página del hechizo y se puso a buscar sus gafas de lectura mágicas, con las que se podían leer los signos ocultos en el encantamiento.

En ese momento un molesto mosquito se puso a zumbar encima de su cabeza hasta que se posó en el libro. El mago Markus dio un manotazo de manera distraída encima del gran libro aplastando encima de la página del hechizo al mosquito, mientras seguía buscando sus gafas.

Tras unos segundos las encontró y se llevó el libro hasta el caldero donde empezó a leer su contenido.

—Poción de la Eterna Solución, yo el gran mago Markus Salazar te invoco esta noche para que tu poder curativo cambie la suerte de este pobre pirata. Haz que donde haya tormentas salga el sol, donde solo hay lágrimas haya risas y buen humor. Te despierto de tu sueño mágico, para que con todo tu poder ayudes a los desgraciados que necesitan de tu saber.

—Te invoco para que destruyas la maldición de la eterna mala suerte que afecta a este desdichado.

—Y para terminar el hechizo voy a dibujar el signo mágico de la poción que figura en el libro —les dijo a Érica y MalaPata para que supiesen lo que estaba pasando.

Dicho y hecho, el mago empezó a trazar líneas y círculos en el aire con su varita mágica. Después de unos segundos se quedó inmóvil. El hechizo estaba terminado.

Inmediatamente cogió un gran cucharón y lo llenó con el líquido del caldero. Con un gesto de la mano invitó al pirata a acercarse para que pudiese tomárselo.

—Ha llegado el momento que tanto has esperado amigo MalaPata —le dijo el mago con un guiño del ojo. —Bébetelo todo de un trago antes de que pasen los efectos del hechizo.

El pirata siguió las instrucciones que le había dado y cerrando los ojos se tomó todo el contenido del cucharón sin dejar ni una gota.

Volvió a abrir los ojos y miró al mago Salazar.

—¿Cómo te sientes capitán MalaPata?, ¿o quizás debería decir capitán Buena Fortuna? —le sonrió el mago.

—La verdad es que no siento nada mago Salazar, le respondió el pirata un poco preocupado. Es muy extraño. No siento nada en absoluto.

La sonrisa de Markus se disolvió en un gesto de preocupación.

10. Algo ha salido mal

Tras oír estas palabras, el mago Salazar se lanzó a toda prisa sobre el gran libro de la poción de la Eterna Solución. Sabía que si el capitán no sentía nada en absoluto algo había salido mal, ya que él mismo había leído en el manuscrito que la persona que la tomó siempre sintió un gran bienestar nada más tomarla. La reacción del pirata no era normal y eso significaba que algo no andaba bien.

Mientras Érica atendía a MalaPata y le pedía que le explicase cómo se sentía, Markus Salazar repasaba todos los pasos que había seguido para crear la poción. Miró una a uno los ingredientes y las cantidades que había que poner de cada uno. Todo estaba correcto.

—Veamos ahora los encantamientos —reflexionó el mago. Todo estaba bien.

—Y por último verificar el signo mágico que termina el hechizo —comentó Markus.

Al pasar la página para ver el dibujo del signo mágico el mago Salazar se quedó paralizado. Su rostro estaba blanco como el papel.

—¡Por los cuatro jinetes del Apocalipsis! — exclamó Markus llevándose las manos a la cabeza.

—¿Cómo ha podido pasar esto?

Érica y MalaPata se acercaron hasta la mesa para mirar lo que tenía tan preocupado al mago. En la página que mostraba el signo mágico que unía todos los ingredientes de la poción con los hechizos que le daban su poder mágico y sanador, había un borrón que cambiaba ligeramente el dibujo. Ese borrón no era otro que el mosquito que Markus había aplastado con la mano mientras buscaba sus gafas mágicas sin darse cuenta. Al hacerlo había cambiado el dibujo del signo mágico de una manera casi imperceptible pero con terribles consecuencias para nuestro amigo.

El mago Salazar se sentó pesadamente en el taburete de la cocina y les

explicó lo que había pasado.

—Ahora entiendo porque no sientes nada capitán MalaPata —comenzó Markus Salazar con una mirada desanimada. —Tu mala suerte nos la ha jugado una última vez. Como habéis podido observar, al aplastar a ese maldito mosquito mientras buscaba mis gafas no pude ver lo que había pasado, con tan mala fortuna, que al hacerlo el signo mágico tiene ahora un pequeño punto donde antes no había nada.

—Al dibujarlo con mi varita para terminar la poción he añadido ese punto y ahora la poción ha funcionado de manera diferente a la esperada — continuó explicando a nuestros amigos.

—¿Entonces qué efecto es el que ha producido la poción?— Pregunto angustiado el pirata.

Pasaron unos segundos que se le hicieron eternos. El mago levantó la vista y mirándole fijamente le dijo.

—Si estoy en lo cierto, creo que ahora tu suerte ha desaparecido totalmente.

Así que el presentimiento de MalaPata había sido correcto. Todo este tiempo en el que su mala suerte había dejado de actuar no había sido más que un truco para que bajase la guardia y se confiara que nada iba a salir mal. Pero la maldición había estado allí todo el tiempo, esperando a jugársela una última vez en el momento preciso. El sueño que había tenido debería de haberle puesto sobre aviso, pero estaba demasiado feliz con la idea de librarse de ella por fin, y no le había prestado atención. Cada vez que sus instintos le intentaban avisar de que algo andaba mal él los había ignorado, y ahora le tocaba pagar por ello. Ahora no volvería a tener ninguna suerte en absoluto. Ni buena ni mala.

—Quizás lo que ha pasado no sea tan malo después de todo —dijo el capitán MalaPata intentando animar la situación.

—Por lo menos ahora me he librado definitivamente de mi mala suerte —añadió con una sonrisa.

—Me temo que no comprendes la gravedad de la situación —habló por primera vez Érica mientras le ponía su delicada mano en el hombro al pirata.

—Lo que mi tío no ha terminado de explicarte es que al cambiar el dibujo del signo mágico, se ha cambiado la poción de tal manera que ahora no solo ha hecho desaparecer tu suerte, según pasen los días irá haciendo desaparecer el

resto de tus sentimientos hasta que no quede ninguno. La felicidad, la pena, la alegría, la valentía, la lealtad, el amor...y muchos otros, se esfumarán hasta que solo seas un muñeco con vida pero vacío por dentro. Es un destino terrible — terminó de decir muy preocupada.

MalaPata no sabía que decir. Él era un pirata, y siempre había afrontado el peligro de las situaciones sin pensárselo dos veces. Incluso cuando se embarcó en esta aventura para deshacerse de su maldición, el mago Salazar le había explicado lo peligroso que podía resultar y no le había importado, pero ahora había algo diferente. De todos los sentimientos que Érica había nombrado antes, había uno que no estaba dispuesto a perder, aunque le costase la vida. Antes no le hubiese importado, pero desde que ella entró en su vida las cosas habían cambiado completamente. Ese sentimiento era el amor.

El capitán se puso de pie y con una voz clara y firme les dijo a los dos magos mientras se acercaba a ellos.

—Me he pasado los últimos diez años luchando contra mi mala suerte, así que no soy el tipo de persona que abandona cuando surge el primer problema. Necesito que uséis todos vuestros conocimientos para encontrar una solución a este problema. ¿Me ayudaréis a lograrlo? — les preguntó esperanzado.

Érica miró a su tío y este asintió ligeramente con la cabeza.

—MalaPata, puedes contar con nosotros — contesto ella mientras le tendía su mano al pirata. MalaPata puso la suya encima de la de Érica para sellar su acuerdo y por último lo hizo el mago Salazar, que empezaba a recuperarse de su desilusión por lo que había pasado.

—Encontraremos una solución a tu problema aunque tarde cien años — prometió el mago Markus Salazar.

—Será mejor que nos demos algo más de prisa querido tío. Según mis cálculos tenemos treinta días hasta la próxima luna llena para invertir los efectos de la poción antes de que estos sean permanentes —sentenció la bruja con cierta preocupación en su voz.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —dijo Markus con una sonrisa en sus labios. —Pongámonos manos a la obra.

11. El amuleto del Dragón de Jade

Al día siguiente todo era actividad en la casa del capitán. El mago Salazar convocaba libros de su librería mágica, que aparecían con pequeñas nubes de humo azul por todas partes. Por fortuna para MalaPata, al haber desaparecido su mala suerte ninguno de ellos aterrizó en su cabeza. Él los iba recogiendo y los llevaba a la cocina-laboratorio para que los magos pudiesen consultarlos.

Los libros tenían unos títulos de lo más curiosos, pensó el pirata al leerlos.

—Manual para deshacer entuertos.

—Cien y un errores en fórmulas mágicas.

—Talismanes y amuletos del mundo Oriental.

—Contrahechizos y retroformulas. Segunda edición.

Eran solo una pequeña parte de los volúmenes que esa mañana aparecieron por todos los rincones de la casa.

—Con tantos libros seguro que encuentran algo para arreglar mi problema —se dijo esperanzado MalaPata.

Él en toda su vida solo había leído un libro, que era el Manual del Buen Pirata.

—Si yo he aprendido tantas cosas con un solo libro, raro será lo que no se pueda solucionar con tantos —se alegró el capitán.

Finalmente, al llegar la noche, Markus Salazar salió del estudio con un viejo y polvoriento manuscrito abierto por el medio.

—Después de consultar varias docenas de tratados de magia, he llegado a la conclusión de que solo tenemos una oportunidad para detener los efectos de la poción de la Eterna Solución —les comentó a unos agotados Érica y MalaPata.

—Nuestra única opción es el amuleto del Dragón de Jade —sentenció el mago.

—Por la historia que me contó el capitán sobre su encuentro con el brujo Orus, está claro que para dar origen a la maldición utilizó un potente amuleto. He estado haciendo algunas investigaciones, y he llegado a la conclusión de que ese amuleto solo puede ser el famoso amuleto del Dragón de Jade. La descripción y el poder del mismo concuerdan con el relato de MalaPata.

El capitán puso una cara como si le estuviesen hablando en chino, pero a Érica inmediatamente se le iluminó el rostro con una gran sonrisa.

—Por supuesto —dijo ella. —Cómo no pensé antes en él.

Al ver la cara de ignorancia del pirata, Érica pasó a explicarle de lo que estaban hablando.

—Esta historia me la contó una de mis profesoras de la academia de brujería. Ella estaba presente en la corte del emperador Tsao Tong como tutora de sus hijos cuando estos hechos ocurrieron, y pudo ser testigo fiel de cada uno de ellos.

—La historia del amuleto del Dragón de Jade se remonta a unos diez años atrás, en el reinado del emperador de la China, Tsao Tong. Este emperador creía que estaba maldito al igual que tú, ya que no lograba que nada le saliese bien. Decidido a acabar con su maldición, mandó mensajeros a los cuatro extremos de su imperio, proclamando que la persona que le trajese un amuleto lo bastante poderoso para acabar con su mala suerte sería el próximo emperador. Como te podrás imaginar cientos de falsos magos y brujos de tres al cuarto se presentaron en el palacio con todo tipo de artefactos y engañifas para hacerse con el título de emperador, pero cada vez que el emperador probaba el amuleto en cuestión, simplemente tirando un dado ritual en el que debía salir el número siete tres veces seguidas, número de sobra conocido por su buena suerte, este nunca salía.

—Para acabar con la interminable fila de timadores y engaña bobos que se presentaban cada mañana a las puertas del palacio, el emperador decretó que la persona que trajese hasta el palacio un amuleto que no funcionara se le cortaría la cabeza. Como te podrás imaginar MalaPata, esto hizo que muy pronto nadie se acercase hasta allí para presentar otro amuleto falso por temor a perder la cabeza, literalmente —añadió Érica.

—Pasaron los años y el emperador empezaba a perder la esperanza de encontrar su ansiado amuleto cuando un joven extranjero se presentó en la corte. Inmediatamente fue llevado ante la presencia de Tsao Tong.

—Su excelencia el emperador, soy el brujo Orus — dijo presentándose a la vez que hacia una reverencia. —Vengo desde los países de más allá del Gran Océano y he oído que buscáis alguna manera para acabar con vuestra maldición. También he oído que daréis vuestro imperio a aquel que lo logre.

—¿Es esto correcto? Majestad— preguntó el brujo.

—Así es, extranjero, eso es lo que he prometido, pero en todos estos años nadie ha sido capaz de proporcionarme dicho amuleto, así que dudo mucho que tu vayas a ser capaz de hacerlo —le respondió el emperador sin demasiado interés.

—Me imagino que también has oído la parte de mi oferta en la que dice que si tu amuleto no funciona perderás tu cabeza —añadió el emperador con una mueca siniestra.

El capitán MalaPata pegó un salto de su silla cuando oyó nombrar al brujo que había destruido a toda su tripulación y le había lanzado la maldición que había arruinado su vida.

—¿Érica, estas segura de que el nombre del brujo en tu historia es Orus? — le preguntó el pirata con gran preocupación.

—Sí, estoy segura capitán. Te lo cuento tal y como me lo relato mi profesora hace unos años cuando nos enseñó lo que sabía sobre este amuleto.

Ahora MalaPata comprendió lo que el malvado brujo hacía en aquel barco en el medio del océano cuando tuvo aquel fatal encuentro con él diez años atrás. Sin duda se dirigía a ver al emperador Tsao Tong para ofrecerle el amuleto a cambio de su imperio.

Tras la interrupción del pirata Érica retomó la historia del amuleto.

En ese momento, el emperador se fijó con más cuidado en el extranjero. Vestía un hábito negro, lo que le daba la apariencia de un monje. Pero la cara le recordaba a un enterrador o a un personaje siniestro con esa horrible cicatriz que le cruzaba la cara. Una repentina sensación de intranquilidad se apoderó del emperador. No sabía lo que era, pero este extraño personaje no le gustaba nada. Deseaba deshacerse de él inmediatamente, pero la posibilidad de acabar con su maldición fue más fuerte que su sentido común.

El brujo puso su bolsa de viaje en el suelo y de ella sacó un trapo que empezó inmediatamente a desenvolver. Estaba todo cubierto de polvo por el

largo viaje que le había traído hasta allí. Cuando terminó de quitar el envoltorio su mano mostraba un collar del que colgaba una pequeña figurita de color verde. Estaba tallada de una manera perfecta en forma de dragón.

—Con todo respeto a las dudas de su majestad, creo que vuestra búsqueda ha terminado. Como representante de la Hermandad de la Isla de las Tinieblas os presento al Amuleto del Dragón de Jade. Un amuleto poderoso donde los haya, capaz de acabar con cualquier maldición que tenga la persona que lo porte —afirmó el brujo

—El amuleto del Dragón de Jade, es capaz de destruir los efectos de hechizos, pócimas y maldiciones. Es el antídoto total contra la magia de cualquier tipo. Labrado en esta piedra verde, llamada jade, que nuestra hermandad ha encontrado en un trozo de roca que cayó del cielo. Sus poderes celestiales unidos a nuestra magia han creado el amuleto supremo —dijo el brujo muy orgulloso.

—Normalmente nunca hubiera salido de la Isla de las Tinieblas donde nuestra hermandad tiene su base, pero he logrado convencer a los venerables miembros del Consejo Supremo para intercambiar el amuleto por vuestro imperio, y aunque al principio pensaron que el precio que pagabais era insuficiente, al final cedieron ante mis argumentos. Tomar posesión de un imperio que esté al servicio de nuestra hermandad de brujos aumentará considerablemente nuestro poder —añadió Orus mientras se frotaba las manos malévolamente.

—Todo eso está muy bien brujo, pero si el amuleto no funciona perderás tu cabeza —le amenazó el emperador, que casi deseaba que no funcionase para poder acabar con este personaje tan desagradable.

—No tengo ninguna duda sobre el poder del amuleto —le respondió con seguridad Orus.

Acto seguido se acercó al emperador y le entregó el collar para que se lo probase inmediatamente. Este sacó el dado ritual de un pequeño cofre tallado en madera. Toda la corte estaba en silencio por la expectación que había creado la llegada del extranjero con el místico amuleto.

El emperador lanzó el dado al aire mientras todo el mundo lo seguía con la vista. Cayó en el centro del salón de audiencias reales. El sonido del dado resonó en la gran sala. Dio varias vueltas sobre sí mismo, y cuando parecía que iba a caer en el número cuatro dio un último giro y permaneció inmóvil en el centro

de la sala. No se oía ni un murmullo. Todo estaba inmóvil.

—Visir real, ve y mira qué número ha salido en el dado ritual —ordenó el emperador con una gran voz que rompió el silencio sepulcral de la sala.

El visir se remangó su vestido ceremonial y bajó a toda prisa los escalones del trono hasta el centro de la sala donde ahora reposaba el dado. Bajó la mirada y dijo sin creer lo que veía.

—¡Es un siete su majestad! ¡es un siete!— La sala estalló en murmullos y exclamaciones mientras una gran sonrisa diabólica aparecía en los labios de Orus.

El visir real recogió el dado y lo devolvió a manos de del emperador. Este lo lanzó tan lejos como pudo. El dado rodó por todo lo ancho del salón real hasta que se paró cerca de la puerta. El guardia más próximo se acercó hasta el dado y con una voz poderosa anunció para toda la sala.

—El número que muestra el dado es el siete, su majestad.

Una vez más el visir real recuperó el dado y lo llevó hasta su señor, que parecía estar un poco nervioso por los resultados que producía este extraño artefacto.

Esta vez el emperador Tsao Tong lanzó el dado al aire sobre su cabeza y lo cazó con su mano cuando volvía a caer hacia abajo.

Rápidamente dio un manotazo con el dado en la mesa y lo dejó allí reposando sin que nadie pudiese ver el resultado de la Diosa Fortuna.

—Esta es la ocasión perfecta para deshacerme de este odioso extranjero —maquinó el emperador. —Miraré el resultado y lo cambiare con el dedo para que no salga un siete, proclamando entonces que el amuleto es una farsa como todos los anteriores.

Toda la sala del trono estaba expectante por saber el resultado de la tirada final que decidiría la suerte del brujo.

Tsao Tong levantó ligeramente la mano y vio que el número que mostraba el dado ceremonial era de nuevo el siete.

—¡Maldición! —masculló el emperador con una mueca de disgusto. —Pero nada que no se pueda solucionar con un ligero movimiento de mi dedo — asintió a la vez que giraba el dado para cambiar el resultado que mostraba.

El emperador Tong levantó la mano que cubría el dado a la vez que decía a grandes voces.

—Veo Brujo que no eres más que otro de esos impostores que pretende engañarme para quedarse con mi imperio, pero me temo que una vez más la maldición se ha encargado de descubrir tu plan. Mira por ti mismo y verás que el dado muestra el número cinco, lo que ha sellado tu suerte.

El brujo Orus permaneció inalterable en su sitio.

—Lamento importunar a vuestra alteza, pero creo que os equivocáis, si miráis atentamente el dado, veréis que el número que muestra es un siete, no un cinco — replicó el brujo.

Tsao Tong no podía creer lo que oía. Como se atrevía este extranjero a llevarle la contraria. Sin bajar la vista llamó a su visir.

—Visir real, te ordenó que proclames para toda la sala el número que muestra este dado.

El visir se acercó hasta el trono y nerviosamente cumplió las órdenes del soberano.

—El dado muestra un siete, emperador Tong.

El emperador miró el dado incrédulo. Este mostraba claramente un siete.

—Es imposible —farfulló. —Yo mismo acabo de cambiarlo a un cinco. Lo he visto con mis propios ojos.

El emperador no daba crédito a lo que acababa de suceder.

Orus rompió el silencio de la sala.

—Ya os lo había dicho su excelencia —añadió. —El amuleto del Dragón de Jade no tiene comparación. Y si ahora fueseis tan amable de firmar este papel en el que cedéis a la Hermandad de la Isla de las Tinieblas vuestro imperio os estaré muy agradecido.

El emperador estaba tan sorprendido que tardó unos segundos en contestar.

—No tan de prisa extranjero. Puede que lo del dado haya sido solo una casualidad. Debo probarlo otra vez para estar seguro de lo que aseguráis sobre este amuleto.

—Cómo os plazca —replicó el mago intentando no perder la paciencia.

Muy pronto tendría en su poder el imperio y no tendría que tratar más con inútiles como este emperador de pacotilla. Pero por ahora debía esperar.

—Brujo Orus, llevaré vuestro amuleto durante los próximos días mientras intento realizar todo tipo de pruebas peligrosas y de fortuna. Si salgo airoso de todas ellas mi imperio será vuestro —sentenció el emperador.

—Cómo deseéis vuestra alteza —aceptó el brujo intentando ocultar su enfado por el retraso en sus planes. Estaré esperando impaciente vuestras noticias. Y sin añadir nada más se retiró a sus habitaciones.

En los siguientes días el emperador realizó todo tipo de tareas a cual más peligrosa que la anterior y de las que salió airoso y vencedor. No podía creer que finalmente tenía en su posesión el amuleto que había buscado durante tanto tiempo. Y con la suerte de su parte empezó a lamentar tener que cumplir su parte del trato. Ahora que tenía el amuleto y su imperio sería el hombre más poderoso del mundo.

—Estaba decidido, se quedaría con el amuleto y eliminaría al brujo Orus para no tener que cumplir el trato —pensó maliciosamente el emperador.

Aquella misma noche convocó al brujo Orus a su salón privado alejado de los oídos del resto de la corte para hablar con él.

—Estimado amigo Orus —le recibió el emperador con un fuerte abrazo. — Debéis disculparme por haber dudado de las capacidades prodigiosas de vuestro amuleto. Durante estos años me han decepcionado tantas veces con engaños y objetos inservibles que había perdido completamente la esperanza de encontrarlo algún día. Pero el amuleto del Dragón de Jade es algo fuera de lo común.

—Habéis cumplido vuestra parte del trato y yo cumpliré la mía, mañana por la mañana firmaré la cesión de mi imperio para que se haga cargo de él la Hermandad de la Isla de las Tinieblas, pero antes debemos festejar este acuerdo con una gran fiesta. He ordenado los preparativos para que esta noche podamos celebrar adecuadamente nuestros triunfos respectivos — concluyó el emperador con una gran sonrisa.

El brujo Orus detestaba las fiestas y el bullicio de la gente, pero no quería estropear el deseado acuerdo para hacerse con el imperio de Tsao Tong.

—Unas cuantas horas más y todo esto será de la Hermandad —meditó Orus mientras ponía una falsa sonrisa y aceptaba el festejo con una reverencia al emperador.

—Cómo vos deseéis vuestra excelencia —añadió.

—De todas formas esta será vuestra última orden al mando del imperio. Vuestras horas están contadas — se dijo así mismo el brujo con una mueca malévol.

Pero lo que Orus no había tenido en cuenta era que la fiesta del emperador se había planeado exclusivamente con la finalidad de acabar con él. La fiesta comenzaría al anochecer con un gran banquete y múltiples actuaciones de artistas del famoso Circo Chino. Habría malabaristas, acróbatas, payasos y la actuación favorita del emperador Tsao Tong, los lanzadores de cuchillos. Estos serían los encargados de acabar con el maldito brujo.

—No es tan raro que un cuchillo salga rebotado por error y acabe eliminando a un impertinente extranjero como Orus —observó el emperador entre carcajadas mientras se iba a sus habitaciones privadas para prepararse para la gran celebración

Cuando llegó la noche la flor y nata de la sociedad china estaba sentada en el salón de banquetes del Gran Palacio. Nadie se quería perder un evento tan importante. Todos habían venido vestidos con sus mejores galas para impresionar a amigos y conocidos. La seda oriental y las joyas preciosas relucían por todas partes. Por el contrario el brujo Orus seguía vestido con su sobrio traje negro. Eran las vestimentas de alguien que tiene otras preocupaciones más importantes en su mente que las de vestirse exuberantemente para ir a fiestas. Aunque lo que lograba era si cabe resaltar más entre tanta riqueza de colores.

Se le veía impaciente y malhumorado por acabar con esta farsa y hacerse con el control del imperio inmediatamente. No había sido fácil convencer a los vejesterios del Gran Consejo de la Hermandad para que le dejasen llevarse el amuleto. Pero él lo había conseguido, y estaba seguro que ni siquiera sospechaban que tenía sus propios planes de futuro. Una vez terminado con el control total del imperio sería la hora de volver a la Isla de la Tinieblas y nombrarse Brujo Supremo. Con eso tendría él solo el control total. Si alguien se le oponía dispondría de un vasto ejército y de sus poderes mágicos para eliminar a los que no aceptaran su mandato.

—Todo estaba saliendo a pedir de boca —se regocijó el brujo.

Al poco rato llegó su excelencia el emperador, vestido con un lujoso traje de fiesta todo dorado. Relucía más que el sol cuando le alumbraron los cientos de velas que había en la sala. Que poco se imaginaba el emperador que su

vanidad sería su perdición.

12. El gran banquete

Todos tomaron asiento en el Gran Salón Imperial. Inmediatamente comenzó un desfile interminable de platos traídos de los cuatro rincones del reino. Patos asados laqueados al estilo pekinés, tallarines salteados al estilo de Hong Kong, pollo picante a las mil salsas orientales o, rabo de tigre bengalí con salsa, eran alguno de los favoritos del emperador Tsao Tong, que los devoraba a toda velocidad según los ponían en la mesa real. El brujo Orus, como invitado de honor que era, estaba sentado a la derecha del emperador.

—¿Qué os parece mi pequeña fiesta amigo Orus? —indagó el emperador encantado.

—Excelente, su alteza —le contestó sin ningún interés el brujo mientras bebía un vaso de licor de jazmín e ignoraba completamente los platos que pasaban sin cesar por delante de él.

—Espero que el espectáculo también sea de vuestro agrado —añadió el monarca con una sonrisa de hiena.

—Seguro que lo será su alteza —añadió Orus mostrando el mismo desinterés que por la comida.

El banquete ya estaba en pleno apogeo y los malabaristas acababan de salir del escenario cuando entraron en acción los lanzadores de cuchillos.

—No os perdáis este número amigo Orus —le animó el emperador, —es realmente para morirse..., —y tras una pequeña pausa añadió ... —de la emoción.

Los lanzadores de cuchillos iban vestidos de negro con un cinturón de tela roja, y alrededor del pecho llevaban una bandolera de cuero de donde colgaban varias docenas de cuchillos de todos los tamaños y formas. Su habilidad lanzándolos era increíble. Con una gran puntería lograron escribir el nombre del emperador en una rueda de madera, que no paró de girar hasta que terminaron sus lanzamientos, para el gran placer de su audiencia.

Finalmente llegó la apoteosis de la actuación. La estrella de los lanzadores de cuchillos pidió permiso al monarca para demostrar su número más arriesgado.

Colocaría una manzana en la cabeza del emperador y lanzaría un cuchillo que se clavaría en ella sin causarle ningún daño desde una distancia de cien pasos.

Tsao Tong accedió a la petición. La audiencia recibió la noticia entre gritos de admiración por su emperador. Lo que ellos no sabían era que todo estaba amañado de antemano para que el cuchillo lanzado fuese a clavarse en el corazón el pérfido brujo.

El maestro lanzador colocó la manzana en la cabeza del monarca y se fue alejando mientras contaba en alto los cien pasos que debía andar antes de lanzar el cuchillo.

Los focos de luz, que eran enormes fuegos dirigidos por espejos, se concentraron en la manzana que estaba en la cabeza del emperador y en la posición en la que se encontraba el lanzador de cuchillos. El resto de la sala se quedó en penumbras, incluido el asiento del brujo Orus. Pero este podía ver con claridad la cara del monarca. Hubo un redoble de tambores y el lanzador comenzó la cuenta atrás para tirar el cuchillo. No se oía ni una mosca en la sala. La tensión era enorme.

—Tres, dos, uno... —dijo lentamente.

Orus no pudo evitar ver la mirada de reojo que le lanzó el emperador y la pequeña sonrisa que se había formado en sus labios. En ese momento entendió todo el plan para eliminarle.

—Luminun —susurró el brujo.

De repente el haz de luz que iluminaba la manzana en la cabeza del monarca aumentó hasta cubrirle completamente. En el último segundo antes de que hacer el lanzamiento el brillo de las vestiduras del emperador deslumbró al lanzador de cuchillos como un relámpago en mitad de la noche. La daga salió disparada de la mano del artista cuando un fuerte viento apagó el fuego que iluminaba la estancia. Todo se sumió en la oscuridad.

Cuando los sirvientes lograron volver a encender el fuego y la luz volvió al salón de actos todos se quedaron espantados de ver la escena que tenían ante sus ojos.

El puñal, que se suponía debía acabar con la vida del brujo estaba clavado en el pecho del emperador que lo miraba atónito sin saber qué hacer.

Sus ojos iban del puñal a la manzana que había estado encima de su cabeza

y que ahora el brujo devoraba con un gran apetito.

—Estos juegos con cuchillos a veces acaban mal, su majestad —le susurró el brujo. —Son juegos muy peligrosos. Pero jugar con la Hermandad es aún más peligroso como acabáis de descubrir.

—Si no os importa ahora me llevaré de vuelta mi amuleto, ya que a donde vais a ir no lo vais a necesitar.

Y haciendo parecer que estaba intentando ayudar al emperador antes de que su guardia personal pudiese reaccionar ante lo que había sucedido, con un fuerte tirón rompió la cuerda que sujetaba el amuleto al cuello del monarca y se lo metió en el bolsillo.

Para cuando los guardias hubieron subido la escalera que llevaba a la mesa real ya no había emperador que salvar. La avaricia y la vanidad de Tsao Tong habían acabado con él.

Érica concluyó con su historia.

—Por lo que pudo descubrir más tarde mi profesora, el brujo pensó que sería mejor cambiar de aires antes de que alguno de los subalternos del emperador empezara a atar los cabos de lo que realmente había ocurrido durante el banquete real, y se escapó en mitad de la noche sin que se conozca a donde fue, lo que sí sabemos con toda seguridad es que se llevó consigo el amuleto del Dragón de Jade.

—Eso solo nos deja un lugar en el que buscar el amuleto —les explicó con el rostro muy serio. —Según la información que ha encontrado mi tío, este lugar es la Isla de las Tinieblas, el cuartel general de la temida Hermandad de Brujos. Así que es allí donde debemos dirigirnos.

—No puedes hacerlo Érica, iré yo solo, no permitiré que arriesgues tu vida por mí, y lo mismo le digo a tu tío —añadió el capitán MalaPata mientras se ponía en pie con aire decidido. —Este es mi problema y debo resolverlo yo solo. Os agradezco lo que habéis hecho por mí, pero de ahora en adelante debo seguir mi propio camino, ya que enfrentarse a la Hermandad es casi un suicidio.

Érica se puso de pie hecha una furia. Se colocó delante de él mirándole intensamente a los ojos y le dijo.

—¡Si piensas por un momento te vas a ir solo a esa isla llena de peligros y brujos sedientos de sangre estas completamente loco! Además tengo una cuenta

que saldar con ese odioso gigante que vive en esa isla. Así que con un poco de suerte, mataremos dos pájaros de un tiro, y lo de matar lo digo literalmente —añadió con una mueca de odio que parecía convertir toda su rubia cabellera en una antorcha de fuego reluciente.

—Yo por mi parte —aclaró el mago Markus, del que los otros dos se habían olvidado completamente mientras seguían mirándose a los ojos, —también pienso ir. Tengo una vieja deuda que saldar con esa diabólica Hermandad de brujos por todas las maldades que han impuesto a la gente de estas tierras. Les haré pagar caras cada una de ellas.

—Bueno, si no puedo hacer que cambiéis de opinión parece que la cosa está decidida —dijo el capitán resignado. —Nos vamos a la Isla de las Tinieblas y que se vaya preparando su Hermandad de brujos para lo que se les viene encima.

—

Se acercó hasta la alhacena de la cocina y sacó una polvorienta botella de ron y tres vasos que llenó hasta arriba. Ofreció uno a Érica y otro a Markus y levantado el suyo gritó.

—¡Por la Isla de las Tinieblas y el amuleto del Dragón de Jade!

Érica respondió levantando también su vaso.

—¡Por la Isla de las Tinieblas y la destrucción del malvado gigante Grendel!

Finalmente el mago Markus Salazar Levantó el suyo y se unió al brindis.

—¡Por la Isla de las Tinieblas y la aniquilación de la Hermandad de brujos!

Los tres vasos chocaron a la vez derramando parte de su contenido y cada uno de ellos lo apuró de un trago.

—Ahora solo nos queda encontrar una tripulación para mi barco lo bastante loca y valiente como para zarpar hacia nuestro destino —dijo pensativo MalaPata rascándose la cabeza.

—Y solo hay una tripulación lo bastante chalada en esta isla como para afrontar esta aventura. La tripulación de los Malditos.

Érica y Markus se sorprendieron enormemente con lo que MalaPata acababa de decir.

13. La Tripulación de los Malditos

Convencer a la tripulación de los Malditos no iba a ser fácil. El capitán MalaPata lo sabía perfectamente. Todo el mundo los conocía bien en la isla del volcán Krakatoa. Eran un grupo de piratas de lo más extravagante. Les daba igual el tesoro o el peligro. Si la aventura les atraía no decían que no a nada. Eran su única oportunidad, ya que sabía que solo con mencionar a la Hermandad, el resto de los piratas que conocía pondrían pies en polvorosa antes de poder añadir ni una palabra más.

Sabía dónde les encontraría. Cada jueves por la noche se reunían en la taberna del Tuerto para hablar de sus planes y de las últimas locuras que habían cometido. Una gran multitud de gente se congregaba a las puertas de la taberna solo para oír las aventuras que habían corrido la semana anterior. Luchas con criaturas de leyenda, la búsqueda de una joya oculta, el rescate de una princesa secuestrada, quien sabe lo que sería esta semana. La cosa es que nunca salían decepcionados con sus narraciones.

MalaPata pidió a Érica y al mago Salazar que no le acompañasen a la taberna del Tuerto esa noche. De sobra sabía que era un sitio peligroso y en el que la palabra equivocada te podía costar la vida. Esto era algo que debía hacer solo.

Se colgó su espada y su pistola del cinturón rogando que permanecieran allí toda la noche. Se puso su aplastado sombrero de tres picos y salió por la puerta sin decir nada más.

— Con un poco de suerte lograré convencerles para que se unan a nosotros —se dijo a sí mismo. En ese momento se paró en medio de la calle y meneando la cabeza recordó con cierta tristeza que no podía contar con algo que se había desvanecido completamente.

La Taberna del Tuerto estaba completamente llena a rebosar. La gente se amontonaba alrededor de la mesa que ocupaba la tripulación de los Malditos para poder escuchar con más claridad el último relato de sus aventuras.

MalaPata se hizo hueco a base de codazos hasta que llegó a la primera fila.

En ese momento pudo escuchar.

—... Y le corté la cabeza a aquella alimaña antes de que pudiese convertirme en piedra. El resto fue coser y cantar. Bajamos hasta la cueva y sacamos el cofre para llevarlo hasta nuestro barco. Las serpientes de la cabeza de medusa todavía se movían cuando pasamos delante de ella arrastrando el cofre, pero esa pérfida criatura no volverá a molestar a nadie —relataba un tipo enorme cubierto de cicatrices por todo el cuerpo.

—¡La cabeza de Medusa! ¡Vaya! —exclamó admirado el capitán. —Estos son sin duda alguna los hombres que busco. Bueno, hombres y mujer por lo que veo —dijo pensativo MalaPata, clavando sus ojos en una chica que estaba sentada en la mesa de la tripulación sin prestar mucha atención al relato del otro miembro de los Malditos.

—Parece que está lista para entrar en acción si la situación lo requiere —pensó MalaPata. Y para dejárselo aún más claro, cuando se le acercó uno de los curiosos que estaban escuchando y le murmuró algo al oído, ella se levantó, le sonrió y le soltó un tremendo puñetazo que lo mandó volando por encima de las mesas vecinas. Acto seguido se organizó una tremenda trifulca con los piratas que estaban sentados allí tomando un ron tranquilamente, y a los que no les gustó nada de nada que un extraño aterrizase encima de su mesa y tirase sus bebidas así por las buenas sin ni siquiera haberse presentado antes.

El tabernero sacó un trabuco que guardaba debajo de la barra del bar y tras pegar dos tiros al aire todo el mundo se calmó un poco, con lo que una vez volvieron las cosas a la normalidad, la persona que estaba contando la historia pudo terminarla mientras apuraba su vaso de ron.

—... Y eso es todo queridos amigos, piratas, y curiosos de todo tipo. Espero poder traeros la semana que viene una nueva aventura de la tripulación de los Malditos, y si no lo hago será probablemente porque he acabado en la tripa de algún monstruo marino, o que una banda de esqueletos vivientes hayan acabado conmigo mientras estaba intentando robarles sus tesoros, pero con un poco de suerte, aquí estaremos para deleitar a nuestra audiencia con nuevos relatos y aventuras.

La multitud allí congregada estalló en una tremenda cacofonía de vítores y aplausos, que el curioso personaje lleno de cicatrices agradeció con una ligera reverencia y un saludo con su sombrero antes de volver a aposentarse en su silla.

De repente una idea le surgió en el cerebro al capitán MalaPata. Esa era la

solución.

—Si hay algo que la tripulación de los Malditos desea más que ningún tesoro es la buena suerte de poder continuar con sus aventuras —reflexinó muy alegre. —La buena suerte que necesitan para vencer a todas esas criaturas y enemigos que desafían continuamente. Y solo hay algo que se la puede garantizar; El amuleto del Dragón de Jade.

Con algo más de seguridad después de haber tenido su gran idea, el capitán MalaPata se acercó hasta la mesa de los piratas.

—Buenas noches caballeros —les dijo saludando con su sombrero, a la vez que hacia una pequeña reverencia.

La chica le lanzó una mirada de las que matan si no tienes cuidado.

—Y dama, por supuesto —añadió tragando saliva al darse cuenta del error que había cometido al no incluir a la chica en el grupo.

—Permítanme que me presente. Soy el capitán MalaP...

Pero no pudo terminar su presentación. Con un movimiento rápido la chica se puso de pie como un rayo y sacando su espada se la puso a MalaPata en la punta de la nariz antes de que se hubiera reincorporar después de hacer su reverencia.

Nuestro amigo se encontraba en una postura ridícula, con su sombrero en una mano mirando fijamente a la punta de la espada que tenía entre los ojos.

La mujer habló con una voz tranquila.

—Todos sabemos perfectamente quien eres capitán de pacotilla. El desafortunado capitán MalaPata que perdió su barco y su tripulación en un solo día, y que desde entonces no levanta cabeza por lo que él achaca como una maldición, y a lo que yo llamaría ser un inútil —le espetó la muchacha sin mover ni un centímetro su espada.

—Esto no tiene muy buena pinta —pensó MalaPata mientras las gotas de sudor empezaban a resbalarle por la frente hasta la nariz. Y lamentado todavía más haber molestado a esta bestia endemoniada con forma de chica que tenía delante.

Ella continuó hablando.

—Parece que tu suerte no ha cambiado, has venido hasta esta taberna y has

molestado a la persona menos indicada.

El resto de sus compañeros soltaron una carcajada al oír esto.

—Vamos Sonia, ¿no crees que ya le has hecho sudar bastante? Estoy seguro que el capitán no quería ofenderte —ofreció como oferta de paz el tipo enorme con tantas cicatrices en su cuerpo como gotas de agua hay en el mar. MalaPata le reconoció inmediatamente como el narrador de la historia.

—Quizás tengas razón, Slash —le respondió Sonia. —De todas formas creo que este tipo no merece la pena, y quizás si me acerco demasiado se me pegue su mala suerte —añadió mientras guardaba su espada y se volvía a sentar para gran alivio del capitán.

Este se incorporó e inmediatamente cayó sentado en la silla más cercana a notar que sus piernas flaqueaban por el susto.

—Algún día de estos tengo que buscarme otro trabajo —musitó MalaPata mientras negaba con la cabeza.

—Bueno capitán MalaPata, permítame que te invite a un vaso de ron como ofrenda de paz y disculpa ante el comportamiento un poco excesivo de nuestra amiga Sonia. Tiene un carácter un poco difícil, pero un corazón de oro —comentó Slash entre risas, mientras le servía al capitán un gran vaso de ron que él apuró de un solo trago. Era justo lo que necesitaba.

Cuando la tripulación al completo se volvió a acomodar en sus sillas no pudieron evitar mirar con curiosidad al capitán. Todos conocían de sobra su historia y le habían visto ir y venir de vez en cuando por la isla, pero nunca se había acercado hasta ellos anteriormente. Todos se preguntaban con curiosidad ¿qué es lo que querría?

14. Presentaciones

Tras recuperar el aliento el capitán sacudió el sombrero en su pantalón y se lo volvió a poner. Se puso de pie y recordando lo que le había llevado hasta allí se acercó de nuevo a la mesas de la tripulación.

—Gracias por el trago. La verdad es que tenía la boca un poco seca después de la presentación con la señorita —afirmó mirándoles fijamente.

—Me imagino que os estaréis preguntando qué es lo que me ha traído hasta aquí.

Ellos asintieron con la cabeza.

—Pues es muy simple. Tengo una propuesta que haceros. ¿Qué me diríais si os contase que hay un amuleto que os puede garantizar de por vida la buena suerte que necesitáis para salir airosos de vuestras locas aventuras?— Le dijo el capitán fríamente.

Sonia se volvió a levantar lentamente y con una gran risotada le contestó.

—Te diríamos que tu mala suerte te ha empezado a afectar el cerebro. Nada puede garantizarte eternamente la buena suerte.

—¿Al igual que nada puede darte mala suerte eternamente? —le replicó MalaPata. —Yo soy el ejemplo de que si es posible. Aquí me tenéis delante de vosotros como prueba viviente.

Era hora de poner toda la carne en el asador.

—Y por los ojos del tiburón blanco os juro que existe ese talismán y sé dónde encontrarlo —añadió dando un puñetazo sobre la mesa.

Todos estaban ahora callados. ¿Sería cierto lo que decía el capitán? Se miraron unos a otros contemplando la misma cuestión. Si ese talismán era real y se hacían con él serían invencibles. Su leyenda sería eterna. Y esa era la auténtica motivación de la Tripulación de los Malditos. La fama eterna.

El dinero iba y venía. Los tesoros se gastaban. Hasta sus propias vidas se iban apagando día a día. Era la inexorable lucha contra el tiempo y todos lo

sabían. En el futuro ninguno de ellos estaría allí para contar sus aventuras, pero si éstas fueran tan increíbles que se convirtieran en leyenda, entonces serían inmortales.

Un brillo alumbraba los ojos de los miembros de la tripulación. Todos habían comprendido rápidamente lo que la oferta del capitán suponía, y era algo que no podían dejar escapar.

Esta vez fue Slash el que se puso de pie. Miró al capitán directamente muy despacio estudiándole cuidadosamente.

—Si lo que dices es cierto, la Tripulación de los Malditos está a tu servicio. Pero si nos has mentado, te lo haremos pagar tan caro que pensaras que estos diez años de mala suerte han sido un paseo por el bosque en comparación con lo que haremos contigo —añadió mostrando todos sus dientes de oro en una mueca horrorosa.

—De todas formas no nos precipitemos, Slash. Siéntate con nosotros capitán y cuéntanos tu propuesta detalladamente —sugirió otro de los piratas que llevaba unos anteojos con unos cristales enormes, los cuales limpiaba constantemente. MalaPata agarró su silla y sentó la acercó a la mesa.

—¿Pero dónde están nuestros modales chicos?,— dijo el mismo pirata de gafas enormes —lo primero que deberíamos hacer sería presentarnos.

—Creo que ya has conocido a la joyita del grupo. Sonia Cutlass. Te aseguro que es encantadora, una vez que llegas a conocerla. La pena es que casi nadie vive lo suficiente a su lado para hacerlo, ya que los suele matar antes.

—Es una broma Sonia — le dijo guiñándole el ojo mientras Sonia sacaba un puñal de su bota y comenzaba a afilarlo a la vez que les dedicaba a ambos una sonrisa de hiena hambrienta.

—Sonia es nuestra experta en armamento y técnicas de combate. De hecho ella misma es un arsenal andante.

Y para probar el comentario, Sonia sacó un par de pistolas de su chaqueta y dos bombas incendiarias y las puso encima de la mesa. Tras hacer esto clavó un enorme machete en la mesa que sacó de un bolsillo oculto en su bota. El capitán tragó saliva.

—Hoy no llevo encima gran cosa, después de todo solo hemos salido a echar un trago —dijo ella sin para de afilar el cuchillo

—Mi nombre es Bullseye —exclamó el pirata que estaba haciendo las presentaciones, mientras se volvía a quitar las gafas y limpiaba otra vez los cristales dedicándole una mirada completamente miope.

—Quizás debería usar un pañuelo que no estuviese tan asqueroso para limpiar sus gafas y así no tendría que hacerlo cada dos por tres —pensó el capitán divertido.

—Mi especialidad es la navegación.

Al capitán casi se le escapa una carcajada. —¿Cómo podía este tipo navegar en el mar si apenas podía ver algo más allá de su nariz? —se preguntó extrañado.

—Me imagino por la cara que estas poniendo que tienes algunas dudas de mis capacidades, pero te aseguro que para navegar debes utilizar todos tus sentidos, no solo la vista —le comentó Bullseye con una mirada enigmática.

—Aquel chicarrón tan guapo con más cicatrices que un león de la sabana y que tan amablemente ha respondido en nombre del grupo es Slash. Si algún día estás muy aburrido, puedes preguntarle de donde viene cada una de ellas. Estoy seguro que en un par de meses te lo habrá terminado de contar.

—Slash es una bestia en la lucha cuerpo a cuerpo como bien puedes ver por su condecorado cuerpo. Además de un excelente cocinero, si lo que te gusta es comer pescado en salazón durante una semana. Es curioso que nunca nadie se queje al cocinero — continuó Bullseye.

Slash asintió lentamente al oír el comentario.

—No creo que nadie en su sano juicio se vaya a quejar de nada ante un tipo con esa pinta pendenciera — reflexionó MalaPata mientras tragaba saliva.

—Aquellos dos de allí son Ying y Yang —indicó Bullseye señalando con el dedo a un par de tipos que parecía ser la misma persona. El capitán los miró con interés.

—No es que estés viendo doble por los efectos del ron querido capitán. Es que son gemelos idénticos y nadie, a parte de ellos, sabe quién es quién. La verdad es que a nosotros nos da igual. Lo que importa es que son unos rastreadores excepcionales y pueden encontrar el rastro de una mariposa en medio de un campo de girasoles. Nada se les escapa a estos dos —los gemelos hicieron una pequeña inclinación de su cabeza con tal coordinación que

MalaPata pensó que estaba mirando a la misma persona reflejada en un espejo.

—Y con esto concluye nuestro pequeño, pero selecto, grupo de camaradas —asintió Bullseye, mientras terminaba su vaso de ron sediento tras la presentación de sus colegas.

—Ahora capitán MalaPata es hora de que nos explique con detalle esta pequeña aventura en la que quieres que participemos —asintió Slash sin levantar la mirada de su vaso.

15. La propuesta

El capitán se aclaró la garganta con el poco ron que quedaba en su vaso y se inclinó hacia adelante indicando al resto de los piratas que se acercasen para que nadie más pudiese oír su conversación.

—Esto que os voy a contar es algo confidencial —añadió con seriedad. — Ni una palabra debe de salir de este grupo de lo que os voy a contar. Me imagino que cuento con la palabra de la Tripulación de los Malditos para que así sea.

Todos asintieron con la cabeza, así que el MalaPata continuó con su relato. Les contó cómo fue su primer encuentro con el brujo Orus y como el mago Markus Salazar y Érica habían intentado destruir la maldición con unos resultados inesperados y poco deseados, y dejando para el final la revelación de la existencia del amuleto del Dragón de Jade. Viendo que ninguno de los piratas se perdía una sola palabra de lo que decía, confirmó que había dado en el clavo al ofrecerles el amuleto como cebo para lograr su ayuda en la peligrosa aventura que se esbozaba en el horizonte.

Lo único que no les contó fue como pensaban MalaPata y sus amigos llegar hasta la Isla de las Tinieblas, ya que ahora que se ponía a pensarlo, ni siquiera el capitán lo sabía.

Tras terminar su historia, MalaPata hizo una pausa para que todo lo dicho fuera digerido mentalmente por los presentes.

Sonia le miró a los ojos y le preguntó.

—Todo eso está muy bien, ¿pero si nosotros nos quedamos el amuleto que es lo que ganas tú?

MalaPata se irguió en su silla.

—Os he dicho lo que podéis ganar vosotros, y me imagino que estáis en vuestro derecho de saber qué es lo que queremos nosotros a cambio de vuestra ayuda — asintió el capitán.

—Bueno, estas son nuestras condiciones para desvelar el lugar donde está el amuleto y ayudaros a conseguirlo.

—Primera. Una vez que consigamos el amuleto deberéis dejarme que lo use una vez para destruir la poción que está acabando lentamente conmigo.

—Segunda. Necesitaré de vuestra ayuda para destruir al gigante Grendel.

—Y tercera y última. Nos asistiréis en lo que podáis para eliminar a la Hermandad de Brujos de la Isla de las Tinieblas.

Al mirar las caras que le observaban alrededor de la mesa se percató de que por fin se daban cuenta en lo que se estaban metiendo realmente.

Lo del gigante Grendel pasaba, pero intentar acabar con la Hermandad de Brujos eran palabras mayores, pensaron los miembros de la tripulación. De sobra sabían cómo habían acabado las personas que se habían cruzado en el camino de la Hermandad. Un montón de cenizas al viento era la conclusión más normal.

Al ver la creciente duda en los ojos de los Malditos el capitán se apresuró a intentar volver a ganar su confianza.

—Sé que es mucho lo que pido, pero la recompensa que os ofrezco lo vale. No es solo el amuleto. Es la posibilidad de que seáis inmortales —dijo el capitán intentando poner las cosas a su favor. Estos piratas eran su única oportunidad de conseguir el amuleto y de salvar su vida. Tenía que conseguir su ayuda fuese como fuese.

—Vuestra leyenda vivirá para siempre si lo logramos.

MalaPata había hecho todo lo posible para convencerles y lo sabía. Era hora de afrontar la verdad.

—¿Entonces cuento con la colaboración de la tripulación de los Malditos? —preguntó esperanzado y con un nudo en el estómago.

Sonia se puso de pie en silencio, y miró uno a uno a los miembros de la Tripulación de los Malditos. Cada uno debía decidir si se metían en la aventura más loca que jamás nadie les había propuesto.

Uno a uno los miembros de la tripulación comunicaron su decisión.

—¿Quién quiere vivir para siempre? —dijo Bullseye asintiendo con la cabeza. —Yo me apunto.

—Creo que no todos los días vamos a encontrar una aventura como esta. Brujos, gigantes, tesoros. ¿Quién podría decirle que no a algo así? —añadió Slash haciendo un gesto afirmativo.

—Nos parece bien darles una lección a ese gigantón de Grendel y a sus amos de la Hermandad. Los gemelos estamos de acuerdo —comentaron a la vez como si fuesen una sola voz.

—Como jefa del grupo, yo también estoy de acuerdo. Tengo ganas de probar mi armamento especial con esa pandilla de brujos de la Hermandad. En más de una ocasión han frustrado nuestros planes y creo que va siendo hora de ajustarles las cuentas —asintió Sonia con fuego en los ojos. —Te ayudaremos a cambio del amuleto. Y para sellar nuestro pacto te ofrezco la ofrenda de sangre.

Sin mediar palabra sacó de la nada un puñal y se hizo un corte en la palma de la mano. Un pequeño hilo de sangre brotó de la herida.

El capitán sabía lo que debía hacer. Estaba escrito claramente en el Código de Honor del Pirata. Y aunque honor y pirata son palabras que no se ven juntas a menudo, todos ellos respetarían el código a sabiendas de las consecuencias que tendría romper el acuerdo. El pacto de sangre se cerraba entre dos piratas para lograr un objetivo común, y se sellaba con la sangre de los dos representantes, normalmente los capitanes. Una vez hecho el pacto, este jamás podía romperse a menos que todos muriesen en la aventura. Así era como se disolvía este pacto. Con más sangre.

O por ser un poco más optimistas, si se lograba el objetivo del acuerdo y entonces se dividían las ganancias.

EL pacto de sangre había surgido porque la verdad es que los piratas no son gente de fiar. Siempre están mintiendo y engañando para conseguir sus fines, pero esta desconfianza llegó a tal punto que se hizo imposible la colaboración entre ellos, porque nadie se fiaba de nadie por miedo a ser traicionado cuando conseguían el tesoro.

La gran reunión de filibusteros y saqueadores del año 1450 puso fin a esto con la creación del Código de Piratería, en el que se reflejaba el pacto de sangre.

Después la colaboración entre ellos se hizo más fácil, ya que romper el pacto traicionando a la otra parte, significaba ser desterrado para siempre de la Hermandad de Piratería, y que tu nombre fuese maldito para toda la eternidad. Algo que ningún pirata estaba dispuesto a sufrir por muy grande que fuese el botín.

Así que el capitán sacó su daga del cinturón de cuero que la sujetaba y se hizo un corte en la palma de la mano. Acto seguido Sonia y él se estrecharon la

mano fuertemente mezclando la sangre que corría por sus venas.

El pacto de sangre estaba hecho y ahora solo la muerte o la victoria podían romperlo.

16. Se organiza la expedición

MalaPata volvió a su casa ya entrada la noche. Cuando llegó vio que una débil luz brillaba en la cocina. Abrió

la puerta y se dirigió hasta allí.

—¿Quién podía estar levantado a las dos de la mañana? —se preguntaba el capitán intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a nadie. Cuando abrió la puerta se encontró a Érica sentada en una silla leyendo uno de los libros de pociones de su tío.

—¿Érica, qué haces levantada a estas horas? —le preguntó el capitán.

—Saludos capitán —le respondió ella con una sonrisa que iluminó toda la sala. —No podía dormir. Estaba nerviosa pensando en cómo saldría tu aventura en la Taberna del Tuerto, así que he decidido esperar a que regresaras.

MalaPata se sentó pesadamente en una silla y quitándose el sombrero y el sable que llevaba en el cinturón lo dejó sobre la mesa de la cocina. Érica no pudo evitar ver la mancha de sangre que había en afilada hoja y se sobrecogió pensando en que tipo de pelea se habría visto envuelto el capitán. Al ver la cara de la muchacha el MalaPata se precipitó en decir.

—No te preocupes Érica, no he luchado con nadie. De hecho esa mancha de sangre que ves en mi daga significa que todo ha salido a las mil maravillas.

Ella lo miró extrañada. Pero todo se aclaró rápidamente cuando el capitán le contó su aventura en la Taberna del Tuerto mientras se tomaban un café caliente. Le explicó que ahora disponían de una tripulación para hacerse a la mar en cuanto estuviesen preparados, y sobre todo cuando supiesen hacia donde debían dirigirse, ya que la Isla de las Tinieblas no se encontraba en ningún mapa o carta náutica que él conociese, lo cual era un grave problema si había que navegar hasta allí.

—Este es un pequeño detalle que no he revelado a nuestra nueva tripulación — le desveló MalaPata. —No creo que hubiesen visto con muy buenos ojos meterse en una aventura con un capitán que no sabe ni a donde debe dirigirse. No da la apariencia de ser muy profesional — añadió con una mueca.

Ahora fue Érica a la que le brillaban los ojos con entusiasmo.

—No te preocupes por eso MalaPata. No creas que mi tío y yo hemos estado de brazos cruzados mientras tú te rompías la cabeza para encontrar una tripulación.

—En cuanto saliste por la puerta nos pusimos manos a la obra para descubrir el paradero de esta misteriosa isla.

—Primero intentamos encontrar a alguien que hubiese estado o pasado cerca de ella, pero los pocos piratas que estaban dispuestos a hablar, y no salieron corriendo ante la mención de la misma, no recordaban nada de su localización exacta. Por lo visto está rodeada de una misteriosa niebla que afecta a la gente que se acerca demasiado a sus costas. Empiezan a ver y a oír cosas extrañas, y una vez que se han alejado, no logran recordar nada de donde estaba. Eso es todo lo que sacamos en claro tras visitar una buena docena de tabernas cerca del puerto.

—Así que mi tío y yo regresamos a casa un poco desanimados por la falta de progreso en nuestra búsqueda. Pero ya sabes que nosotros no somos de los que tiramos la toalla ante las primeras dificultades que encontramos. Nos sentamos en la cocina y comenzamos a indagar en los libros de magia y brujería que mi tío tiene en su extensa biblioteca.

MalaPata podía dar fe de que la búsqueda había sido intensa. Allá donde mirase había libros tirados por todas partes abiertos por la mitad o en pilas enormes.

—Parecía que no encontrábamos ninguna pista hasta que mi tío dio con una referencia sobre una isla cuya niebla causaba alucinaciones a aquellos que se acercaban demasiado a sus costas. Las personas respiraban los gases que formaban la niebla y eso les afectaba el cerebro. Tenía que ser la que estábamos buscando —le comentó Érica con entusiasmo.

—Tirando de ese hilo y tras mirar en otro buen montón de libros encontramos el nombre de dicha isla. La Isla de las Tinieblas —añadió muy satisfecha de sí misma. —La habíamos encontrado.

—Ahora solo había un pequeño problema — siguió hablando Érica, mientras daba un sorbo a su café. —El libro no mencionaba la localización exacta de la misma, solo el nombre de la isla y como se conocía en el mundo de la magia a la misteriosa sustancia que la rodeaba. La niebla de Ámbar. Algunos

magos y brujos la habían usado para ocultar sus casas y escondrijos de los ojos de la gente común para evitar así ser molestados. El tío Markus me explicó cómo se creaba, y añadió que solo un grupo de brujos muy poderosos podría desarrollar un hechizo suficientemente poderoso para que la niebla de ámbar cubriese una isla entera, ya que lo normal era usarla para esconder algo de un tamaño mucho más pequeño, no una isla entera.

—Eso te dará una idea con el tipo de gente con los que nos vamos a ver las caras muy pronto —comentó preocupada.

—Fue en este momento cuando mi tío decidió pedir la ayuda del Consejo Superior de Magos o CSM. Si alguien sabía dónde encontrar esa endemoniada isla sería ellos —le aseguró la bruja. —El tío Markus sacó su varita y hablándole a la punta de la misma realizó la pregunta para la que no encontrábamos la respuesta. ¿Dónde está localizada la Isla de las Tinieblas?

MalaPata la miró pensativo y le preguntó.

—Érica, perdona mi ignorancia, pero si tu tío podía preguntar esto a la varita desde el principio, ¿porque no lo hizo?

—Ya sé que parece extraño —le respondió ella, —pero la razón era doble. Primero no se molesta al Consejo Superior de Magos por cualquier cosa, no te creas que son la librería del mundo mágico, y segundo, mi tío no quería levantar sospechas sobre él, porque estábamos preguntando por un lugar tan peculiar como la Isla de las Tinieblas. No sabemos dónde tienen oídos la Hermandad de los Brujos, y lo último que queremos hacer es ponerles sobre aviso de que vamos a por ellos.

—Así que mi tío hizo la consulta explicando que estaba interesado en la niebla de ámbar como sujeto de estudio, no en la isla en sí misma. Sea como sea mordieron el anzuelo, y quince minutos más tarde un pergamino apareció envuelto en una nube de humo azul dándonos las coordenadas exactas del isla y también aconsejándonos de que no nos acercáramos a ella demasiado si valorábamos nuestra salud —añadió Érica con una mueca.

—Así que ha sido una noche realmente productiva —siguió diciendo ella con una sonrisa de oreja a oreja. —Tú has conseguido una tripulación y nosotros la localización de nuestro destino. Creo que ambos nos hemos ganado el derecho a un buen descanso, o al menos lo que podamos sacarle a lo poco que queda de noche —dijo mirando por la ventana en la que ya se empezaba a apreciar en el cielo el color violáceo que presagiaba el amanecer.

—Buenas noches capitán —le susurró estrechándole suavemente la mano mientras salía por la puerta.

MalaPata no dijo nada. Solo la miró alejarse por el pasillo sabiendo que no podría pegar ojo en toda la noche.

A la mañana siguiente se levantó lentamente con el cerebro agotado por la falta de sueño y el exceso de ron. Pero cuando recordó que debía comenzar con los preparativos para la travesía hasta la Isla de las Tinieblas su somnolencia se evaporó como por arte de magia.

Cuando llegó a la cocina una taza de café del color del carbón le estaba esperando encima de la mesa.

Érica iba y venía como un torbellino metiendo cosas en unas grandes bolsas de viaje que parecían no tener fondo.

—Buenos días —saludó con una voz quebrada.

—Buenos días —le respondió el mago Salazar —Érica ya me ha puesto al corriente de todos los eventos nocturnos de la taberna del Tuerto, y por lo que parece estamos progresando viento en popa con los preparativos para nuestra pequeña excursión.

—Eso parece amigo Markus —asintió el capitán mientras se tomaba el café de un trago.

—Esta tarde bajaré al muelle trece para ver en qué estado se encuentra el Gato Negro. Hace tiempo que no sale a navegar y quizás haya que hacer un par de reparaciones antes de que podamos levar anclas — Confesó MalaPata. — Además debo ir a comprar las provisiones para el viaje, así que me despido de vosotros hasta esta noche —dijo mientras salía por la puerta.

El capitán estuvo toda la jornada muy ocupado. Se encargó de reservar un cargamento de agua potable para la travesía. Todo pirata sabía que su barco solo iría tan lejos como la cantidad de agua que le quedaba en la bodega. Si no bebes, no navegas. Era una ironía, que lo mismo que les mantenía a flote, el agua salada del mar, era lo mismo que les impedía ir más lejos en un viaje si no tenían suficiente agua potable. Todo pirata sabe lo que le espera cuando se termina el agua de a bordo del buque y la desesperación de saciar su sed le lleva a cometer el grave error de consumir agua salada. La locura y después la muerte. No era un panorama muy halagüeño.

Después convertir en finos platos preparados con esmero.compró todas las provisiones de carne, frutas y vegetales que pensó que el cocinero Slash podía

—Aunque saliese lo que saliese de esa cocina no sería él el que fuese a quejarse al cocinero —se dijo así mismo después de recordar al personaje en cuestión.

Con todas las compras hechas, ya no le quedaba más que acercarse hasta el desierto muelle número trece, que todo el mundo evitaba como la peste, y comprobar el estado de su barco.

El Gato Negro estaba a flote y parecía encontrarse en buen estado de uso. Después de todo, estaba prácticamente sin usar desde que lo adquirió casi regalado debido al nombre que tenía.

—Bueno, esa es una de las ventajas de no tener ningún tipo de suerte. Se llame como se llame el barco no va a tener ningún efecto sobre mí. Además le he llegado a coger cariño a este montón de maderas —Le dijo cariñosamente a su barco.

—Lo único que tengo que hacer es sacudir todo el polvo de las velas y quitar las telarañas que hay por todas partes. Conozco a unas cuantas arañas que no iban a dormir muy felices esa noche —comentó a la brisa marina con una sonrisa —unos cuantos martillazos aquí y allá y una capa de pintura y parecerá que acaba de salir del astillero —musitó el capitán satisfecho.

El sol empezaba a ponerse cuando MalaPata dio por concluida la operación limpieza y carga del Gato Negro. Estaba agotado por la falta de sueño y el ejercicio físico de la limpieza en profundidad de su barco, pero había valido la pena. No pensaba dejar que la primera vez que Érica viese al Gato Negro, este estuviese sucio. Debía lucir sus mejores galas para ella.

Satisfecho con el resultado del primer día de faena, se encamino de vuelta a su casa con una sonrisa en los labios sabiendo que había hecho un buen trabajo.

Los días se sucedieron frenéticamente realizando el resto de preparativos y reparaciones que preceden a todo gran viaje náutico. MalaPata terminó de hacer las reparaciones en el Gato Negro y lo dejó como nuevo, para su gran satisfacción al pensar en la impresión que le daría a Érica cuando lo viese por primera vez. EL barco de un capitán pirata es como el reflejo de su personalidad.

Según se acercaba el día de hacerse a la mar crecía el nerviosismo y el entusiasmo de todos los miembros de la expedición.

Que poco le habría durado ese entusiasmo si hubiesen sabido lo que le esperaba en el muelle trece al día siguiente.

17. Levamos anclas

Trascurrida una semana desde la reunión en la taberna del Tuerto llegó el momento de zarpar.

El día amaneció caluroso, con ese calor pegajoso del caribe que hace que estés sudando todo el día sin poder hacer nada por remediarlo.

—No importa —pensó MalaPata. —Dentro de poco estaremos en alta mar gozando de la brisa marina. Eso será suficiente para deshacerse de este insufrible calor.

No podía evitar su buen humor. Había estado sin salir a navegar durante muchos meses, y eso es algo que cualquier pirata echa en falta.

—Parece una tontería, pero en tierra firme me siento literalmente como un pez fuera del agua —pensó con una sonrisa.

Solo deseaba que Érica y Markus disfrutasen de la travesía tanto como él. No sabía muy bien si a los magos y a las brujas les gustaba demasiado estar rodeados por un océano infinito día tras día. Pero para él era lo más parecido al paraíso.

Todavía estaba pensando en estas cosas cuando se dio de bruces con Érica, que salía de su habitación.

—Caramba capitán parece que hoy estás un poco distraído. ¿Acaso debo recordarte que hoy necesitamos de toda tu habilidad marinera para guiarnos en la dirección adecuada? —le dijo ella.

—No te preocupes Érica, sería capaz de encontrar una aguja en un pajar, si la aguja fuese una sardina y el pajar el medio del océano —afirmó haciéndole una cómica reverencia mientras se alejaba por el pasillo rumbo a su desayuno.

—Parece ser que nuestro amigo MalaPata se encuentra de un estupendo humor — se percató Érica divertida.

Una vez todos preparados y con sus maletas y baúles cargados en un pequeño carro tirado por un burrito, emprendieron el descenso hasta el puerto donde les estaba esperando el Gato Negro listo para zarpar.

—¿Y cuándo vamos a conocer a esa famosa tripulación de los Malditos? — indagó Érica con nerviosismo.

—Hemos acordado en reunirnos con ellos en el muelle número trece — respondió el capitán. —Cuando les dije el número del muelle y el nombre del barco pensaron que estaba bromeando. Me dijeron que ningún pirata en su sano juicio llamaría así a su barco.

—Yo les respondí que cuando las dos opciones eran o un barco con ese nombre o no tener barco, el pirata en su sano juicio siempre escoge la opción del barco.

—Los Malditos se echaron a reír al oír mi respuesta. Lo cual creo que es una buena señal —asintió aliviado.

—Así que espero que sean fieles a su palabra y nos estén esperando a las diez de la mañana tal y como habíamos quedado. Cosa que no dudo —añadió seriamente. —Una vez que sellas el pacto de sangre no te echas atrás por nada de este mundo, o de cualquier otro —les aseguró el capitán.

Ya estaban llegando al puerto. Había una hilera interminable de tabernas, almacenes y tiendas de todo tipo para suministrar todo lo necesario para un barco pirata. Ropas, pistolas, sables, víveres, loros, una hasta vendía mapas del tesoro. Eso sí, en la parte de atrás decía en letra minúscula casi ininteligible que la posibilidad de encontrar un tesoro con este mapa era pura casualidad, y que la tienda no se hacía responsable si jamás lo encontraba.

Un poco más abajo estaba el fondeadero de los barcos, donde se podía leer claramente el número de cada muelle. Érica vio el cartel con un gran número uno en el que descansaba un enorme galeón de tres palos con al menos cuarenta cañones por el costado de babor y otros cuarenta por estribor. Ella se había aprendido todos los nombres específicos de las partes del barco la noche anterior. Sabía que el lado derecho se llamaba estribor y el lado izquierdo babor. La popa era la parte de atrás y la proa la de delante. A parte de un sinfín de otros términos náuticos como sentina, cubierta, foque, driza, orca, timón, y un largo etcétera. No quería parecer una ignorante ante la tripulación de los Malditos, pero por alguna extraña razón que no llegaba a entender, sobre todo delante del capitán MalaPata.

Así continuaron pasando de muelle en muelle hasta que llegaron al número doce, y pasaron por el catorce y el quince. El capitán no detuvo el carro y siguió calle abajo sin decir nada.

—¿Capitán dónde está el muelle número trece? — preguntaron a la vez Érica y el mago Salazar muy extrañados.

—Pues veréis —les explicó MalaPata un poco avergonzado. —Como ya sabéis los piratas son extremadamente supersticiosos, y no les gusta nada tener cerca algo que ellos crean que les puede traer mala suerte, y eso incluye el número trece, a mi barco el Gato Negro y a mí personalmente. Así que después de muchas quejas por parte de los piratas que ocupaban los muelles doce y catorce, el Consejo de Piratas decidió mandarnos a mí, al Gato Negro y al muelle número trece al final del puerto en una zona que está en desuso y fuera de la vista, para que no les diéramos más quebraderos de cabeza con la quejas — aclaró el capitán, mientras se observaba minuciosamente la punta de sus botas para evitar la mirada de Érica.

—Por lo menos es una zona tranquila y con unas vistas excelentes al mar — añadió el capitán con un guiño.

—Me gusta el cambio en tu aptitud MalaPata — le animó Érica, —es bueno que veas la parte positiva en cada situación.

El pirata se bajó un poco el sombrero aparentando que le molestaba el sol en los ojos aunque, lo que realmente intentaba ocultar eran sus sonrojadas mejillas.

Dieron la vuelta detrás de unos almacenes abandonados y allí estaba el muelle número trece. No se veía un alma a dos kilómetros a la redonda.

—Ya os había dicho que era muy tranquilo —les informó nerviosamente, preguntándose donde diablos estaría el resto de su tripulación.

—¿Se habrían echado para atrás después de darse cuenta de los peligros tan enormes a los que debían enfrentarse? Quizás les había juzgado mal, y no eran más que una panda de cobardes a los que les gustaba contar historias floridas de monstruos y tesoros, que realmente nunca habían existido.

El capitán estaba sumido en estos negros pensamientos mientras descargaba el carro cuando de repente oyó el inconfundible sonido de un grupo de jinetes que se aproximaba.

Todos dejaron lo que estaban haciendo y miraron hacia el horizonte. No había duda, una banda de jinetes se acercaba a todo galope hacia ellos. El capitán MalaPata se puso un poco tenso ya que no podía distinguir bien quien se estaba acercando. El sol estaba justo detrás de los jinetes y esto hacía imposible su

identificación.

Para calmar un poco sus temores buscó el pomo de su sable con una mano y la culata de su pistola con la otra, y se acercó un poco a Érica por si necesitaba protegerla de algún peligro inminente. Al final la sangre no llegó al río, una gran voz disipó sus miedos.

—Buenos días capitán MalaPata —saludó una voz atronadora del jinete que estaba al frente del grupo.

—¿Todavía estas enfadado por la manera en la que me presente en la taberna del Tuerto? —añadió la voz inconfundible de Sonia Cutlass al ver como el capitán les recibía sujetando la empuñadura de sus armas.

Al oír esto, el capitán se dio cuenta de que todavía tenía las manos apoyadas en sus armas de combate, las cuales retiró inmediatamente.

—Bienvenidos al muelle número trece — respondió el capitán en son de paz. —Os pido que perdonéis mi mala educación, pero como ya conocéis mi historia tendréis que admitir que un pirata precavido vale más que uno muerto.

Todos rieron al oír esto y la tensión entre los dos grupos desapareció inmediatamente.

Una vez terminadas las presentaciones entre las Tripulación de los Malditos y el grupo de MalaPata, todos comenzaron a llevar sus pertenencias hasta los camarotes que les esperaban a bordo del Gato Negro. Bueno, en realidad todos ellos dormirían en la bodega del barco en hamacas, que colgaban entre los postes que formaban la estructura del buque, mientras que Érica y su tío Markus compartirían el único camarote que había en el navío, el cual MalaPata les había cedió graciosamente.

Una vez terminada de realizar la carga, el capitán intentó asignar a los Malditos sus puestos en el Gato Negro, pero para su gran frustración le dejaron plantado en medio de la cubierta cuando aún estaba dándoles sus órdenes.

Ellos eran marineros expertos, no grumetes que se suben a un barco por primera vez. Cada uno sabía lo que debía hacer perfectamente, y aunque estaban bajo las órdenes del capitán, como les obligaban las reglas del pacto de sangre, nadie tenía que recordarles que hacer en un navío.

Así que Sonia se encamino, sin mediar palabra, hacia la bodega a revisar los cañones, las reservas de pólvora y el resto de las armas que habían traído.

Slash se retiró a la cocina para organizar las provisiones del viaje y asegurarse de que tenía suficiente pescado en salazón para dos semanas.

Bullseye subió hasta el castillo de proa para mirar por el catalejo y elegir la mejor opción para comenzar la travesía.

Y los gemelos Ying y Yang empezaron a subir por el palo mayor con la destreza de un mono comprobando cabos y velas.

Tras terminar con las rutinas de rigor, los Malditos reaparecieron en la cubierta. El capitán MalaPata se subió al castillo de popa y comenzó a dar las órdenes necesarias para levar anclas y comenzar su aventura.

Érica y Markus salieron del camarote en el que estaban terminando de organizar sus libros y enseres para echarle un último vistazo a la tierra firme, que seguramente no verían hasta llegar a la Isla de las Tinieblas.

—Soltad los cabos de popa y proa —gritó el capitán.

—Levad anclas y soltad velas del palo trinquete —que es el que está delante del todo y se usa para realizar las maniobras de salida del puerto.

Las maderas del Gato Negro crujieron sonoramente al subir la primera vela. El barco no había navegado en una larga temporada y estaba un poco oxidado, aunque esto no tenga mucho sentido, pensó MalaPata, todo el mundo sabe que la madera no se oxida. Pero el Gato Negro parecía quejarse ruidosamente por haberle despertado de su largo reposo.

El resto de la gente que estaba en el puerto dejó lo que estaban haciendo para contemplar el espectáculo. No podían creer lo que estaban viendo. El Gato Negro salía a la mar, y por la enseña que ondeaba en el palo mayor, una calavera con un sombrero de tres picos, la tripulación de los Malditos zarpaba en aquel barco junto con el capitán MalaPata.

¿En qué loca aventura se habían metido todos ellos para formar una alianza tan extraña? Se preguntaba medio puerto, y la totalidad de la isla, una hora más tarde, para cuando los rumores se habían extendido.

Acababan de salir de la bocana del puerto cuando el viento empezó a soplar con fuerza. El capitán no se lo pensó dos veces y dio una nueva orden a su tripulación.

—¡Soltad la vela mayor!

Los gemelos soltaron las cuerdas que sujetaban la vela mayor que comenzó a cobrar vida rápidamente por el fuerte viento de popa. Pero un segundo después uno de ellos soltó un gran grito.

—¡Mirad! —gritó Ying, o quizás era Yang, apuntando con el dedo a la vela mayor que ahora estaba completamente desplegada.

Todos los ojos de la expedición se centraron en el extraño fenómeno que estaba sucediendo en la vela mayor. De la nada empezaron a surgir letras que parecían estar escritas con sangre y que dejaban unos hilos rojizos que corrían hacia abajo empujados por la gravedad.

Las enormes letras aparecieron a lo largo de toda la vela, hasta que terminaron de formar el mensaje.

SOLO LA MUERTE OS ESPERA EN LA ISLA DE LAS TINIEBLAS.

Todos estaban petrificados ante lo que estaban viendo. Estaba claro que su viaje no era un secreto para la Hermandad de los Brujos. Estos se habían enterado, de alguna manera, del mismo y les lanzaban una clara amenaza.

Si venís a nuestra isla moriréis. No se andaban con rodeos.

Las letras empezaron a desaparecer tan rápidamente como se habían formado y en unos segundos, no quedaba nada para probar lo que acababan de presenciar.

—¿Acaso había sido una alucinación? —se preguntó confuso el capitán. Pero eso era imposible. Todos lo habían visto claramente. Solo tenía que mirar las caras de los Malditos para confirmarlo.

—Los Brujos de la Hermandad nos están esperando —musitó Malapata. — ¿Pero cómo se habrán enterado de nuestros planes?

18. La Isla de las Tinieblas

Después del susto inicial tras leer el mensaje de la Hermandad de los brujos, Markus Salazar llamó a todos los componentes de la expedición a una reunión en el camarote del capitán. A lo mejor pensaba que estando en un sitio cerrado estaría a salvo de oídos indiscretos, aunque estuviesen rodeados de agua por todos los costados. Pero visto lo visto todas las precauciones eran pocas.

Cuando todos se sentaron donde pudieron, Markus cerró la puerta por más seguridad.

—Primero quiero tranquilizaros por el mensaje que acabáis de ver. Se trata de magia de un nivel básico. Los alumnos de primer nivel aprenden a hacer este tipo de cosas en las academias de magia y brujería.

—Lo que si me preocupa,— remarcó Salazar, —es como se ha podido enterar la Hermandad de nuestros planes, cuando creo que el capitán dejó muy claro que nadie, a parte de nuestro grupo, debía saber nada sobre el viaje que íbamos a emprender.—

—Yo personalmente puedo responder por mí y por Érica, y no creo que el capitán haya contado nada a nadie, lo que nos deja solo por preguntar a la tripulación de los Malditos —indicó Markus en un tono acusador.

Esto no gustó demasiado a los allí presentes. Sonia se levantó violentamente, y enfrentándose a Markus, le respondió lentamente mientras se llevaba las manos a la empuñadura de su espada.

—¿Acaso nos estas acusando de haber revelado nuestras intenciones a la Hermandad de los Brujos? — MalaPata intervino rápidamente viendo que la situación se podía ir de las manos en cualquier momento.

—Será mejor que nos tranquilicemos un poco, por favor, el único objetivo del mensaje que acabamos de ver es sembrar la semilla de la duda y el temor en nuestros grupo —les dijo a los dos invitándoles a sentarse de nuevo. —Nadie está acusando a nadie. Solo estamos intentando saber cómo la Hermandad ha podido descubrir nuestros planes tan rápidamente. Ha pasado una semana desde

que os conté todo lo referente al amuleto del Dragón de Jade y a la Hermandad de los Brujos de la Isla de las Tinieblas, y hace menos de quince minutos teníamos un mensaje amenazador de lo que nos espera si vamos allí —resumió el capitán.

—Quizás el mago Salazar podría haber preguntado las cosas de una manera más sutil y no tan directa — continuó MalaPata lanzando a Markus una mirada de reproche que este ignoró.

—¿Sería posible que por algún descuido alguien haya podido escuchar vuestras conversaciones mientras mencionabais este tema entre vosotros, o le habéis comentado algo a alguien referente a nuestra aventura?. Cualquiera puede tener un descuido—, añadió el capitán intentando quitarle leña al fuego para que la cosa no acabase mal nada más iniciarse la expedición de la que dependía su vida.

Sonia como jefa del grupo de los Malditos se levantó una vez más para responder al capitán.

—Hablo por mí misma y creo que en nombre de los demás. Juro por los siete doblones de oro que nadie ha revelado nada referente a nuestra expedición y que desconocemos como la Hermandad ha podido enterarse de nuestros planes —dijo con una voz firme.

Esto dejaba zanjada la cuestión. Todos los presentes, incluso los magos, sabían que el juramento sobre los siete doblones era sagrado. Un doblón de oro por cada miembro del consejo pirata.

—Bueno —añadió MalaPata, —aunque no sepamos cómo se han podido enterar los brujos de nuestros planes esto nos plantea una nueva pregunta.

—¿Estáis dispuestos a seguir con la aventura sabiendo que nos vamos a meter en la boca del lobo, y de que el lobo en cuestión nos está esperando para devorarnos de un bocado en cuando pisemos su isla? — preguntó gravemente.

—Aunque los Malditos os hayáis comprometido sellando el pacto de sangre, yo, el capitán MalaPata os libero de dicho acuerdo en vista de las circunstancias actuales, así que si queréis renegar del pacto nadie os lo va a echar en cara cuando volvamos a casa.

Sonia habló de nuevo.

—La tripulación de los Malditos no se ha echado atrás en la vida, y

maldigo el día en que eso ocurra por primera vez, pero te aseguro capitán MalaPata, que ese día no ha llegado todavía —afirmó con una sonrisa.

Ahora el capitán se volvió hacia Érica y Markus.

—Lo mismo os digo a vosotros. Entendería perfectamente que no quisierais continuar con esta aventura dados los enormes peligros que conlleva, y que no han hecho más que aumentar después de los eventos que acabados de presenciar.

Érica se levantó indignada, y poniendo los puños sobre la mesa le respondió.

—¿Cómo te atreves incluso a sugerir que abandonemos nuestra misión sabiendo lo que te juegas? ¿Es que te has olvidado lo que te va a pasar dentro de unos días?. Si crees que voy a dejar que eso suceda estas completamente loco — y tras decir esto salió hecha una furia dando un tremendo portazo que dejó a todos petrificados.

—Vaya carácter que tiene la moza —comentó Sonia con una sonrisa. — Creo que nos vamos a entender a las mil maravillas.

Y con eso se dio por concluida la reunión. Nadie iba a abandonar la expedición por muchas amenazas que esos brujos de pacotilla les mandaran. Todos estaban de acuerdo en que lo que les esperaba era demasiado valioso para abandonar a la primera de cambio.

Los días de la travesía se sucedieron con rapidez. Markus Salazar y Bullseye trazaron la ruta más corta que les llevaría hasta la Isla de las Tinieblas. Todos sabían que el tiempo se le acababa al capitán MalaPata. Sobre todo Érica.

Ella desconocía el porqué, pero en el tiempo que había compartido con el capitán, este se había empezado a hacer un lugar en su corazón. Quizás fueron sus charlas nocturnas o la atención y los ojos con los que la había mirado al terminar la historia sobre sus padres. Fuese lo que fuese le habían mostrado el tipo de persona que se escondía bajo esa fachada dura y pendenciera.

Por eso sabía que cada día le iba perdiendo poco a poco al ir desapareciendo sus sentimientos, y esto la llenaba de angustia.

Pero para su gran satisfacción al décimo tercer día de travesía uno de los gemelos gritó con claridad desde el puesto del vigía.

—¡Tierra a la vista! Veo una isla cubierta por una densa bruma.

El resto de la tripulación celebró con un gran griterío la llegada a la isla. Trece días comiendo el pescado en salazón de Slash eran la excusa perfecta para celebrar la llegada a cualquier sitio alejado de su cocina.

El mago Salazar se acercó hasta la barandilla del barco, y poniendo ambas manos en ella dijo con una mezcla de alegría y aprensión.

—Bienvenidos a la Isla de las Tinieblas.

En realidad todo lo que podían ver era el pico de una gran montaña a la lejanía, ya que el resto de la isla estaba engullida en una niebla tan densa como las tinieblas del infierno.

—Seguramente de ahí le venía el nombre de Isla de las Tinieblas que los marineros le habían puesto. Por lo menos los que habían tenido la suerte de regresar a puerto para contar su historia, ya que muchos habían muerto enloquecidos al respirar los gases venenosos de la niebla de ámbar —reflexionó con un escalofrío el capitán.

Eso le recordó a MalaPata una pregunta a la que no hacía más que darle vueltas a la cabeza.

—¿Cómo iban a ser capaces de llegar hasta la isla si era imposible cruzar la niebla sin sufrir la locura de las alucinaciones que provocaba el respirarla?

En ese momento Érica se dio la vuelta y se dirigió al grupo como si le hubiese leído el pensamiento.

—Me imagino que muchos de vosotros os estaréis preguntando como vamos a cruzar la niebla sin sufrir sus terroríficos efectos —varias cabezas asintieron con una cierta preocupación en sus ojos.

—Pues bien, os lo voy a explicar. La niebla que veis no se extiende por toda la isla. Las investigaciones que mi tío Markus y yo hemos llevado a cabo dejan muy claro que extender la niebla a toda la isla consumiría una cantidad gigantesca de recursos mágicos, incluso para brujos tan poderosos como los de la Hermandad esto sería casi imposible. Así que nuestra teoría es que la niebla de ámbar solo actúa como muro exterior protegiendo la costa que rodea la isla. Vamos, como si fuese el muro de un castillo —aclaró Érica para que todos lo entendiesen.

—Si logramos pasar este muro de niebla ya no tendremos que preocuparnos por ella una vez que estemos en la isla.

—¿Y cómo piensa lograr eso sin que nos volvamos todos majaretas cuando respiremos la niebla al cruzarla camino de la playa? —comentó Bullseye con una mirada inquisitiva.

—Justo iba a llegar a esa parte. Pero gracias por preguntar. Mi tío y yo vamos a invocar la Burbuja Acuática.

—¿La qué acuática? —repitieron todos al unísono.

—La Burbuja Acuática. Es un encantamiento que aprenden los niños cuando empiezan a estudiar magia y quieren ir a bucear. Básicamente crean una burbuja que les permite retener el suficiente aire para sumergirse en el mar, sin necesidad de tubos ni otros aparatos.

—Vamos a crear una burbuja para cada uno de vosotros, para que podáis respirar normalmente sin miedo a sufrir los efectos de la niebla. Su duración es un poco limitada, solo cinco minutos, pero creemos que debería ser suficiente para pasar la barrera exterior de niebla —terminó de decir Érica.

Bullseye volvió a interrumpir.

—Me parece que cinco minutos no es gran cosa, sobre todo cuando todo lo que nos estas contando solo se basa en suposiciones y teorías vuestras. ¿Qué va a pasar si vuestros cálculos están equivocados y la barrera de niebla es mucho más espesa de lo que vosotros creéis y los cinco minutos se agotan antes de que la hayamos atravesado?

Érica le miró directamente a los ojos y le dijo sin pestañear.

—Eso amigo mío, es algo que estamos a punto de descubrir.

Sonia no pudo evitar soltar una gran carcajada.

—Me gusta realmente tu estilo, si decides dejar tu carrera de bruja estaré encantada en que te unas a los Malditos.

Por el contrario, Bullseye no debió encontrar la respuesta de Érica demasiado reconfortante, ya que se alejó hasta una esquina mientras refunfuñaba mil maldiciones.

—Debemos ponernos manos a la obra —continuó Érica. Sacó su varita a la vez que su tío hacia lo mismo y se acercó hasta dónde estaba MalaPata.

—Así que ha llegado la hora de la verdad — murmuró este frotándose las manos nervioso.

Érica asintió con la cabeza.

—Si por lo que sea la cosa no funciona y no salimos de la niebla con vida, quiero que sepas que te estoy eternamente agradecido por todo lo que has hecho por mí, y no me refiero solo a tu ayuda como bruja, sino también como...

El resto de lo que el capitán iba a decir se perdió en el silencio de la burbuja que le rodeaba la cabeza como si fuese una escafandra. Sus labios seguían moviéndose pero ningún sonido salía de allí.

Con un giro de muñeca Érica había rodeado con su varita la cabeza del capitán mientras decía suavemente.

—Aqua Globulus.

—Siento haberte interrumpido capitán pero me temo que ahora no tenemos tiempo para hablar, ya que los cinco minutos del hechizo empiezan a contar desde ya— le explicó Érica.

MalaPata asintió con la cabeza. Al igual que nadie podía oírle a él, el sonido llegaba distorsionado hasta sus oídos, como cuando tratas de gritar debajo del agua.

—Qué cosa tan curiosa —se dijo a sí mismo. —De todas formas ya tendremos tiempo de hablar en la isla — asintió esperanzado.

Mientras tanto Markus había conjurado el hechizo en el resto de la tripulación. Era hora de dirigir el barco hacia la niebla de ámbar y salir de dudas si el plan de la bruja funcionaría.

Markus y Érica convocaron el encantamiento para ellos mismos y se aferraron a la barandilla mientras el Gato Negro ponía rumbo hacia la niebla que envolvía la isla.

—Espero que por una vez un gato negro nos traiga buena suerte — murmuró ella, mientras el barco desaparecía en la niebla de ámbar.

19. El mapa

Cinco minutos. Trescientos sesenta segundos. Tres mil seiscientas décimas de segundo. No era mucho tiempo para saber si vas a seguir con vida. Todo estos números desfilaban por la cabeza de Érica mientras se veía rodeada por todas partes de una oscuridad blanquecina. A veces un poco de luz lograba romper la densa barrera que lo envolvía todo y conseguía ver al capitán con la extraña burbuja, que hacía las veces de escafandra de buceo, de pie a su lado.

En medio de la niebla de ámbar había perdido por completo la noción del tiempo y el sentido de la orientación. De todas formas, eso importaría bien poco si su teoría estaba equivocada y la barrera mágica era más espesa de lo que ella pensaba.

El Gato Negro seguía moviéndose hacia delante torpemente. La niebla parecía frenar las velas intentando dejar al velero inmovilizado en medio del mar, como si se tratase de una simple mosca atrapada en una telaraña maléfica de la que nunca podría escapar.

Érica sacudió su cabeza intentando alejar aquellos malos pensamientos, y estaba a punto de perder los nervios cuando una mano se posó sobre la suya. La piel era dura y quebrada como la de un viejo lobo de mar, pero tenía la firmeza que ella necesitaba en ese momento para sacarla de ese pozo negro sin fondo en el que se estaba hundiendo sin remedio.

El capitán le había cogido de la mano para darle ánimos, cuando vio que estaba empezando a hundirse en la niebla. Con un leve movimiento de cabeza le aseguró de que todo iría bien.

La burbuja del capitán empezó a perder su brillo y consistencia. Érica sabía lo que eso significaba. Se estaba acabando el tiempo del hechizo. Debían quedar apenas unos segundos para que desaparecieran los efectos y con ello toda esperanza de salvación para el capitán y el resto de los miembros de la expedición.

El gran muro blanco que formaba la niebla les seguía engullendo sin

piedad.

Érica le miró horrorizada, pero MalaPata le devolvió una sonrisa mientras seguía sujetando su mano.

—Había peores sitios en los que morir —meditó el pirata.

En ese momento se hizo una gran claridad en la proa del galeón pirata. La niebla comenzaba a dispersarse, y Érica pudo ver al resto de la tripulación sujetos a lo que tenían más a mano para evitar caerse.

Las burbujas de las cabezas de la tripulación empezaron a desvanecerse poco a poco mientras los últimos jirones de niebla todavía intentaban sujetar la popa del Garo Negro como si fuesen los dedos de una mano fantasmagórica intentando retener a su presa.

—Nos hemos librado por los pelos —suspiró Bullseye llenando sus pulmones de aire fresco en el momento en que su burbuja explotó como la de los demás.

Varios miembros de los Malditos se fueron hasta la popa del galeón para observar la extraña barrera que acababan de atravesar. Era imposible ver nada del exterior. La sensación de que estaban encerrados en una trampa era insoportable.

—Bueno, será mejor que nos concentremos en la tarea que tenemos por delante —concluyó Sonia. —Aunque me encontraré mucho más a gusto cuando este al otro lado de esa maldita niebla con el amuleto del Dragón de Jade en nuestro poder.

—¡Aye! —respondieron el resto del grupo de los Malditos, mientras asentían con sus cabezas.

MalaPata estaba mirando a la costa de la isla cuando se dio cuenta de que todavía estaba sujetando la mano de Érica. Con un rápido movimiento la soltó y empezó a decirle algo ininteligible, mientras hacía gestos incomprensibles con las manos a la vez que se alejaba a toda prisa en dirección al timón.

Ella se dio la vuelta y ocultó su cara mientras soltaba una gran carcajada.

—Me parece que el capitán está teniendo una recaída en su enfermedad crónica con las chicas —añadió Markus, que se había acercado hasta allí para ver si ella estaba bien.

—Eso parece querido tío — dijo Érica con una gran sonrisa.

Una vez repuesto del pequeño sobresalto, el capitán recobró su sangre fría y empezó a dar órdenes para llevar al Gato Negro hasta un lugar seguro en el que poder desembarcar alejados de la vista de los curiosos.

—Cuanto más tiempo permanezcamos sin que nos localicen esos brujos, más posibilidades tendremos de llevar nuestra misión a buen puerto —sintió aliviado.

Con una mano experta guio al galeón hasta una cala de roca que estaba bastante protegida y que les permitiría acceder a la isla por la parte más alejada de la montaña, ya que, según las informaciones que había recabado el mago Salazar, allí era donde tenían su fortaleza la Hermandad de los brujos.

—¡Lanzad las anclas de proa y popa! —gritó el capitán.

El Gato Negro se quedó parado en el medio de la cala, a una distancia lo suficientemente grande de la playa como para no encallar si el viento empezaba a arreciar, cosa poco probable, pero el capitán había decidido tomar todas las precauciones necesarias en esta extraña isla.

Una vez hechos los preparativos bajaron dos botes de remos con parte de las provisiones y el equipo que llevarían en la expedición hasta la fortaleza.

MalaPata, como capitán del Gato Negro, se haría cargo de dirigir la expedición por la isla con la ayuda del resto de los integrantes de la partida. Cosa que los Malditos aceptaron a regañadientes, obligados por el Código de Piratería.

Esa noche decidieron montar el campamento base en una cueva horadada en la base de una colina cercana a la playa, ya que era el único lugar seguro en el que podrían encender un fuego sin ser descubiertos.

Una vez que terminaron, sin demasiado entusiasmo, la cena que Slash les había preparado, el grupo se reunió alrededor del fuego para decidir cuál sería el plan de acción para el día siguiente.

Por fortuna, el mago Salazar había logrado encontrar un mapa de la isla en un viejo libro sobre cartas náuticas. Cosa que sorprendió mucho al capitán, ya que pensaba que esta isla no se encontraba en ninguna carta de navegación.

Lo desenrolló en el suelo y puso una piedra en cada esquina para sujetarlo y que todos lo pudiesen ver.

—Si este mapa es correcto, algo de lo que no estoy seguro al cien por cien, nosotros estamos en este punto —indicó señalando una playa en forma de U que estaba en el lado opuesto a la gran montaña.

—Para llegar hasta la fortaleza de la Hermandad debemos atravesar esta zona pantanosa y luego cruzar esta densa selva, hasta llegar al gran Precipicio de la Desesperación que rodea completamente a la Montaña Carmesí. Ese abismo convierte a la montaña en una fortaleza natural inexpugnable.

—Una vez que salvemos ese obstáculo, estaremos ante la entrada de la Cueva del Olvido.

—Me imagino que estos nombres tan agradables se los habrán puesto los brujos para inducir una sensación de miedo en cualquier marinero que se atreviese a venir hasta aquí —comentó Markus con una mueca.

—Finalmente deberemos acceder hasta la Fortaleza Carmesí, cosa que solo es posible a través de la Cueva del Olvido. Entrar por otro sitio revelaría nuestra presencia inmediatamente a la Hermandad. De esta forma podemos entrar y salir de la Fortaleza Carmesí sin que nadie se entere de que hemos estado allí, gracias a los pasadizos que recorren la montaña, y que se comunican con varias entradas secretas que dan acceso a la misma.

—Probablemente este sea nuestro primer gran problema, ya que, ¿a que no adivináis quien vive en ella?

Markus Salazar miró alrededor para ver si alguien se animaba a responder su pregunta.

Érica se levantó temblando de ira.

—Yo me ocuparé de su morador tío. Yo me ocuparé del asqueroso gigante Grendel —repitió apretando los puños con rabia.

El que intervino ahora fue el capitán.

—Todos te ayudaremos Érica. Somos un equipo y debemos apoyarnos los unos en los otros para conseguir nuestros objetivos. Si empezamos a dividirnos acabaremos perdiendo la partida.

—Quizás tengas razón MalaPata, a veces me dejo cegar por el odio que le tengo a esa vil criatura por lo que le hizo a mis padres —añadió Érica con casi con un susurro.

Markus retomó el plan.

—Una vez que entremos en la cueva, una serie de túneles deberían llevarnos directamente a la Sala del Consejo Supremo. Lugar donde estoy seguro debe guardarse el amuleto del Dragón de Jade, al ser el símbolo del poder de la Hermandad — anunció Markus, apuntando con el dedo al lugar al que se refería.

—Bueno, ¿qué os parece el plan? Pan comido, ¿No? —preguntó el mago guiñando el ojo, mientras el resto del grupo se separaba para prepararse para irse a dormir. Mañana les esperaba una larga jornada y les vendría bien un buen sueño.

MalaPata se ofreció voluntario para terminar de recoger lo que quedaba de los enseres de cocina antes de retirarse a dormir. De todas formas estaba demasiado nervioso para conciliar el sueño.

Se sentó al lado del fuego y se dedicó a recoger los platos que estaban esparcidos por allí. Unos segundos después, Érica se sentó a su lado mientras le decía.

—Gracias por tu apoyo MalaPata. Es bueno saber que siempre estás ahí cuando te necesito —remarcó con una sonrisa que de repente se tornó en una mueca de sorpresa y horror.

MalaPata siguió con su mirada la de Érica para descubrir lo que tanto había asustado a la muchacha. Lo que vio le dejó confuso y preocupado, ya que el origen del susto de la bruja no era otra cosa que la mano del pirata, que ahora estaba chamuscada y enrojecida por los efectos de las llamas a las que había estado expuesta.

Su mano estaba tan cerca del fuego que había empezado a quemarse sin que él hubiese notado nada en absoluto.

Había perdido la sensación del dolor. La cuenta atrás para ir perdiendo sus emociones había comenzado a ser evidente.

20. Nos adentramos en los pantanos

Érica se ocupó con un encantamiento de la quemadura en la mano de MalaPata. En unos segundos la piel ya no estaba enrojecida y había recuperado su color habitual.

Lo que no había pasado era la sensación de fatalidad inminente que le aprisionaba el pecho.

—Ahora ha sido la sensación del dolor, ¿Cuál será la siguiente? —se preguntaba el capitán mientras creía sentir como la Poción de la Eterna Solución le iba disolviendo por dentro poco a poco.

—Tic, toc, la cuenta atrás sigue su curso —flexionó sombrío. —Apenas me queda algo más una semana para convertirme en un vegetal humano. Un zombi sin sentimientos —el pensamiento no era muy halagüeño, pero aún no había tirado la toalla. Si alguien podía lograr su misión era el equipo tan extraordinario que se había reunido para esta aventura.

Con esa esperanza se fue a dormir un poco más animado.

A la mañana siguiente se levantaron con el amanecer. La jornada iba a ser larga y dura. Dejaron parte de su equipo en la cueva y se llevaron todo lo que podían cargar.

Todos menos Slash estuvieron de acuerdo en dejar allí el resto del pescado en salazón, argumentando que seguramente encontrarían carne, agua y frutas tropicales por el camino.

—Por los tentáculos del Kraken, cualquier excusa es buena para dejar ese horroroso pescado aquí — pensó el capitán muy aliviado, pero teniendo mucho cuidado de no airear sus comentarios en voz alta, por la cuenta que le tenía.

Con los gemelos a la cabeza del grupo, ya que eran los mejores rastreadores, la expedición inició la marcha. Uno a uno fueron desapareciendo en la maleza que rodeaba la playa.

El capitán se giró un momento para echarle un último vistazo al Gato Negro. La gran mole del galeón reposaba en las aguas cristalinas de la bahía.

—¿Me pregunto si volveremos a vernos viejo amigo? —se despidió el capitán en un susurro. Luego giró la cabeza y desapareció de la vista por el mismo lugar por el que habían pasado el resto de los miembros del equipo.

A los pocos metros de adentrarse en la maleza, los gemelos decidieron tomar una pequeña senda que iba hacia el noreste.

—Nos mantendrá los pies secos el mayor tiempo posible —les explicó Ying, o quizás era Yang.

Érica no entendió muy bien lo que querían decir, pero lo hizo inmediatamente cuando vio la zona pantanosa que se extendía delante de ellos.

—¿Cómo vamos a cruzar el pantano? —les preguntó. Ellos no dieron más respuesta que sacar dos enormes machetes de sus bolsas y empezar a cortar largas cañas de bambú.

—Decididamente los gemelos eran gente de pocas palabras —musitó la bruja. Pero quizás había una manera más rápida de sortear este obstáculo que les interponía la naturaleza.

—Tío Markus, quizás podríamos usar uno de nuestros hechizos para cruzar el pantano de una manera segura.

Su tío la miró seriamente y le respondió.

—Debería habértelo dicho antes Érica. Solo debemos usar nuestra magia en caso de vida o muerte, ya que en el momento en el que la utilicemos, correremos el riesgo de ser descubiertos por la hermandad. Sería como encender un fuego en medio de la noche. Ellos pueden sentir el poder de la magia cuando se está usando y localizar el lugar de donde viene esa energía —continuó Markus Salazar.

—Cuanto más nos acerquemos a la Fortaleza Carmesí mayor será el peligro. Nuestra única oportunidad de éxito reside en llevarnos el amuleto sin que los brujos se den cuenta de lo que ha pasado, antes de que podamos poner tierra por medio entre nosotros y ellos. Un enfrentamiento directo con la Hermandad sería un suicidio. Son demasiado poderosos para nosotros dos solos.

—Ayer use un encantamiento en la playa para curar la mano del capitán —le confesó la muchacha muy asustada.

—No te preocupes Érica —la tranquilizó su tío. —Eso es parecido a encender una cerilla en medio del bosque, nadie te podría ver. Pero usar un

encantamiento de levitación, o algo similar para llevar a todo el grupo hasta una zona más segura, sería como encender un gigantesco fuego que se podría observar a varios kilómetros a la redonda.

—Ya lo entiendo tío Markus —afirmó la bruja. —Tendré mucho cuidado en como uso mi magia.

Mientras ellos hablaban, los gemelos habían construido un par de piraguas hechas de cañas de bambú, como habían aprendido en una de sus aventuras con los indios Arapai en el Amazonas.

—Si alguien sabia de piraguas y cerbatanas con dardos envenenados, esos eran los Arapai —comentaron divertidos los gemelos recordando la aventura que casi les costó la vida en varias ocasiones buscando ídolos de oro y civilizaciones perdidas.

—Adelante —les indicó Ying mostrándoles la entrada a la piragua.

—Las damas primero —añadió Yang, indicando a Sonia que subiese la primera mientras él hacia una cómica reverencia, a la que Sonia no debió verle la gracia por el puñetazo que le dio en el brazo y que le dejó sentado de culo en un charco, para gran diversión de su hermano.

Una vez estuvieron instalados con su equipo en las piraguas, comenzaron a remar usando unos improvisados remos hechos de grandes ramas de palmera. Incluso lograron recolectar unos cuantos cocos para beber su delicioso jugo en la travesía por el pantano.

Según iban avanzando la vegetación empezó a cambiar, al igual que los pocos animales que se iban encontrando. Arboles enormes de diversos colores se elevaban decenas de metros de altura. Por sus ramas corrían lo que parecían ser monos con cuatro brazos. Un cangrejo de río se hundió en el agua al verles pasar. Eso hubiese sido normal de no ser porque el cangrejo tenía el tamaño de una vaca.

—¿Acaso respiramos algo de esa maldita niebla cuando entramos en la isla y ahora estamos viendo visiones? —preguntó Bullseye preocupado.

—Eso es imposible —le respondió Markus. —La Burbuja Acuática es completamente hermética, lo que quiere decir que nada puede entrar dentro de ella mientras dura el hechizo.

—¿Entonces todas estas criaturas son reales?,— añadió Slash. —A lo mejor

podría hacer un buen guiso con alguna de ellas —se preguntó mientras las observaba.

—Si queréis que os dé mi opinión —ofreció Salazar, —creo que la Hermandad de Brujos ha usado esta isla, y a todo lo que está en ella, como un laboratorio para sus experimentos diabólicos. Seguramente cuando llegaron aquí todas las plantas y animales eran normales, pero con los años han debido sufrir la influencia de la brujería maligna que reina en este lugar, haciéndoles mutar y transformándoles en criaturas de pesadilla. Como el cangrejo que hemos visto antes.

La expedición seguía adentrándose en el pantano que ahora parecía un mundo sacado de uno de los infiernos de Dante. Los extraños arboles apenas dejaban pasar la luz del sol sumiendo el lugar en una zona de sombra eterna.

Un mosquito del tamaño de un gorrión sobrevoló las embarcaciones buscando una presa fácil a la que chuparle la sangre, pero decidió cambiar de opinión cuando la espada de Sonia le cortó una de sus patas.

A veces el grupo se sobresaltaba al oír el ruido de algún animal meterse en el agua, sin saber que podía ser.

Los gemelos Ying y Yang estaban acostumbrados a este tipo de junglas, pero incluso ellos parecían nerviosos. Tenían sus cerbatanas a mano por si algo surgía repentinamente de las oscuras aguas. Los dardos de curare, un veneno que paralizaba, se ocuparían de cualquier cosa que intentara atacarles por sorpresa.

Ellos habían crecido en las selvas del reino oriental de Lao Mong, y desde la más tierna infancia habían tenido que sobrevivir en la jungla, sin más ayuda que su ingenio y sus habilidades innatas como rastreadores.

Todavía recordaban como a los diez años de edad el jefe del poblado donde vivían les pidió ayuda para deshacerse de un tigre blanco que estaba diezmado el ganado de los pastores del pueblo. A pesar de su juventud no dudaron en aceptar su oferta. Era un desafío perfecto para ellos.

Salieron al amanecer del poblado y se adentraron en la zona de la jungla donde habían ocurrido los ataques. Los cazadores del poblado habían intentado tender trampas para atrapar al gran tigre blanco, ya que al ser considerado un animal sagrado por los miembros de la tribu, no deberían hacerle daño, solo llevarlo a una zona alejada del pueblo, donde no pudiera perjudicarles comiéndose su ganado.

Ellos amaban a los animales y a la naturaleza, así que capturar animales sin hacerles daño era su especialidad. Solo usaban sus armas cuando su vida estaba en peligro.

El tigre blanco era un animal muy inteligente y con un gran sentido del olfato, por eso había eludido todas las trampas de los cazadores, pero los gemelos tenían un plan. Iban a jugar al pilla y cómeme con él, una versión un poco más avanzada del pilla pilla al que jugaban los niños en la aldea. Sabían que el tigre no rechazaría un bocado tan rico con un niño tiernecito como ellos.

Una vez que localizaron al tigre por sus huellas, comenzaron a hacer ruidos para atraer su atención. Caminaban por una senda rodeada por arboles por si debían tomar la vía área para escapar rápidamente, ya que sabían que el tigre no era un gran escalador, debido a su enorme tamaño.

Al poco rato oyeron el rugido del animal. Los había localizado y estaba siguiendo su pista para atraparles. En cuanto empezó a correr para llegar hasta ellos, los gemelos salieron corriendo cada uno en una dirección. El tigre rugió con rabia al ver que sus presas salían disparadas en direcciones opuestas. Para cuando se decidió a seguir a uno de ellos, estos habían desaparecido.

De repente, volvieron a aparecer en lo alto de la colina. El tigre salió disparado para darles caza, pero ellos volvieron a hacer lo mismo. El animal no sabía por cual decidirse, ya que ambos eran iguales. Y en un abrir y cerrar de ojos habían vuelto a desaparecer.

El tigre rugió enfurecido. El plan estaba funcionando pensaron los gemelos. Los animales, al igual que los seres humanos, pierden el sentido común cuando se enfadan. Y el sentido común es algo que nunca debes perder en la selva si quieres conservar tu cabeza sobre tus hombros.

Era la hora del acto final de su plan. El tigre vio a uno de los gemelos cerca del precipicio, ahora su presa estaba atrapada. El felino se relamió mientras pensaba en su almuerzo.

Ying, que era el que hacía de cebo, se acercó hasta el borde del precipicio y miró hacia el río que trascurría por el fondo sin apercibirse que el tigre se acercaba sigilosamente por su espalda, reduciendo la distancia poco a poco. Cuando estaba lo suficientemente cerca, el tigre blanco se preparó para saltar encima de él. Sus enormes colmillos asomaban en sus fauces.

De repente Ying se dio la vuelta y en ese momento el tigre salto para

atraparle.

—¡Ahora! —grito el gemelo.

Al oír la orden de su hermano, Yang tiró de la palanca que accionaba la trampilla sobre la que estaba de pie su hermano. Ante los incrédulos ojos del tigre, Ying desapareció delante de él como si se lo hubiese tragado la tierra, cosa que es exactamente lo que había pasado. Al abrirse la trampilla Ying cayó en el agujero que estaba bajo sus pies, mientras que el tigre blanco, ante la falta de una presa que parase su salto, cayó por el precipicio hasta el río.

Los gemelos le miraron divertidos desde arriba viéndole nadar río abajo.

—La corriente debería llevarle muchos kilómetros río abajo antes de que logre salir, y así dejará de ser un problema para nuestro pueblo y sus habitantes. Creo que el jefe Choin estará satisfecho con nuestro trabajo — comentó Yang

—Seguro que va a estar de un humor de perros cuando llegue a la orilla. Si hay algo que no les gusta a estos grandes gatos es darse un baño sin necesidad — Añadió Ying partido de la risa.

—Ya te dije que el truco de la trampilla funcionaría a las mil maravillas — afirmó Yang mientras cerraba la trampilla y volvía a colocar la cuerda que lo accionaba y que ya habían utilizado anteriormente en numerosas ocasiones.

—Sí, pero la próxima vez te toca a ti hacer de cebo —le reprochó su hermano. —Todavía puedo sentir el aliento de ese tigre en mi cara —espetó Ying con una mueca de asco.

Desde aquella lejana aventura habían pasado muchos años y muchas junglas, pero ninguna como esta. Sus instintos estaban confusos por los extraños ruidos y formas que no reconocían en absoluto, lo cual les ponía muy nerviosos.

De repente uno de ellos vio salir unas burbujas al lado de la primera piragua.

—¡Cuidado!

El grito de Yang le salvó la vida a MalaPata. Donde antes había estado su cabeza ahora había una enorme lengua pegada a la rama que había usado para protegerse. Tan rápidamente como había salido del agua, la lengua volvió a desaparecer en la boca de un sapo gigantesco que acababa de emerger de las negras aguas.

Los gemelos se llevaron sus cerbatanas a la boca a toda velocidad. Unos segundos después dos dardos envenenados estaban clavados en la cabeza del sapo que todavía estaba escupiendo los trozos de rama que se acababa de comer para su gran desilusión.

Se estaba preparando para reanudar su ataque cuando el sapo se dejó de mover completamente.

—El veneno acaba de hacer efecto —les confirmó Ying, o quizás era Yang.

Todos respiraron aliviados. Sobre todo el capitán, que a punto había estado de acabar como almuerzo de un sapo del tamaño de un cerdo.

—Bueno, parece que esta noche vamos a cenar ancas de sapo al pimentón —comentó Slash con una sonrisa. Aunque estaba claro que el resto del grupo no le encontró la gracia a su comentario por la cara de asco que pusieron al oírlo.

—Creo que casi hemos llegado al final del pantano —le interrumpió Bullseye. —De acuerdo con el mapa del mago Salazar, detrás de esos cañaverales debería estar la otra orilla de este cenagal apestoso.

Y estaba en lo cierto. MalaPata se quedó impresionado con las dotes de navegación que tenía Bullseye.

—Para alguien que no ve tres en un burro este tipo nunca se pierde —afirmó asombrado.

Las piraguas llegaron hasta la orilla donde desembarcaron a toda prisa. Todos estaban deseando salir de aquel lugar infernal lo antes posible.

—Dejaremos las piraguas aquí escondidas, ya que las necesitaremos para volver hasta la playa donde nos espera el Gato Negro cuando estemos en posesión del amuleto — Les ordenó el capitán.

Una vez camufladas las piraguas con ramas para que pasasen desapercibidas, recogieron el equipo y se pusieron otra vez en marcha. Nadie quería acampar al lado del pantano y sus extraños habitantes.

—Será mejor que pongamos tierra por medio entre nosotros y este maldito lago. Solo Dios sabe que otros engendros demoníacos pueden salir de esas aguas ponzoñosas —dijo Sonia a la vez que escupía en el suelo.

Todos estuvieron de acuerdo con ella. Sin perder un instante se echaron a andar hacía un claro que estaba al comienzo de la jungla.

Los gemelos sonrieron al ver algo a lo que estaban más acostumbrados.

—Una jungla como Dios manda, esto es otra cosa —comentó Yang más animado. —Aquí deberíamos estar más seguros y protegidos de ataques inesperados. Estar en la jungla es como estar en casa y al menos puedes ver lo que se te viene encima.

Que poco se imaginaba lo equivocado que estaba.

21. La jungla de los Invisibles

Aunque los gemelos parecían estar en su terreno, el resto del grupo no estaba tan alegre como ellos. Los magos hubieran preferido estar en una buena biblioteca donde estudiar nuevos hechizos, o un laboratorio en el que preparar sus fórmulas mágicas, mientras que el resto de los Malditos se encontraban más a gusto en una taberna bebiendo ron y narrando sus aventuras. El capitán en cambio, era un lobo de mar, y allí estaba su lugar. Sobre la cubierta del Gato Negro surcando el océano azul con la brisa marina acariciándole el rostro. Pero por desgracia, todos estaban atrapados en aquella enorme jungla que debían atravesar si querían alcanzar la Fortaleza Carmesí.

—Aquí podemos montar el campamento, parece un sitio seguro —sugirió MalaPata mientras consultaba a los gemelos para confirmar su orden. Estos parecían satisfechos con el lugar, así que montaron las tiendas y se echaron a suertes los turnos de las guardias nocturnas. Después del susto en el pantano todos pensaron que era mejor tener a un par de centinelas para vigilar el campamento por la noche.

—Más valía prevenir que curar, o enterrar, en el caso de esta endemoniada isla —pensó siniestramente MalaPata.

Mientras decidían quien haría el primer turno de guardia, Slash se dedicó a cocinar algo en frío, ya que no podían hacer fuegos por miedo a ser descubiertos por la Hermandad.

—Si su comida es intragable en caliente, ¿cómo será cuando está servida fría? — se preguntó Sonia contemplando la posibilidad de empezar una dieta a base de cocos hasta que acabase esta aventura.

Al final se decidió que el primer turno de guardia lo harían las chicas, y a las dos horas serían relevadas por los gemelos. Así que después de comer, por llamarle de alguna manera, Érica y Sonia se dirigieron a un pequeño montículo desde el cual podrían observar el campamento y todo lo que estaba alrededor, pudiendo dar la alarma si algo sospechoso se acercaba. El resto del grupo se fue a dormir para recuperar las fuerzas. Todavía quedaba mucho camino por delante

y poco tiempo para recorrerlo.

La noche era cálida y clara. Una enorme luna iluminaba todo con una blancura siniestra. La jungla era un murmullo de ruidos de animales, pájaros e insectos mezclado en una gran cacofonía musical. Lo cual no ayudaba a calmar los nervios. A cada momento algún ruido te sobresalta sin saber muy bien de donde viene o que lo ha provocado.

—Sentémonos en el suelo espalda contra espalda —sugirió Sonia con la experiencia de alguien que ha estado en este tipo de situaciones con anterioridad. —Así estaremos más cómodas mientras hacemos la guardia.

A Érica le pareció una buena idea y se acomodó contra la espalda de Sonia. Después de más de una hora sin decir nada, Érica estaba tan aburrida que empezaba a quedarse dormida, así que pensó que lo mejor para mantenerse alerta sería charlar un rato.

—Creo que esta es la primera vez que tenemos la oportunidad de hablar un poco desde que comenzó este extraño viaje —comentó Érica intentando entablar una conversación con Sonia. El aspecto arisco y siempre malhumorado de la pirata invitaba a pocas conversaciones, pero contemplar la idea de estar con ella otra hora sin decir nada era todavía peor.

—No soy de las que hablan demasiado —respondió Sonia. —Prefiero la acción a los discursos. Suelen dar mejores resultados —explicó con una mueca divertida.

—Yo en cambio siempre he pensado que hablando se entiende la gente. Se ve que somos muy diferentes— observó Érica pensativa.

—Me temo que cuando estás rodeada por una banda de miserables que están dispuestos a todo para robarte el tesoro que tantos sacrificios te ha costado conseguir, el único discurso que van a entender es el de mis dos revólveres —y mientras decía esto sacó don enormes armas que Érica nunca había visto antes.

—Qué raras son, ¿dónde las has conseguido? — indagó la bruja intrigada.

—No me extraña que te llamen la atención. Son dos piezas únicas que conseguí en mi última aventura, cuando nos adentramos en una de las islas del triángulo.

—¿Te refieres al triángulo de las Bermudas? — preguntó Érica aún más asombrada. Por lo poco que ella sabía de esa zona, los habitantes de las islas

disponían de una tecnología totalmente desconocida para la gente que habitaba el resto del mar Caribe. Pero claro, eso solo eran rumores porque normalmente, los locos que se adentraban en el triángulo no volvían a salir de él con vida.

—Correcto —afirmó Sonia muy orgullosa, todavía blandiendo sus armas que relucían bajo la tétrica luz de la luna. —Un disparo con uno de estos jugueticos es suficiente para liquidar a un elefante, y lo mejor de todo, tienen un tambor con seis balas cada uno, por lo que no tengo que perder tiempo recargando mi pistola si la cosa se pone realmente fea—.

—¿Me permitirías echarles un vistazo, Sonia?

Sonia Cutlass se la dejó de mala gana. No le gustaba separarse ni un segundo de sus pequeños, como ella llamaba a aquellas dos mortíferas armas. Levantó el brazo y le puso uno de los revólveres por encima de su cabeza mientras seguía sentada.

La pistola era extrañamente ligera. La bruja estaba realmente impresionada. Sabía perfectamente que la tecnología para desarrollar un arma como aquella todavía no existía en ningún sitio conocido. El metal del que estaba hecha le era desconocido. Seguramente algún tipo de aleación de cobre y zinc. Pensó estudiándola con aire científico. Lo más curioso era el extraño tambor en el que se alojaban las enormes balas. Érica no era una experta en armas, pero por lo menos era consciente que a día de hoy tanto las pistolas, como los trabucos o los rifles solo disparaban una bala antes de tener que recargarlos, lo que hacía de esta arma un objeto único.

—¿Y dices que este tipo de pistolas se llama revolver? —preguntó interesada.

—Así es como las llamó el vendedor de la isla donde las compré y así es como las llamo yo. Por lo visto el nombre viene del mecanismo de recarga de las balas que hay en el tambor, que da vueltas o se revuelve, de ahí lo de revolver. —explicó animada Sonia Cutlass. Si había algo de lo que le gustaba hablar era sobre armas.

—Se suponía que no debía vender nada de lo que tenía en su almacén a ningún forastero, pero me imagino que un buen puñado de oro hace cambiar de opinión a cualquiera —aclaró Sonia mientras reía.

—Vaya, y yo que pensaba que esta noche me iba a aburrir como un pasmarote haciendo la guardia contigo —murmuró Sonia sorprendida.

Érica le entregó su revolver a Sonia, que lo recibió como si le devolvieran a su bebe. Con un rápido movimiento los revólveres habían vuelto a desaparecer dentro de su chaqueta como si nunca hubiesen estado allí.

—Espero que algún día me puedas contar tu aventura en el Triángulo de las Bermudas —dijo Érica esperanzada. —Solo he podido leer algunas cosas sobre ese lugar en los escasos libros que he encontrado, pero lo poco que he leído hace referencia a extrañas criaturas y maravillas de la ciencia que parecen imposibles de creer.

—Te puedo contar lo poco que yo sé, ya que nuestra estancia fue muy breve y por pura casualidad. Pero como parece una chica lista te daré un consejo. Mantente alejada del Triángulo. Las cosas que pasan allí no son de este mundo de mortales —sentenció con una mirada perdida en la noche.

Y antes de que pudiese seguir hablando un ruido las hizo sobresaltarse. Los revólveres aparecieron de nuevo como por arte de magia en las manos de Sonia, que inmediatamente los bajo al ver que solo eran los gemelos que se acercaban perezosamente por el camino con cara de dormidos.

—Hora de irse a la cama Érica, que sueñes con los angelitos — le espetó burlonamente la pirata mientras se levantaba de un salto y emprendía el camino de regreso al campamento antes de que Érica pudiese preguntar nada más.

La noche paso sin ningún evento importante. Tras el desayuno la expedición se volvió a poner en marcha. Esta vez el progreso era lento debido a la densa vegetación. Los gemelos iban abriendo camino con sus enormes machetes, mientras que el resto de la expedición les seguía en fila india. De vez en cuando Ying y Yang se paraban y hacían una señal al resto para que estuviesen en total silencio, para después continuar su avance sin otro comentario que un ligero gruñido por parte de los gemelos.

—Hay algo que no me gusta nada — le comentó Bullseye al capitán en voz baja. —Normalmente los gemelos no están tan tensos y nerviosos cuando andamos por la jungla. Al contrario, es donde se encuentran más tranquilos y se suelen relajar hablando y gastando bromas. Aquí hay algo que no encaja — añadió moviendo la cabeza.

Cuando llegaron a un pequeño claro los gemelos les reunieron con la excusa de tomar un poco de agua y descansar un poco. Debían revelarles el motivo de su intranquilidad.

—Alguien nos observa —susurró Ying sin andarse por las ramas. —No sabemos si es uno o más individuos pero estamos seguros de que están aquí.

—¿Estáis seguros? —pregunto Sonia. —Yo no he visto a nadie, y creo que el resto del grupo tampoco lo ha hecho—.

Ying volvió a hablar en voz muy baja.

—No he dicho que haya visto a nadie, solo he dicho que alguien nos está observando. Es algo difícil de explicar, pero cuando has crecido en la selva desarrollas ciertos instintos para poder sobrevivir, y uno de ellos es el que te avisa cuando un depredador te está siguiendo la pista.

Sonia sabía que no podía dudar de los gemelos. En su territorio eran los mejores.

—¿Y qué es lo que sugerís que hagamos? —estaba vez era Markus el que preguntaba con ansiedad.

—Debemos seguir como si no pasase nada — explicó Yang pensativo. —Si tu enemigo cree que no ha sido descubierto, quizás cometa algún error que le haga visible para poder atacarle. Pero tengo que decirlos también que nos enfrentamos a algo completamente desconocido para nosotros, eso es lo que nos pone tan nerviosos. Nunca antes nos ha seguido algo o alguien el rastro sin que hayamos podido verle.

—Si no fuese una locura pensaría que nuestro enemigo es invisible — sentenció Yang.

El resto del camino se hizo en silencio y con paradas constantes para observar el terreno, aunque ninguna dio resultados positivos. El enemigo probaba ser tan elusivo como antes. Nadie había visto nada. O quizás creían haber visto algo, pero tan pronto como empezaban a pensar lo que era que habían visto, la idea se desvanecía en la nada.

Quizás el calor les estaba nublando las mentes pensó Slash, no era poco común que la gente perdiera la cabeza cuando se metían en una jungla como esta. Seguramente los gemelos estaban imaginando lo de los perseguidores invisibles.

Se paró un momento para echar un trago de agua cuando, se quedó paralizado con lo que estaba viendo. Detrás de Sonia un árbol había cobrado vida, o para ser más exactos una parte de la corteza del árbol se estaba moviendo

hacia la espalda de Sonia con una daga en su mano, ¿o acaso era una rama la que sujetaba el cuchillo?.

Pero para alguien que ha visto tantas cosas raras en su vida, un árbol que anda no está ni siquiera entre las diez más extrañas, así que el miedo desapareció inmediatamente reemplazado por el entrenamiento en cientos de luchas y emboscadas.

—¡Sonia!, a tu espalda —se escuchó el tremendo grito de Slash romper la quietud de la selva.

A la vez que gritaba, pudo ver como varios de los árboles que les rodeaban cobraban vida al igual que el primero eligiendo como víctima a cada uno de los miembros de la expedición.

Sonia ni siquiera se giró para ver a su atacante. El disparo resonó como un enorme trueno en toda la jungla a la vez que dejaba un gran agujero en su chaqueta y en la cosa que estaba a su espalda. Esta se dobló inmediatamente y cayó al suelo sin emitir un solo sonido. Ahora las dos armas relucían en las manos de Sonia.

—Maldita sea, con lo que me gustaba esta chaqueta. Ahora está completamente arruinada —farfulló ella mientras metía el cañón del revolver por el enorme agujero para comprobar los desperfectos. —Estas sabandijas me lo van a pagar muy caro.

El disparo puso en alerta a todo el grupo que de repente, veía como el bosque a su alrededor había cobrado vida y se acercaba amenazadoramente a ellos blandiendo cuchillos y hachas. Sus intenciones estaban claras, así que la elección era simple acabar con ellos o terminar la aventura en una fosa.

Nadie eligió la segunda opción. Los gemelos habían sacado sus cerbatanas y acabado con sus atacantes antes de que estos ni siquiera pudiesen acercarse a ellos. Los dardos de curare habían hecho efecto rápidamente, lo que hizo sospechar a Yang que estos extraños arboles eran más humanos de lo que parecían a primera vista.

Slash estaba en medio de un fiero combate con dos de los árboles humanos. Su sable les mantenía a raya, pero al ser dos, la pelea parecía que iba a decidirse con una victoria de los extraños atacantes. Por lo menos eso era lo que Slash quería que pensasen. Cuando todo parecía perdido y se encontraban lo suficientemente cerca Slash sacó de su bolso el soplador de especias que siempre

llevaba cargado de pimienta para sus guisos. Lo apretó con fuerza y en un momento sus dos atacantes estaban estornudando sin parar. Lo cual él aprovechó para dar buena cuenta de ellos.

Markus Salazar estaba sentado tranquilamente en una piedra observando el combate como si no fuese con él. MalaPata le miró de reojo mientras mantenía una despiadada lucha con otro de los árboles humanos. En ese momento le recordó enormemente a Orus, y como este había permanecido sin moverse cuando atacaron su barco diez años atrás. Un extraño pensamiento se formó en su mente, pero este no era el mejor momento para meditaciones si quería conservar su pellejo.

El árbol humano sabía lo que hacía con la espada, y le estaba costando Dios y ayuda mantenerlo a raya. Quizás fue su momento de distracción pensando en Salazar y Orus lo que le dio la ventaja a su enemigo, pero un segundo después un enorme corte adornaba una de las mejillas de MalaPata. Este se tiró al suelo soltado su espada, lo que su atacante aprovechó para dar la estocada final al capitán, o al menos eso era lo que él pensó. Cuando se inclinó sobre el capitán para darle la vuelta, un puñal le atravesó el pecho. MalaPata le había engañado. El árbol humano se derrumbó ante sus pies.

—Tu error amiguito fue pensar que soy una persona normal y corriente y que el dolor de tu corte me impediría seguir luchando, pero el dolor es una de las sensaciones que me ha abandonado, algo que por lo menos puedo usar como una ventaja para mí — pensó el capitán mientras recuperaba su puñal del pecho de su extraño atacante. Acto seguido se puso a mirar desesperadamente a todos lados intentando localizar a Érica.

Ella estaba acorralada unos metros más allá. Dos de esas infernales criaturas le estaban acorralando mientras la bruja los mantenía a raya como podía con una gran rama. De repente, para sorpresa de sus atacantes, tiró la rama al suelo y saco su varita de la chaqueta al ver que no tenía otra opción para salvar su vida. Los dos árboles humanos se quedaron paralizados. Se dieron la vuelta y echaron a correr, aunque no fueron muy lejos. Otros dos disparos acabaron con ellos rápidamente. Al igual que el resto se desplomaron sin emitir ni un solo ruido. Érica miro a Sonia que tenía en sus manos los revólveres aun humeantes. Sopló los cañones y volvió a guardarlos en la chaqueta. La batalla había terminado. No quedaba en pie ni una sola de las endemoniadas criaturas que habían intentado acabar con ellos a traición.

Todo había vuelto a la calma en la jungla, como si nada hubiese pasado.

Ying se aproximó hasta uno de sus enemigos.

—Todo aquello era muy raro —pensó. —Árboles que cobran vida y que luchan como hombres sin emitir un solo ruido.

Al inclinarse para ver con lo que se había enfrentado, cual fue sorpresa al encontrar una especie de capa que cubría la cara de su enemigo y que cambiaba de apariencia según la movía.

El resto del grupo se acercó para ver la verdadera identidad de sus atacantes, pero antes de que pudiesen decir nada Markus les habló.

—Son hombres normales y corrientes como nosotros —todos se giraron al escuchar su voz.

—La apariencia de árboles o de vegetación que tienen exteriormente se debe a las capas mágicas que llevan puestas. Son capas de camuflaje que cambian de aspecto según lo que las rodea, igual que si fuesen un camaleón. Pero además estas capas tienen otra propiedad que las hacen especialmente útiles para los asesinos de la Hermandad.

Todos se miraron sorprendidos al oír esto. Así que habían estado luchando contra los asesinos enviados por la Hermandad para liquidarles, pensaron asombrados.

—La capa elimina cualquier ruido que haga la persona que la lleva, lo que es realmente útil cuando tus intenciones no son demasiado buenas —explicó Markus con una mueca.

—Los asesinos con los que habéis luchado son las fuerzas de élite de la Hermandad. Ellos los conocen por otro nombre. Los Invisibles.

Ahora fue el capitán MalaPata el que tomó la palabra.

—Mago Salazar parece que conoces los secretos de la Hermandad demasiado bien. Desde el mapa que encontraste milagrosamente en un libro perdido, hasta las técnicas que usan sus asesinos.

—Creo que nos debes una explicación —exigió el capitán tensando su mano en la empuñadura de su sable.

—Creo que tienes toda la razón capitán. Es hora de que os cuente toda la verdad sobre mi oscuro pasado —ofreció Markus resignado.

22. El mago Markus Salazar se confiesa

Markus Salazar se sentó en un tronco mientras el resto de los Malditos se acomodaba alrededor suyo.

Aún estaban recuperando el aliento después de la tremenda lucha con los asesinos de la Hermandad. MalaPata se apoyó en una palmera al lado de Érica, que no quitaba la vista de su tío.

—Todo lo que os voy a contar sucedió hace muchos años —comenzó el mago a decir a modo de disculpa. —Mucho antes de que me ocupase de ti Érica —le confesó mirándola fijamente. —Por aquella época yo acababa de terminar mis estudios de mago y estaba deseoso de probar mis poderes en el mundo real de los hombres.

—Salí de la academia de magos y me encaminé a la isla del Ahorcado donde esperaba labrarme un futuro. Por lo visto, allí había varios magos que vendían pócimas y hechizos a la población local para ganarse la vida. Parecía una idea tan buena como otra cualquiera para comenzar mi carrera profesional. Llegué con la ilusión que te empuja en la juventud, pensando que no habría ningún problema, pero los magos que estaban ya instalados en la isla no vieron mis planes con buenos ojos. Para ellos no era más que un aprendiz que venía a su territorio para robarles clientes. Empezaron a hacerme la vida imposible para que me marchase, pero yo intenté no darle importancia y seguí trabajando duro para hacerme un hueco en la comunidad.

—Enseguida la gente se dio cuenta de que yo era un mago con grandes cualidades. Mis hechizos y pócimas eran superiores a los de mis colegas de la isla. Lo que logró que redoblaran su odio hacia mí. Ahora no solo les estaba robando los clientes, sino que también estaba demostrando que eran unos inútiles.

—Una noche la cosa llegó al límite. Acababa de volver de entregar unas pociones en un pueblo cercano, cuando oí como alguien aporreaba mi puerta. Al salir no había nadie, pero clavado con un cuchillo en la madera había un sobre. Dentro encontré una pluma de cuervo. Mis ojos se abrieron como platos al verla. Era la marca de la muerte —explicó Markus lentamente. —En la academia de

brujería aprendí que cuando un brujo quiere declarar la guerra a otro le manda ese aviso. Una simple pluma de cuervo. El ave que presagia que una terrible desgracia se avecina. Las dos únicas opciones que tenía eran huir o hacerles frente.

—Estaba muy nervioso pensando en qué hacer cuando de nuevo llamaron a la puerta. Pensaba que eran los magos que venían a cumplir la amenaza del sobre, así que cogí mi varita y fui sigilosamente hasta la puerta dispuesto a hacerles frente. Si esos cobardes querían liquidarme les iba a costar caro. Por lo menos me llevaría a unos cuantos conmigo hasta las puertas del infierno. Me dije a mí mismo mientras mi varita temblaba en mi mano. Pero cuál fue mi sorpresa cuando abrí la puerta, dispuesto a descargar mi furia, y me encontré en frente de mí con un tipo bajito todo vestido de negro y con una gran sonrisa en los labios. No le había visto nunca antes, así que me imaginé que era un asesino a sueldo encargado de hacer la sucia labor de la comunidad de magos.

—Antes de que yo pudiese hacer nada, el extraño personaje hizo un gesto y mi varita salió disparada de mi mano. Sabía que en unos segundos estaría muerto, así que podéis imaginaros mi gran sorpresa cuando el tipo vestido de negro me dijo.

—Mi nombre es Remolus. Remolus Rath. Tengo una propuesta que hacerte que quizás te pueda interesar.

—Sin añadir nada más entró en la casa pasando por mi lado como si no existiese. Se fue hasta la cocina y se sentó en un taburete a esperar que yo me recuperase del tremendo susto, lo cual me llevó unos segundos.

—No entiendo muy bien —empecé a balbucear.

Rath me hizo callar con un ademán de su mano.

—No hace falta que entiendas jovencito, solo que escuches —dijo secamente. —Mis colegas y yo hemos estado investigando discretamente sobre ti. Sabemos que eres un mago con un gran potencial y que el resto de magos de esta comunidad te envidian y detestan por esa misma razón. También sabemos que su paciencia ha llegado al límite y que en estos momentos están planeando eliminarte para siempre. Pero bueno, eso es algo que tú también conoces por la pluma de cuervo que te han mandado. Quizás piensan que si eres listo te largarás para siempre y así se ahorran el problema de liquidarte ellos mismos —continuó Remolus.

—Lo que me lleva al asunto que me ha traído hoy hasta tu puerta. Yo y mis colegas siempre estamos buscando magos con potencial para unirse a nuestro selecto club. Podemos ofrecerte acceso a secretos de la magia que ni siquiera has imaginado en tus sueños. Poder como nunca has conocido. Y a cambio solo pedimos tu absoluta lealtad para con nosotros. Deberás acatar las órdenes que te demos sin cuestionarlas. Te llevaremos a nuestro cuartel general, donde seguirás un riguroso entrenamiento en la magia arcana que practicamos hasta que hayas logrado convertirte en uno de nosotros.

—¿Uno de vosotros? —pregunté asustado.

—Así es —susurró Rath, —hasta que te conviertas en un brujo de la Hermandad de la Isla de las Tinieblas.

—Esa fue la primera vez que oí el nombre de la Hermandad —les explicó Salazar a los miembros de la expedición.

—Mis opciones estaban claras, o aceptaba la oferta del brujo de la Hermandad, y conseguía acceso a secretos de la magia que, según él, no podía ni imaginar, o me quedaba en la isla y esperaba a que los magos de la comunidad acabaran conmigo. En menos de un segundo había tomado mi decisión. Una que lamentaría por el resto de mi vida —sentenció apesadumbrado el mago Markus Salazar.

—Me uniré a la Hermandad —afirmé inmediatamente.

—Muy bien,— dijo Remolus Rath. —Entonces vayamos a la Isla donde te espera tu entrenamiento.—

—Y antes de que pudiese abrir la boca una gran nube de humo azul me había rodeado y me invadió una extraña sensación en el estómago, como si estuviese cayendo por un pozo sin fondo. De pronto, la misma sensación desapareció al igual que el humo y volví a notar el suelo bajo mis pies. Pero no era el suelo de mi cocina, este estaba formado por grandes losas de piedra. Estaba en la Fortaleza Carmesí.

—Al día siguiente empecé mi nuevo entrenamiento. Era como volver a la academia, pero esta vez las cosas eran realmente duras. Cuando no estaba estudiando, estaba entrenando mi mente o mi cuerpo. A veces me preguntaba si este era realmente el entrenamiento de un mago o el de un soldado. Los métodos que usaban eran brutales y crueles, y los errores se pagaban caros. Varios de los magos que empezaron conmigo fueron desapareciendo en el transcurso de los

meses. Si fallaban en alguna prueba no volvíamos a saber de ellos. Era realmente aterrador, pero la única manera de salir de allí era logrando la Capa Oscura. Así era como llamaban a la prenda que los magos de la Hermandad vestían. Una especie de habito negro como el que llevan los monjes de los conventos. Cuando te convertías en un Brujo de la Hermandad te entregaban la capa para identificarte como uno de ellos.

—Después de dos años de entrenamiento estaba listo para afrontar la prueba final. Había aprendido lo que debía saber sobre la Hermandad, y la verdad es que cuanto más sabía sobre ellos más me desagradaban sus métodos. Para sus miembros todo valía con tal de alcanzar sus fines. La mentira, el robo, la traición, cualquier medio justificaba el fin, pero todo en mí se revelaba contra esa manera de pensar —Markus parecía agotado mientras seguía contando su historia, volver a recordar todo esto le estaba hundiendo en un pozo negro de recuerdos que habían permanecido muchos años ocultos.

—Finalmente llegó el día de la prueba final. De todos los magos que comenzamos el entrenamiento solo quedábamos yo y un chico bastante tímido con el que había entablado una gran amistad. Su nombre era Suro. A lo largo de los dos años habíamos pasado por muchas penurias juntos y era normal que nos hubiésemos convertido casi en hermanos.

—Recuerdo que se me heló la sangre cuando El Brujo Supremo nos dijo en lo que consistía la prueba final. Solo tengo que cerrar los ojos y sus palabras todavía retumban en mis oídos claramente como aquel día.

—Luchareis el uno contra el otro hasta que solo quede uno de vosotros con vida.

—No podía ser verdad. ¿Cómo podía ser esta la prueba final para lograr la capa Oscura?— Pensó angustiado el mago Salazar.

—Cuando los miembros de la Hermandad vieron que ninguno de los dos estábamos muy dispuestos a seguir las órdenes recibidas, el Brujo Supremo añadió: Si ninguno de los dos acatáis nuestro mandato, entenderemos que ambos habéis fallado la prueba final y seréis eliminados.

—Para hacernos ver claramente que esta no era una amenaza en vano por su parte, el hemiciclo en el que se desarrollaba la prueba se vio rodeado por varios hombres que inmediatamente desaparecieron en los muros al ponerse sus capas.

—Estábamos rodeados por un escuadrón de Invisibles, los letales asesinos de la Hermandad. Ya les había visto actuar en un par de ocasiones y sabía de lo que eran capaces —aclaró Markus angustiado.

El mago Salazar sacó fuerzas de flaqueza para seguir relatando el desenlace de su historia, como si volviese a vivirla una vez más.

De repente un rayo de luz le pasó a unos milímetros de la cabeza destruyendo la estatua que estaba detrás de él. Estaba claro que Suro había tomado su decisión. Si era necesario acabar con Markus para lograr la capa y salir vivo de allí, entonces sintiéndolo mucho por su amigo, así sería.

Por su parte Markus todavía estaba luchando con sus emociones. No quería dejarse el pellejo en la Isla de las Tinieblas, pero tampoco estaba dispuesto a matar a su amigo.

De todas formas la cosa no pintaba demasiado bien para Markus Salazar. Mientras que él intentaba encontrar una manera de escapar de allí sin causar ningún daño a su amigo, Suro se estaba empleando a fondo para liquidar a Markus. Era una batalla muy desigual.

Markus intentaba desviar los ataques de Suro con un hechizo deflector, pero cada vez le costaba más hacerlo. Su energía interna se estaba agotando rápidamente. Si no hacía algo de inmediato podía darse por muerto.

Suro por su parte estaba totalmente confiado en su victoria, sobre todo al ver la poca resistencia que mostraba Salazar y que él achacó a su falta de poder y no a la falta de intención de causarle daño. Él y Markus Salazar habían sido amigos, pero si debía eliminarle para conseguir la capa oscura, lo haría sin dudar. Su ansia de poder era demasiado grande como para detenerse en el camino por un obstáculo tan ridículo como Markus. Con este pensamiento lanzó otro hechizo de desintegración contra su compañero que le lanzó por los suelos al chocar contra su encantamiento de deflexión. Cuando se levantó vio que Salazar estaba tendido en el suelo inmóvil.

Suro se preparó para darle el toque de gracia.

—Adiós querido amigo —se despidió, mientras apuntaba a su cuerpo con la varita.

El rayo de luz salió instantáneamente dirigiéndose sin remedio hacia el cuerpo inmóvil de Markus Salazar. Estaba a punto de reducirle a cenizas cuando este se dio la vuelta a toda velocidad mientras decía.

—¡Speculum!

El hechizo de espejo funcionó tal y como Markus esperaba. Recogió toda la energía del rayo de Suro y se lo devolvió con una fuerza imparable alcanzándole en el rostro. Por fortuna para Suro solo le rozó la cara, aunque la enorme quemadura le dejaría una cicatriz de por vida para recordarle este día.

El impacto con su propio rayo tiro a Suro por los suelos mientras se llevaba las manos a la cara que le ardía con un tremendo dolor.

—Maldito traidor, como has podido hacerme esto —le gritó Suro lleno de rabia y dolor mientras escupía en el suelo. —Pensaba que éramos amigos.

—Yo también lo pensaba hasta que he visto cómo has intentado matarme hace unos segundos —le espetó Markus con la tristeza aun reflejada en su rostro.

El Brujo Supremo se puso de pie muy satisfecho con el espectáculo que acababa de presenciar. Levantando la voz dijo.

—Es hora de que tomes posesión de la capa oscura eliminando a tu oponente. Esa es la ley de la Hermandad.

La duda se posó en los ojos de Markus Salazar. Él no era un asesino, solo un mago que siempre había querido ayudar a los demás con sus habilidades. La Hermandad de los Brujos de la Isla de las Tinieblas representaba todo lo que odiaba en la magia. Su uso exclusivo de la misma para amasar poder y ganancias personales. La prueba final le había abierto finalmente los ojos.

Con su amigo tendido a sus pies, a su merced, levantó su varita sobre su cabeza. Suro levantó la vista para ver la mirada de su amigo por última vez antes de que este le redujese a cenizas.

El Brujo Supremo empezó a sonreír al ver que Markus iba a darle el golpe final a su compañero. Las cosas habían salido como las había planeado, o al menos eso creía.

—Adiós Suro, espero que algún día me puedas perdonar por la herida en tu cara —dijo Markus en un susurro mientras hacía un símbolo mágico con su varita.

Los ojos del Brujo Supremo echaban chispas cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando.

—¡Detenedlo! —bramó enfurecido. Los Invisibles saltaron a la arena del

hemiciclo con sus espadas en mano, pero ya era demasiado tarde. Salazar había desaparecido en la misma nube azul que le había traído hasta allí dos años antes.

—Después de escapar de la isla me oculté con un nombre falso durante varios años he hice correr el rumor de que Markus Salazar había muerto para que la Hermandad dejara de buscarme —finalizó el mago quizás sintiéndose más aliviado tras haber sacado sus oscuros recuerdos a la luz.

—Así que este es mi gran secreto y la fuente de mis enormes conocimientos sobre la Hermandad de los Brujos. Pensé que podría mantener esta vergonzosa parte de mi vida oculta, pero si os digo la verdad, me siento mejor al habérselo contado. Es como si me hubiese quitado un gran peso de encima.

Érica se acercó hasta Markus y le dio un gran abrazo.

—Pobre tío, ¿por qué no me dijiste nunca nada?

—Pensé que te avergonzarías de mí al haber sido parte de una organización tan siniestra como la Hermandad. Temía perderte. Sobre todo sabiendo tu odio por el gigante Grendel y su relación con la Hermandad —añadió apesadumbrado.

—Nunca me avergonzaría de ti —le confesó Érica con una sonrisa, —he visto mil y una veces como has ayudado a todo el que has podido.

—Yo soy testigo de ello —afirmó el capitán. —Todos sabemos que eres un buen mago dispuesto a echar una mano al que lo necesite. No debes avergonzarte de tu pasado. Todos hemos cometido errores en nuestra juventud, y la verdad es que con un oficio como el de pirata, ninguno de nosotros tenemos la conciencia demasiado limpia como para ir acusando a nadie — concluyó MalaPata.

El resto de los Malditos le dio la razón al capitán.

Markus Salazar les agradeció su comprensión. Pero había una cosa que preocupaba al mago enormemente,

—¿Cómo sabían los Invisibles que íbamos a pasar por aquí para tendernos una emboscada?

23. El Precipicio de la Desesperación

La jungla terminaba abruptamente en un precipicio que no parecía tener fondo. MalaPata se acercó a mirar y empezó a sentirse mareado. Érica tuvo que sujetarle por el brazo cuando vio que estaba a punto de desmayarse.

—¿Qué es lo que me ha pasado? —preguntó el capitán extrañado por lo que acababa de sentir.

—Me parece que sufres acrofobia — le respondió la bruja.

—¿Acro qué? — preguntó MalaPata confuso.

—Acrofobia es tenerle miedo a las alturas, viene del griego Acro, que significa altura, y fobia, que significa miedo, le aclaró Érica. La gente lo conoce comúnmente como vértigo — explicó la muchacha con una sonrisa.

Sea lo que fuese a MalaPata no le había gustado ni un pelo esa horrible sensación que acababa de tener, como si se fuera a caer por un agujero sin fondo.

—Al menos todavía me quedan algunas sensaciones —reflexionó intentando verle el lado positivo.

El resto de grupo se aproximó hasta el borde del precipicio, pero para la gran decepción del capitán, nadie sufrió ningún trastorno raro debido a la altura del mismo.

El otro lado del precipicio se encontraba a unos cien metros de distancia, y no se veía ningún tipo de puente para cruzar al otro lado.

—¿Cómo vamos a pasar desde este extremo en el que estamos hasta allí?, que es donde queremos ir — preguntó Slash en voz alta.

El resto de la expedición se hacía la misma pregunta. Markus sabía por su experiencia cuando estudiaba para formar parte de la Hermandad, que ese enorme precipicio rodaba la montaña Carmesí de lado a lado, y era la mejor protección natural que la Hermandad tenía contra cualquier ataque terrestre. Los Brujos de la Hermandad la cruzaban usando un complicado hechizo de

levitación, el cual llamaría demasiado la atención sobre el grupo si lo usaban.

—Debe de haber algún tipo de puente o pasarela oculto —meditó MalaPata una vez recuperado de su ataque de vértigo. —Es la única explicación posible para que los Invisibles hayan podido llegar hasta el lugar donde nos tendieron la emboscada en la jungla —explicó esperanzado en encontrar una manera de salvar el terrible precipicio.

—Querido capitán —le respondió el mago Salazar —me temo que la explicación no es están sencilla. Esto que veis aquí es el precipicio de la Desesperación —aclaró dirigiéndose ahora a todo el grupo. —Su nombre viene de la multitud de ejércitos y enemigos que llegaron hasta aquí para atacar a la Hermandad y cayeron en la desesperación al no lograr cruzar al otro lado de ninguna manera. Todos sus esfuerzos fueron inútiles. Solo los hechizos de la Hermandad pueden crear un puente de levitación lo suficientemente potente como para que un ejército pase por él. No penséis que sois los primeros en querer apropiarse de los secretos arcanos de la Hermandad. Muchos lo han intentado antes y si miráis con atención a vuestro alrededor aun podéis ver donde descansan los huesos de esos desgraciados.

En ese momento los miembros del grupo se dieron cuenta que debajo de la densa vegetación que cubría la zona, aun se podían ver los restos de algunos esqueletos todavía vestidos con sus cotas de malla. Algunos estaban medio deshechos por el paso del tiempo o quizás por la acción de los depredadores de la jungla.

La visión no era muy alentadora, pensó el capitán.

—Los brujos esperaban hasta que el enemigo llegaba hasta aquí y una vez que no podían avanzar, los Invisibles y la magia de la Hermandad acababan con ellos uno por uno. Lentamente. Dejando que la desesperación se apoderase del resto del grupo y terminara por darles la estocada final —les explicó el mago habiendo sido testigo de alguna de estas matanzas en los años que pasó como aprendiz en la Fortaleza Carmesí.

—La desesperación hace que pierdas la esperanza, y sin esperanza no hay posibilidades de victoria —añadió Markus lentamente.

Tras oír esto, todos se quedaron en silencio bastante deprimidos. Se sentaron mirando al suelo sin saber qué hacer. El precipicio de la Desesperación empezaba a hacer mella en ellos.

El capitán MalaPata lo rompió sacudiendo la cabeza.

—¿Acaso hemos pasado tantas penurias y sufrimientos para darnos ahora por vencidos? —les preguntó animado.

—¿No sois vosotros la Tripulación de los Malditos, famosos en todo el Caribe por vuestras aventuras, capaces de superar las más duras pruebas y peligros?

—¿Y no eres tú el mago Markus Salazar, mago poderoso donde los haya?

Finalmente, dirigiéndose a Érica le preguntó.

—¿Y tú vas a dejar que ese maldito gigante Grendel se salga con la suya y no sea castigado por lo que le hizo a tus padres?

Las preguntas de MalaPata fueron como una bofetada en la cara para los miembros de la expedición. Fue como si les hubiesen sacado de una pesadilla de la que no podían despertar. De repente la expresión de derrota que se había apoderado de ellos desapareció de sus ojos, y fue remplazada por la furia y la determinación que les había llevado hasta allí.

—¡Acabaremos con la Hermandad! —gritaron todos juntos.

—Gracias por habernos sacado del precipicio de desesperación en el que estábamos cayendo sin saberlo capitán. Realmente este lugar hace honor a su nombre — se precipitaron a decir todos.

—Creo que este lugar esta hechizado para crear un efecto de desesperación en todos los que llegan hasta aquí. No puede haber otra explicación —concluyó Salazar. —Esos malditos brujos de la Hermandad intentan deshacerse de nosotros por todos los medios posibles. Debería haberlo sospechado, ¿pero cómo es que nunca me hablaron de él? —se preguntó extrañado Salazar. —Me imagino que se habrán guardado unos cuantos ases en la manga por si necesitan utilizarlos contra aprendices rebeldes como yo.

—Está claro que tienes toda la razón. Por lo visto los brujos no te contaron todos sus secretos cuando estuviste aquí, amigo Markus, le dijo el capitán.

—¿Lo que no entiendo es como no te ha afectado a ti el hechizo capitán Malapata? —pregunto Érica frotándose los ojos como si se hubiese acabado de levantar de un largo sueño.

—Parece ser que la desesperación es otra de las sensaciones que ha

abandonado mi cuerpo. Me imagino que la Hermandad nunca había contado con que alguien como yo llegase hasta esta isla. Pero su error les va a costar muy caro —amenazó MalaPata.

El mago Markus inició el plan de acción.

—Debemos darnos prisa antes de que el hechizo vuelva a afectarnos. Hay que encontrar una forma rápida para pasar al otro lado del precipicio, si no lo hacemos, lo más probable es que la próxima expedición que llegue hasta aquí encuentre nuestros esqueletos donde ahora reposan el resto de las antiguas fuerzas invasoras.

No hay nada como ver a la muerte esperándote a la vuelta de la esquina, para encontrar una manera de burlarla hasta la próxima ocasión.

Tras oír las agradables palabras de Markus, Sonia decidió tomar la iniciativa. Por algo la estrategia en combate era su especialidad, y ¿acaso no estaban luchando ahora mismo para salvar sus vidas?

—Tenemos que encontrar una manera de pasar al otro lado, y usar la magia de nuestros compañeros esta fuera de cuestión para no llamar la atención de nuestro enemigo —explicó Sonia en voz alta.

—Ying y Yang, quiero que busquéis todas la lianas posibles y trencéis una cuerda lo más larga posible — empezó a repartir ordenes Sonia.

—Bullseye, recoge unos cuantos cocos y rompe en tiras aquellos trapos de allí.

—Slash, usa el machete para sacar algunos tablones alargados de madera de aquel cocotero gigante.

—Capitán, necesito que busques entre los restos de los otros grupos que pasaron por aquí, y encuentres una lanza con la punta de metal o algo parecido.

—Érica, tú y tu tío haréis de centinelas por si alguien se aproxima y debemos escondernos. No tengo ganas de tener otra escaramuza con esos endemoniados Invisibles.

—¡Vamos perezosos!, ¡no quiero ver a nadie parado! ¡si no vendré y os daré una buena patada en el culo para espabilaros! —gritó Sonia.

Todos desaparecieron a toda velocidad para cumplir las tareas que les había encomendado Sonia Cutlass.

—Vaya genio tiene esta chica, no me gustaría ser el desgraciado que la haga enfadar —y meditando esto, MalaPata desapareció entre la maleza buscando su lanza, para evitar la ira de la pirata.

Poco después de media hora todo el grupo volvió a reunirse trayendo las cosas que les había encargado Sonia. Cada uno había cumplido con éxito su misión. Los gemelos habían trenzado una enorme cuerda con las lianas de los árboles de los alrededores. Sonia la observó y la tensó en sus manos para ver la resistencia de la misma.

—Perfecto chicos, debería aguantar nuestro peso sin problemas —afirmó complacida la pirata.

Bullseye y Slash llevaron los cocos y las maderas hasta los pies de Sonia.

—Buen trabajo compañeros —les animó dándoles una palmadita en la espalda.

MalaPata fue el último en llegar. No había sido fácil ni agradable tener que buscar entre los restos de los varios aventureros y soldados que antes que él habían intentado hacerle frente a la Hermandad. Todos habían pagado un alto precio por su intento. Su vida.

Entre las pilas de huesos, armaduras y armas oxidadas por el tiempo, MalaPata Logro encontrar una larga lanza que todavía parecía estar en buen estado a pesar del paso del tiempo.

—Ahora que tenemos todos los elementos para llevar a cabo mi plan, es hora de que os explique en qué consiste —comentó Sonia con una sonrisa.

—¿Estas mal de la cabeza?, es una auténtica locura. Sin duda te la has debido de golpear cuando estabas luchando con los Invisibles —es todo lo que pudo decir el capitán cinco minutos después, cuando Sonia Cutlass terminó de contarles su plan.

—No te alteres capitán, ya hemos visto que las alturas no son lo tuyo, pero no hay otro camino —añadió ella con una mueca divertida.

—De todas formas no veo que nadie haya ofrecido ninguna idea alternativa a la mía, así que basta de perder el tiempo y pongámonos manos a la obra —concluyó Sonia sin dar más opción a discusiones.

Después de una hora trabajando sin parar todo estaba listo. Sonia repasó todos los elementos del plan mientras intentaba animar al resto del grupo

diciendo.

—Vamos muchachos, lo peor que puede pasar es que nos matemos, tampoco es para tanto —afirmó partiéndose de la risa. Cuanto más peligrosa era una cosa más le gustaba hacerla. Así era Sonia.

Mientras hablaba se acercó hasta Slash y Bullseye, que acababan de terminar la enorme ballesta con las maderas del cocotero que habían cortado anteriormente. Este elemento era crucial para su plan.

Ying y Yang habían atado con un nudo marinero la cuerda hecha de lianas a la parte de atrás de la lanza que el capitán había encontrado.

—Necesitamos que la lanza se clave en uno de los árboles que está al otro extremo del precipicio, para poder construir una tirolina con la cuerda —explicó nuevamente Sonia.

—¿Y cómo piensas hacer eso?, querida Sonia —le preguntó con cierta burla el capitán. Esos árboles deben de estar a más de cien metros de aquí. Nunca lograras que la lanza atravesara esa distancia, y aunque lo hiciera, llegaría con tan poca fuerza que rebotaría en la corteza del árbol contra el que chocara. Es una tarea imposible.

—¿No crees que eso también se le hubiese ocurrido a todas las expediciones que han pasado por aquí? No es una idea tan brillante después de todo —sentenció MalaPata.

—Hombre de poca fe —le espetó Sonia despectivamente.

—¿Debo recordarte una vez más que los que han pasado antes por aquí no eran la tripulación de los Malditos?

—¿Acaso alguna de esas expediciones contaba con Sonia Cutlass entre sus miembros? —bramó ella con firmeza.

Y habiendo terminado su pequeño discurso, se fue hasta un extraño árbol que había en las cercanías cuchillo en mano. Todos la miraron extrañados.

—Este es el ingrediente secreto de mi plan, y que el resto de las expediciones, cuyos huesos reposan aquí, no lograron ver aunque lo tenían en frente de sus narices —dijo mientras hacía un corte en la corteza del árbol. Inmediatamente un líquido de color blanquecino y muy espeso empezó a brotar de la herida.

—Os presentó al Gomero, o más comúnmente conocido por árbol del caucho.

—Por supuesto — reflexionó Markus. La savia del árbol del caucho podía utilizarse para crear una especie de compuesto extremadamente elástico y resistente. Como no había pensado antes en ello.

Sonia terminó de recolectar el líquido, que inmediatamente empezó a tomar la consistencia de una cuerda, pero conservando su elasticidad.

—Vamos a terminar de construir el mayor tirachinas de la historia —les animo mientras ataba los extremos a la ballesta que sujetaba Slash en sus manos.

—Es hora de ver si todo este esfuerzo ha valido para algo —concluyó Sonia dejando las bromas y comenzando a tensar la goma de la ballesta.

—¡Bullseye, échame una mano!, tenemos que tensarla a tope si queremos lograr nuestro objetivo. Vamos, ¡tira con todas tus fuerzas! — le alentó Sonia Cutlass.

—Capitán, cuando te diga, pon la lanza en la ballesta.

Ahora Sonia estaba en su medio, dando órdenes para lograr la victoria en la batalla contra la desesperación. No podían perder, había demasiado en juego.

Slash estaba apuntando al tronco de un cocotero situado en el otro lado del precipicio, mientras Sonia y Bullseye seguían estirando la goma que parecía estar a punto de partirse en mil trozos.

—Sonia yo creo que ya la habéis tensado lo suficiente —afirmó MalaPata mientras una gota de sudor le resbalaba por la frente.

—Un poco más, solo tenemos un intento para salir de aquí —respondió Sonia con un gruñido.

Tanto la ballesta como la goma parecían al límite de su resistencia. Un leve crujido de la madera les indicó que todo estaba a punto de desintegrarse en mil pedazos.

En ese momento Sonia gritó.

—¡Ahora Capitán!

MalaPata reaccionó a toda velocidad. Dejó caer la lanza sobre la ballesta a la vez que Sonia y Bullseye soltaban la goma al unísono.

La lanza salió propulsada a toda velocidad a través del precipicio, mientras la cuerda se iba desenrollando rápidamente siguiendo su estela.

Había atravesado la mitad del abismo y seguía volando sin perder impulso.

Con un sonido sordo la lanza atravesó el tronco del cocotero que tenía por objetivo de lado a lado.

El capitán no podía dar crédito a sus ojos. Lo habían logrado. El plan de esa loca de Sonia había funcionado.

Todos lanzaron sus sombreros por los aires mostrando su júbilo.

El capitán MalaPata se acercó a Sonia y le dio unos sonoros besos en las mejillas. Lo que hizo que esta se pusiese roja como un tomate y por primera vez en su vida no pudiese emitir palabra.

—Sonia nos has salvado la vida, Tienes el agradecimiento eterno del capitán MalaPata.

La cara de Érica en cambio, se convirtió en un volcán en erupción cuando vio como MalaPata le daba los besos a Sonia.

—Bueno, dejémonos de celebraciones — dijo Markus —aún tenemos que llegar al otro lado.

—Esa es la parte más divertida del plan — confesó Sonia con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ahora solo tenemos que atar el otro extremo de la cuerda a la parte más alta de ese árbol, y usar los trapos untados en el aceite de coco para que resbalen sobre la cuerda, una vez la hayamos tensado. Después nos subimos hasta el árbol y nos tiramos por la tirolina hasta llegar al otro lado. Vamos, coser y cantar — aseguró la pirata a los demás.

—Seguro que tenemos una vista fantástica mientras cruzamos el precipicio —anunció Sonia. —Y además, eso le enseñará a ese capitán de pacotilla a no ir dado besos por doquier —pensó mirando maliciosamente a MalaPata que se había puesto blanco solo de imaginar en atravesar aquel abismo. En fin, su futuro le esperaba en el otro lado. En este no le aguardaba más que la desesperación.

—Eligieron bien el nombre de este maldito precipicio, por Dios que lo hicieron —se santiguó MalaPata negando con la cabeza, mientras sujetaba los

trapos que le llevarían hasta el otro lado. Cerró los ojos y se lanzó al vacío.

24. El gigante Grendel

El aterrizaje en el otro lado del precipicio fue un poco brusco, pero solo se saldó con un par de rasguños.

El capitán se sacudió las ropas, llenas de polvo por el impacto con el suelo y se juró así mismo que no volvería a hacer algo como aquello en toda su vida.

Sonia pareció leerle el pensamiento, ya que se acercó hasta él y le susurró en el oído mientras le guiñaba el ojo.

—Todavía te queda el viaje de vuelta, si es que tienes la buena suerte de seguir vivo para entonces capitán.

—¡Por las barbas de Barba Roja!, ¡maldita seas Cutlass! — le gritó mientras ella se alejaba riéndose de él. Estaba claro que no le iba a perdonar con facilidad los besos que le había dado en un momento de entusiasmo.

Markus Salazar puso un poco de orden y les recomendó que se prepararan para lo que les quedaba por venir.

—Lo que hemos pasado hasta ahora no ha sido más que un juego de niños comparado con lo que nos espera —sentenció el mago.

—Para seguir nuestro camino debemos superar un gran obstáculo, literalmente, debemos vencer al gigante Grendel. Es la única manera de acceder a la Cueva del Olvido.

—Quizás estemos de suerte y el gigante esté haciendo alguno de sus recados para la Hermandad —exclamó Slash esperanzado.

Media hora más tarde esa esperanza se había evaporado. Ocultos en una arboleda cerca del camino que llevaba a la cueva podían observar una gran columna de humo que salía de la misma.

MalaPata sacó su catalejo de la bolsa e intentó localizar al gigante. Al principio no vio nada, pero de repente una forma monstruosa salió de la cueva. Era una mole enorme de pelo y músculos. El gigante se movía lentamente. Se paró delante de la entrada de la cueva y se llevó una mano hasta la frente para

evitar que la luz del sol le diera en los ojos. Entonces se puso a mirar fijamente hacia el horizonte como si fuera un vigía en un barco.

—¿Acaso está esperando compañía?, o aun peor, ¿nos estará esperando a nosotros? —se preguntó el capitán preocupado, aunque no demasiado sorprendido después del encuentro con los Invisibles. Parecía como si la Hermandad supiese de antemano cada paso que daban. ¿Pero cómo era esto posible?

Todos le miraron ansiosos por saber lo que había visto.

—Me temo que no tengo muy buenas noticias. El gigante Grendel está en casa, y por lo que acabo de ver, me ha dado la impresión de que nos estuviese esperando —observó MalaPata meditando sobre sus pensamientos.

Érica fue la primera en hablar.

—Yo creo que tus noticias son estupendas capitán —asintió con una voz asesina. —Llevo muchos años esperando para cumplir mi venganza sobre ese maldito monstruo, y hoy ha llegado el día en que mi sueño se haga realidad.

Markus interrumpió a Érica.

—Querida sobrina, no dejes que los sentimientos de venganza nublen tu visión. Una vida basada en la venganza es una vida desperdiciada. Nuestro objetivo en esta isla, antes que todo, es encontrar el amuleto del Dragón de Jade para salvar la vida del capitán. Lo sabes también como yo, y nuestras ambiciones personales deben quedar a un lado. Yo también tengo mis cuentas que saldar con la Hermandad, pero por el momento deben esperar —la consoló el mago mientras apoyaba una mano tiernamente sobre su hombro.

—Tienes toda la razón tío —le respondió Érica con una lágrima en los ojos. —No volverá a pasar, no te preocupes. Creo que al ver que el miserable que mató a mis padres está al alcance de mi mano, he perdido el control sobre mis sentimientos.

—De todas formas es muy posible que tengamos que acabar con esa descomunal bestia para acceder a los pasadizos —ofreció MalaPata intentando animar a Érica.

—¿Lo único que no se es cómo vamos a hacerlo? —dijo mientras se rascaba la cabeza.

—¿Alguien del grupo tiene experiencia en la lucha contra gigantes?—

preguntó mirando a unos y a otros.

—¿Markus?

—¿Y vosotros Malditos? Con todas las aventuras que habéis corrido, seguro que os habéis enfrentado a algún gigante que otro —indagó MalaPata esperanzado.

Todos negaron con la cabeza.

—Yo tampoco he luchado con ninguno antes, pero llevo toda la vida estudiando como matar a uno si se me presentaba la ocasión —aclaró Érica con una voz tranquila. Ya no tenía ese tono de odio en su voz.

Todos se dieron la vuelta para mirarla. El Gigante Grendel era un obstáculo en su camino para salvar a MalaPata y ella les daría la solución para superarlo. Sin odio y sin rencor.

—Los gigantes son criaturas muy poderosas. Pero su poder se basa solo en su tamaño y su fuerza física. Son lentos y estúpidos. Esos son sus puntos débiles que debemos explotar para vencerle —les explicó Érica.

—Su piel es tan dura como el acero, así que será difícil dañarle con las armas convencionales que tenemos con nosotros. Quizás la catapulta que construyó Sonia nos hubiese sido de utilidad, pero era imposible traerla hasta este lado del precipicio, y por lo que veo no tenemos los materiales suficientes para construir otra —dijo Érica resignada mientras continuaba su explicación.

—Los revólveres de Sonia puede que produzcan algún tipo de daño en Grendel, pero al ser un arma que desconozco, no sé hasta qué punto serán capaces de derrotarle. Y la magia esta fuera de cuestión para no descubrir nuestra presencia ante la Hermandad. Aunque si es nuestro último recurso, tengo un hechizo que he perfeccionado durante años solo para esta ocasión —afirmó la bruja dejando escapar una torcida sonrisa.

—Así que solo nos queda un arma para derrotar a Grendel.

Todos la miraron expectante.

—Esa arma es el ingenio.

—Antes de que os explique mi plan, debo contaros algo sobre nuestro enemigo. Todo lo que vais a oír me ha costado años descubrirlo a través de los relatos de las tribus nómadas que viven al lado del Clan de los Gigantes de las

Montañas Esmeralda.

—Grendel no es un gigante normal y corriente, si es que alguna vez ha habido alguno —añadió Érica con una mueca. —Hace muchos años él era parte de un clan de gigantes. No era ni el más grande, ni el más fuerte, pero seguro que era el más ambicioso de todos ellos. Lo cual era un problema para Grendel, ya que para llegar a ser líder del clan, debes derrotar al gigante que sea el jefe en un combate singular usando solo la fuerza bruta. Esa es la única manera de probarte antes los demás y convertirte en su cabecilla. Pero él sabía que nunca lograría vencer a Dormámüt, el líder de su clan. Comparado con él, Grendel era casi un enano. La envidia le corroía la sangre y le envenenaba el cerebro. Estaba harto de que el resto de los miembros del clan se burlasen de él por su pequeño tamaño. Día y noche se exprimía el poco cerebro que tenía para idear un plan para destruir a Dormámüt, pero por más que pensaba no lo encontraba —les explicó Érica.

Pero un buen día un humano llegó a las Montañas Esmeralda desde una península perdida del reino Maya. Hacía mucho tiempo que una de esas débiles criaturas no osaba a ir hasta allí. Grendel tenía poco cerebro, pero hasta él sabía que el extraño estaría muerto en breve. Si había algo que Dormámüt odiaba en este mundo era a los miserables humanos. Tan fáciles de romper, como un palo seco y siempre buscando estúpidas piedras doradas que no servían para nada y que ellos llamaban oro. Los pocos que habían aparecido por las Montañas Esmeralda siempre habían acabado como aperitivo del jefe entre llantos y lamentos.

Pero este humano era diferente. Caminaba tranquilo e indiferente entre los gigantes del clan sin mostrar el más mínimo miedo. No se había ocultado ni echado a correr cuando los centinelas le vieron en el camino. Parecía como si supiese que el clan vivía allí y había ido en su búsqueda. La curiosidad de Dormámüt era lo único que hacía que el miserable humano todavía estuviese vivo y que le hubiesen permitido llegar hasta sus cuevas.

Érica continuó su relato.

Pero como ya os habéis podido imaginar este extraño no era un humano normal y corriente. Vestía todo de negro y llevaba un amuleto colgado en su pecho que irradiaba luz verde con forma de dragón.

Todos la miraron asombrada.

—¡Ese maldito Orus! —gritó el capitán con el rostro crispado por el odio.

—Tú lo has dicho MalaPata —le confirmó la bruja.

Era Orus. Esa maldita sanguijuela de la Hermandad. Se había desviado en su viaje de vuelta del imperio chino para intentar encontrar algo con lo que aplacar la ira del Consejo Supremo de la Hermandad. Después de todo, el plan para intercambiar el amuleto del Dragón de Jade por el mando del imperio chino había sido suyo, y después de su estrepitoso fracaso, no podía volver a la Isla de las Tinieblas con las manos vacías. Eso sería una ofrenda para su honor y debilitaría su posición para hacerse con el control del Consejo Supremo, y por lo tanto con la Hermandad, su objetivo final.

En uno de los libros que llevó a su viaje había una leyenda sobre una armadura indestructible que usaba el jefe del Clan de los Gigantes que vivía en las cuevas de las Montañas Esmeralda. Si obtenía esa armadura nadie podría echarle en cara que su misión había sido un absoluto fracaso.

Cuando Orus llegó hasta la entrada de la enorme cueva que era la morada de Dormámüt, se detuvo a esperar. Conocía bastante bien los hábitos de los gigantes, por los volúmenes que había encontrado en la librería Necromanga de la Fortaleza Carmesí. Entrar en la cueva de uno de ellos sin ser antes invitado se consideraba un gran insulto. Así que si era posible intentaría conseguir la armadura sin tener que reducir a cenizas a todo el clan. Ya había gastado bastantes energías en este estúpido viaje sin obtener ningún resultado. Intentaría usar las buenas maneras antes que la fuerza.

A los pocos minutos apareció la enorme mole del gigante Dormámüt. Vestía la armadura Estigia que, según la leyenda del libro de Orus, había sido forjada en los fuegos del infierno haciéndola indestructible. Su apariencia era formidable. En su mano llevaba una enorme maza de madera y hierro que habría podido reducir a escombros la Fortaleza Carmesí en un par de minutos.

Orus inclinó su cabeza como símbolo de respeto.

—¿Qué has venido a hacer aquí miserable humano? —la voz de Dormámüt era atronadora.

—¡Poderoso Dormámüt! Jefe del Clan de los Gigantes de las Montañas Esmeralda. Vengo en son de paz para traerte unas terribles noticias — explicó Orus.

El malvado brujo sabía que debía ganar tiempo para llevar a cabo su misión, así que pensó en usar su astucia y no su fuerza contra estas estúpidas

criaturas. Tenían la fuerza de un titán, pero el cerebro del tamaño de una castaña, y él se aprovecharía de eso. La mentira sería su arma.

—El Clan de los Gigantes de la Isla de la Orca planea invadirnos cuando la luna este llena. Han oído la leyenda de la armadura Estigia, y su jefe Orlak anhela robártela para aumentar su poder entre los suyos —le comunicó Orus a un asombrado Dormámüt.

El clan de la isla de la Orca, por supuesto que el gigante había oído hablar de ellos, pero como se atrevían a desafiarle intentando robar su preciada armadura. Dormámüt se lo haría pagar caro. Cuando terminara con ellos habría una nueva calavera adornando su cueva. La de Orlak. Pensó el gigante con una sonrisa de lobo. Con su fuerza y la armadura Estigia nada podía vencerle.

—Has servido bien al Clan de los Gigantes de la montaña Esmeralda extraño. Pero, ¿porque has venido hasta aquí arriesgando tu vida solo para traerme estas noticias? —le preguntó el gigante a Orus, clavándole unos ojos inquisitivos.

Orus pensó rápidamente en una mentira que fuese creíble para los gigantes.

—Pensaba que si os traía este mensaje, me recompensarías con una bolsa de oro. ¡Oh Gran Dormámüt! —mintió Orus descaradamente.

Por supuesto, estos débiles humanos solo pensaban en esas estúpidas piedras doradas que carecían de valor para los gigantes.

—Cierto es que mereces una recompensa humano, y yo no soy un desagradecido. Puedes permanecer entre nosotros unos días hasta que hayas reposado y puedas emprender tu camino de vuelta. Además te doy permiso para que te llesves todo el oro que puedas cargar. Esta es la voluntad de Dormámüt. Ahora desaparece de mi vista —rugió el gigante.

Orus inclinó de nuevo su cabeza y ofreció su más sincera gratitud por la generosidad del gigante, mientras una mueca maléfica aparecía en su cara.

—¿Para qué quiero cargar con tu ridículo oro cuando puedo fabricar todo el que quiera en mi laboratorio de la Fortaleza Carmesí? —pensó el brujo divertido. Pero estaba satisfecho con su labor. El estúpido gigante se había tragado el anzuelo. Ahora disponía de unos días para trazar su plan de ataque y hacerse con la armadura Estigia.

Cuando se dirigió hacia el rudimentario alojamiento que los gigantes le

habían ofrecido de mala gana siguiendo las órdenes de su jefe, Orus se dio cuenta inmediatamente que uno de aquellos descerebrados seres le seguía con su mirada. Era algo más pequeño que los demás, y el resto del grupo de gigantes parecía divertirse burlándose de él. Cuando los otros se marcharon él permaneció a cierta distancia observándole intensamente. Un plan se formó inmediatamente en la mente de Orus. Si sus instintos eran correctos, y en este tipo de cosas solían serlo, había encontrado la herramienta perfecta para materializar su plan y hacerse con la armadura.

Cuando cayó la noche y no quedaba ninguna de las monstruosas moles a la vista, Orus salió del establo en el que le habían acomodado con el resto del ganado. Pretendió no ver a Grendel, oculto como podía detrás de una enorme piedra. Y cuando estuvo seguro de que el gigante le estaba viendo, invocó el poder del amuleto del Dragón de Jade.

—¡Bias Kratos! —pronunció Orus mientras cogía una piedra del suelo y la estrujaba entre sus manos convirtiéndola en polvo. Con una sonrisa pudo ver como el gigante se alejaba con los ojos como platos. Si sus instintos no le habían traicionado en breve recibiría la visita de su espectador nocturno, y si estaba equivocado, Dormámüt llamaría a su puerta en breve para preguntarle que hacia un brujo en las Montañas Esmeralda. Fuese como fuese los dados de la fortuna estaban echados.

Nadie fue a molestarle en toda la noche, lo que solo podía significar una cosa. Su espía nocturno estaba muy interesado en lo que había visto y no quería compartirlo con los demás miembros del clan. Sonaba prometedor. Pero para que su plan funcionase debía ser el gigante el que se aproximara a él, sino, levantaría sus sospechas.

Tal y como el brujo lo había pensado, el gigante reapareció por la tarde en el establo con la excusa de traerle alimentos y agua. Por lo visto era un trabajo que el clan dejaba para los elementos del escalón social más bajo, ya que mezclarse con humanos, y aún más servirles, era una tarea repugnante.

El brujo le recibió con una sonrisa.

—Muchas gracias amigo, por traerme estos alimentos. Te lo agradezco de todo corazón —le dijo sin dejar de sonreír y con mucha humildad.

El gigante dejó lo que llevaba en el suelo y cuando parecía que iba a irse se detuvo en la puerta. Giró su enorme cabeza y dijo en un susurro.

—Tú no eres un humano ordinario. Eres uno de esos que tienen poderes mágicos. Un brujo —le espetó acusadoramente.

Orus pretendió asustarse cuando oyó al gigante.

—Creo que estás equivocado estimado gigante... —empezó a decir Orus, pero Grendel le cortó en seco.

—Vi lo que hiciste ayer por la noche con tu amuleto —le acusó apuntando hacia el pecho de Orus. —Ningún humano puede aplastar una roca con sus propias manos. Ninguno tiene la fuerza suficiente. La fuerza de un gigante... —añadió Grendel pensativo.

Orus se llevó las manos al pecho y ocultó el amuleto dentro de su puño como si con ello pudiese esconder la verdad.

—Me has descubierto, dijo el brujo bajando los ojos como si estuviese derrotado. Pensaba que estaba solo cuando lancé mi hechizo. ¿Cómo puedo haber sido tan estúpido? Ahora todo ha terminado. Me imagino que irás a dar la alarma para llamar al resto del clan y que acaben conmigo. Ningún gigante tolera la presencia de un brujo en su territorio —asintió el brujo resignado. Había lanzado el anzuelo, ahora solo hacía falta que el pez lo mordiera.

—¿Quizás podríamos llegar a un acuerdo que fuera mutuamente beneficioso? —ofreció Grendel sentándose pesadamente al lado de Orus.

Bingo. El pez había mordido el anzuelo.

—¿No te comprendo? —murmuró Orus fingiendo no entender al gigante y disfrutando secretamente cada segundo del engaño.

—Quizás yo podría usar tu amuleto para convertirme en líder de mi clan y así tú estarías a salvo, ya que al ser el jefe nadie se atrevería a discutir mis órdenes. ¿Qué te parece? —preguntó Grendel con el brillo de la codicia en sus ojos.

—Te agradezco tú oferta querido amigo, pero creo que me arriesgaré a escapar usando los poderes del amuleto —le contestó el brujo. Cuando vio la desesperación en la mirada del gigante al oír esto supo que había ganado la partida.

—No, espera —le imploró el gigante. —¿Quizás pueda ofrecerte algo más a cambio de tu ayuda? Lo que sea. ¿Quieres oro?, ¿diamantes?...

Ahora Orus puso las cartas sobre la mesa.

—Solo hay una cosa que me haría cambiar de opinión —le dijo al gigante claramente.

—Solo te ayudaré a cambio de la armadura Estigia —le propuso Orus.

La Armadura Estigia. ¿Cómo sabía este humano nada sobre ella? Solo los gigantes conocían de su existencia. De repente todo estaba claro. Los gigantes eran bastante estúpidos, pero la falta de tamaño y fuerza se habían compensado en Grendel con un cerebro relativamente mayor al de sus congéneres. El brujo no había venido para avisarles de ningún ataque, aquello solo había sido una distracción para que no se dieran cuenta de su verdadero objetivo. Él solo estaba aquí por la armadura.

—Por la cara que has puesto está claro que has descubierto mis intenciones, puede que después de todo, no seas tan estúpido como el resto de los miembros de tu clan —asintió el brujo cínicamente.

—Así que este es el trato que te propongo. Usaré el amuleto para aumentar tu fuerza cien veces para que puedas vencer a Dormámüt en el combate de los jefes. Una vez que seas el líder del clan me entregarás la armadura Estigia. ¿Trato hecho? —Ofreció Orus.

Grendel despreciaba haber caído en la trampa del brujo, pero era su única oportunidad para convertirse en jefe del clan. Sin el poder del amuleto nunca podría vencer a Dormámüt y su vida seguiría entre burlas y abusos. Y eso era algo que no pensaba permitir. Su ansia de poder era demasiado grande.

—Acepto tu oferta brujo.

—Muy bien. Seguro que no lo lamentarás —le contestó el brujo.

Grendel no estaba tan seguro de ello. Sabía que el viejo proverbio decía que, quien se acuesta con serpientes amanece con picaduras. Y este humano era una serpiente sin lugar a dudas. Todos sus instintos se lo decían.

—Bueno, no perdamos tiempo, todavía tengo un largo viaje por delante, así que me gustaría poder salir de estas apestosas montañas cuanto antes —y mientras decía esto Orus sujetó el amuleto con ambas manos apuntando hacia el pecho de Grendel, e invocando el hechizo de la noche anterior dijo.

—¡Bias Kratos!

Un rayo de luz verde salió del amuleto del Dragón de Jade para hundirse en el pecho del gigante. En un instante había desaparecido.

—¿Cómo te encuentras Grendel? —le preguntó el brujo.

—Como si pudiese aplastar una montaña con mis propias manos. ¡El poder es increíble! — gritó riendo. Y para probarlo agarro una barra de hierro y la retorció como si estuviese hecha de papel.

—Ahora ve y consígueme mi armadura —le ordeno Orus.

El gigante empujó la puerta del establo que arrancó del marco y salió volando.

Sin perder tiempo se fue hasta la entrada de la cueva de Dormámüt. Uno de sus guardias se acercó hasta él para preguntarle que quería, pero Grendel le dio un empujón que lo mandó volando a varios metros de distancia.

Todo el mundo se quedó mudo al ver lo que había ocurrido.

Grendel aprovechó el silencio para gritar su desafío y que todos lo escucharan.

—¡Dormámüt te desafío para ser líder del Clan de los Gigantes de las Montañas Esmeraldas! —rugió el gigante.

El eco de la cueva llevó el desafío hasta los oídos de todo el clan. En unos minutos todos los miembros se habían congregado en la entrada de la cueva de su jefe para ver lo que iba a pasar. Sin duda Grendel se había vuelto loco. Desafiar a Dormámüt era un suicidio. Nadie podía vencerle. Con un poco de suerte, su líder se lo tomaría como una broma y le dejaría marchar tras darle una pequeña paliza para que no olvidara la lección nunca más.

Unas poderosas pisadas hicieron retumbar el suelo. Dormámüt apareció en la entrada de la cueva. Llevaba la armadura Estigia y su maza de madera. Después de todo, Grendel no iba a tener tanta suerte como pensaban algunos de los miembros del clan. La mirada de su jefe no prometía nada bueno. Ahora tendrían que encontrar a otro gigante para realizar todas las tareas más repugnantes, porque para cuando Dormámüt terminara con Grendel no iba a quedar nada de él.

—¡¿Osas desafiarme enano?! —le gritó Dormámüt mirando hacia abajo.

Le sacaba varias cabezas de altura y era casi el doble de ancho. Esta lucha

iba a ser realmente breve se dijeron los gigantes entre murmullos. Orus estaba subido a un árbol para no perderse el espectáculo. Se frotó las manos mientras sonreía diabólicamente.

—¡Si, me atrevo a desafiarte maldito gusano!, es hora de reemplazarte al mando de este clan. Eres demasiado débil para ser nuestro líder —le respondió Grendel.

Los ojos de Dormámút echaban fuego de la ira que sentía. Nadie le hablaba así, y menos el gigante más diminuto y débil de toda el clan. Este insecto iba a pagar muy cara su ofrenda. Iba a reducir sus huesos a polvo.

Con un tremendo grito de guerra levantó su maza trazando un arco sobre su cabeza con la idea de descargar toda su furia en un solo golpe asesino. Pero el golpe nunca llegó.

Grendel había detenido la maza con una de sus manos, sin que apenas le hubiese costado ningún esfuerzo.

Los ojos de Dormámút cambiaron su expresión de la furia a la duda, para terminar en el miedo.

Grendel apretó su mano y la maza de Dormámút estallo en mil pedazos.

—¿Qué es lo que está pasando? No entiendo nada —se preguntó confundido el jefe del clan. —¿De dónde había sacado esa fuerza monstruosa Grendel?, siempre ha sido el más débil de todos los miembros del clan —pensaba la mole de Dormámút intentando buscar una explicación a lo que estaba sucediendo.

De repente le vio. Estaba sentado en el árbol con una gran sonrisa en sus labios, disfrutando la pelea. Era ese maldito humano. Por primera vez se fijó con atención en el amuleto que llevaba en el pecho y que brillaba de forma misteriosa. La anterior vez que lo vio pensó que era una de esas piedras brillantes que les gustan tanto a los humanos, pero el brillo de aquel amuleto no era normal. De repente todo encajaba. Un brujo se había infiltrado en su territorio, y estaba usando a Grendel para arrebatarse el poder.

Todavía podía salvar la situación, pensó Dormámút. Solo debía advertir a los miembros del clan y entre todos acabarían con Grendel y el brujo.

—¡Mirad, allí detr...!

Nunca terminó la frase. Grendel le propinó un poderoso puñetazo que lo

lanzó volando por los aires. Cuando cayó estaba inconsciente.

Nadie podía creer lo que acababan de ver con sus propios ojos, pero las reglas de los gigantes son claras. El vencedor del desafío se convierte automáticamente en líder del clan.

Todos empezaron a vitorear su nombre.

—¡Grendel, Grendel! —era tal y como lo había soñado en multitud de ocasiones. Ahora ya nadie se burlaría de él.

Cuando se dio la vuelta para recibir el homenaje de su clan pudo ver que el brujo le miraba desde el árbol. No hacía falta ser muy inteligente para saber lo que su mirada decía. Era hora de cumplir su parte del trato.

Cuando llegó la noche le quitó la armadura a Dormámüt que seguía inconsciente por el tremendo golpe que había recibido y se la llevó a Orus.

—Aquí tienes —asintió Grendel tirando la enorme armadura a los pies del brujo. —El pago por tus servicios.

—Muchas gracias gran jefe Grendel —dijo el brujo con cierta burla en su voz.

El gigante pretendió no haberle oído. Se dio la vuelta y se marchó sin decir nada más.

Orus hizo un gesto con la mano y la armadura empezó a encogerse hasta hacerse lo bastante pequeña y ligera como para caber en su bolsa de viaje.

Abrió la puerta del establo y salió hasta el campo abierto. Todavía podía ver la espalda de Grendel alejándose en dirección a las cuevas.

—Tengo la impresión de que nos veremos muy pronto amigo Grendel —susurró Orus, mientras soltaba una risotada malévolamente y desaparecía en una nube de humo azul.

25. La Cueva del Olvido

Érica casi había terminado su historia. La premonición de Orus diciendo que estaba seguro de que vería a Grendel muy pronto se hizo realidad a los pocos días. Para gran desgracia del gigante dos cosas sucedieron al poco de marcharse Orus. La primera fue que al despertar Dormámuto les contó al resto del clan como Grendel había obtenido su fuerza milagrosa haciendo un pacto con el brujo. Eso iba contra todas las reglas del Código de los Gigantes, y la segunda fue que, del día a la noche, la fuerza de Grendel desapareció.

El Consejo de Gigantes condenó a Grendel por haber obrado con el brujo para robar la preciada armadura Estigia, y por haberse convertido en líder del clan usando malas artes. Por los dos crímenes se le condenó al exilio. Tenía veinticuatro horas para abandonar las Montañas Esmeralda. Pero para aumentar su castigo se informó a todos los clanes de gigantes de las acciones de Grendel, por lo que ninguno de ellos le daría asilo ni refugio. Ahora estaba solo para errar por la tierra de los hombres, ya que no era bienvenido en la de los gigantes.

Sin tener a donde ir, puso rumbo al único lugar donde quizás pudiese vivir sin ser molestado. El lugar del que le había hablado ese maldito brujo Orus. La Isla de las Tinieblas.

Cuando llegó allí, Orus le explicó claramente su situación. Si los hombres le encontraban le intentarían destruir, y si lo hacían los gigantes, también querrían acabar con él. Su única esperanza era que la Hermandad le protegiera, lo cual ellos estaban dispuestos a hacer por un módico precio.

—Te convertirás en un servidor de la Hermandad —le aclaró Orus fríamente. —Tu trabajo consistirá en buscar los objetos mágicos que te digamos. Los localizarás, aplastarás toda resistencia que encuentres y los pondrás en nuestro poder. A cambio, podrás vivir en la Cueva del Olvido a salvo del mundo exterior. ¿Trato hecho?

Era la segunda vez que el brujo le ofrecía un trato, y la primera había sido un absoluto desastre, pero estaba atrapado entre la espada y la pared. No tenía opción alguna.

—Acepto tu oferta brujo —asintió el gigante resignado.

—Desde ahora me llamarás Gran Brujo Orus, no lo olvides nunca —le espetó desafiante. —Si lo haces, haré que lo lamentes.— Añadió con un tono amenazante.

El malvado brujo comenzó a mandar al gigante a la búsqueda de artefactos que tuviesen poderes mágicos o algún valor para la Hermandad. Un buen día se presentó en su cueva y con una voz de trueno le dio sus órdenes.

—Ahora ve hasta el bosque de la Bruma y consígueme una raíz de mandrágora. Y no vuelvas hasta que la hayas encontrado —tras decir esto el brujo desapareció.

Después de todos sus esfuerzos la Diosa Fortuna se había vuelto a burlar de él. Grendel seguía siendo un lacayo. Primero para su clan en las montañas y ahora para los brujos en la isla. Triste y malhumorado salió de la fortaleza con destino a los acantilados de la Bruma.

—Fue en esa misión que ese maldito gigante se cruzó con mis desgraciados padres —Érica siguió contándoles con una voz entrecortada por la emoción.

—Ahora ya sabéis a quien nos enfrentamos. Conoce a tu enemigo y conocerás sus puntos débiles, como decía el famoso estratega Maquiavelo —explicó Érica limpiándose las lágrimas que le surcaban el rostro.

Después de haber absorbido la información que les reveló la bruja, los miembros de la expedición se pusieron las capas especiales que les habían quitado al grupo de Invisibles contra los que habían luchado en la jungla. Gracias a ellas podrían aproximarse hasta la cueva sin ser descubiertos, pero una vez dentro Érica les aseguro que no les ayudarían a evadir al gigante.

—Los gigantes poseen un extraordinario sentido del olfato —les aclaró la bruja. —Grendel será capaz de localizarnos sin problemas en un lugar cerrado como esa cueva. Además su oído también es más potente que el de los humanos por el hecho de que se pasan la mitad de sus vidas metidos en cuevas con poca luminosidad.

—¿Alguna otra buena noticia señorita? —le preguntó Bullseye burlescamente.

—Solo quiero que entendáis que será extremadamente difícil evitar el enfrentamiento directo con el gigante —les advirtió Érica enfadada por la actitud

de Bullseye.

Pensando en lo que la bruja les acababa de decir, el grupo siguió su camino con paso lento, sabiendo que estaban a punto de entrar en combate con una criatura capaz de aplastar todos sus huesos de un manotazo, como si no fueran nada más que una molesta mosca. Nadie quería ser el primero en llegar hasta la Cueva del Olvido.

A unos metros de la entrada los gemelos, que como siempre iban los primeros, se detuvieron para reconocer el terreno. No había moros en la costa, o más bien gigantes. Con una señal de la mano indicaron al grupo que se acercara. Por lo menos gracias a las capas de los Invisibles no tenían que preocuparse por no hacer ruido.

—Estas capas nos van a venir estupendamente en nuestras futuras aventuras —murmuró Sonia con una sonrisa. —Bueno, si salimos de esta, claro está —y la sonrisa desapareció.

Habían llegado a la entrada de la cueva. Era la hora de la verdad. Cada uno sacó sus armas lentamente. Los revólveres de Sonia brillaron con la luz del sol. Una enorme hacha de combate reposaba en las manos de Slash, que la sujetaba con una sonrisa asesina. Los gemelos llevaban unos extraños palos medio torcidos que, por lo visto, volvían a las manos de la persona que lo lanzaba una vez que golpeaba a su objetivo. Ellos los llamaban *boomerangs*, y los habían adquirido en uno de sus viajes por los mares del lejano oriente. Mientras que Bullseye y el capitán habían optado por algo más clásico, unos largos sables de acero toledano. Érica y el mago Salazar se encontraban en la retaguardia con sus varitas en la mano para usarlas como último recurso.

Aunque la bruja les había explicado que seguramente sus armas serían de poca utilidad contra el gigante, Sonia les había convencido que por lo menos deberían darle la oportunidad de usar sus revólveres contra esa bestia. Su confianza en las armas era ciega. Si alguien podía acabar con Grendel, esos serían sus pequeños.

La idea era que los gemelos y Slash distrajeran al enorme bruto mientras ella se colocaba en una buena posición para disparar. El capitán Y Bullseye se quedarían con los magos hasta que necesitasen su ayuda, que sería inmediatamente si los revólveres fallaban.

Después de repasar una vez más el plan, y pese a las críticas de Érica sobre su efectividad, el grupo entró en la cueva muy despacio.

Nada más entrar pudieron notar el olor fétido que reinaba allí. Eso le extrañó bastante a la bruja, ya que los gigantes, a diferencia de los ogros y orcos, solían ser bastante limpios y aseados. Por todas partes había restos de comida medio putrefacta mezclada con objetos y ropa. El desorden reinaba en todas partes. Parte del enorme mobiliario del gigante estaba destrozado como si hubiese habido una gran lucha en aquel sitio con anterioridad. El cerebro de Érica iba atando los cabos sueltos.

Mientras seguían adentrándose por el túnel, empezaron a ver una cierta luminosidad que emanaba de la parte más profunda de la cueva. El brillo provenía de un gran fuego. Markus se fijó que a pesar de las grandes llamas, no había nada de humo dentro del recinto. Seguramente que algún tipo de chimenea debería llevarlo hasta afuera.

Al lado del fuego, sentado en una gran silla de madera que parecía haberse salvado de la destrucción en la que se encontraban el resto del mobiliario de la cueva, estaba el gigante Grendel. Tenía en la mano una gran jarra de cerveza de la que bebía lentamente sin levantar la vista de la enorme hoguera. Parecía sumido en negros pensamientos por la mirada de odio que reflejaba su cara.

—Este tipo está de un humor de perros. Si mis revólveres no acaban con él, las cosas se van a poner realmente feas —pensó Sonia mientras apretaba con fuerza las culatas de las armas bajo la capa de los Invisibles.

Cada vez estaban más cerca de él, pero el gigante parecía estar hecho de piedra. Solo su brazo subía de vez en cuando para llevarse la enorme jarra a la boca.

De vez en cuando podían oír alguna maldición entre los murmullos que salían de su boca. Estaba hablando consigo mismo.

—¡Malditos brujos! —le escucharon decir entre dientes. —Piensan que solo soy el chico de los recados — continuó con su soliloquio.

Ahora solo estaban a una docena de metros de distancia de la enorme mole que era Grendel. Tomaron sus posiciones de ataque tal y como habían planeado. El sudor de sus manos hacía que la empuñadura de sus armas estuviese resbaladiza. MalaPata se las secó en el polvoriento pantalón para evitar que se le cayese el sable en el momento más inoportuno, como le había sucedido cientos de veces debido a su maldición.

Había llegado el momento. Todas las miradas estaban fijas en Sonia, que

sacó una mano de la capa del Invisible para dar la señal de ataque. Levantó la mano lentamente. Empezó la cuenta atrás con los dedos. Tres, dos,...

La voz de Grendel los dejó paralizados en sus puestos. Sonia todavía tenía la mano levantada mostrando dos de sus dedos.

—¿Parece que vuestra pequeña emboscada ha salido bien? ¿no? —preguntó el gigante en una voz baja pero malhumorada.

Los miembros del grupo no sabían que decir. ¿Les había descubierto el gigante antes de que pudieran atacarle? ¿Cómo era eso posible?

—Esos malditos brujos siempre se salen con la suya, ¿no es verdad? —continuó hablando Grendel. Su voz denotaba que había bebido unas cuantas cervezas.

—¡Espero que por lo menos hayáis acabado con ellos rápidamente y sin dolor, malditos asesinos! —rugió el gigante mientras hacía estallar la jarra contra el centro de la hoguera mandando trozos de madera incandescente por toda la sala. Su brillo iluminó a los miembros de la expedición mostrando sus sombras contra la pared de la cueva.

Érica comprendió inmediatamente lo que estaba pasando. El gigante pensaba que ellos eran el grupo de Invisibles que les habían tendido la emboscada en la jungla, y que ahora volvían a su guarida en la Fortaleza Carmesí después de haber cumplido su sangrienta misión. Seguramente los asesinos de la Hermandad utilizaban la Cueva del Olvido para entrar y salir de la fortaleza para seguir los designios de sus amos los brujos.

Al ver que los otros estaban paralizados sin saber qué hacer, ella tomó la iniciativa. Si su idea daba resultado quizás podrían atravesar la cueva sin tener que luchar después de todo.

Sin dudar se puso a caminar tan tranquilamente en dirección a la boca del túnel, de donde su tío les había indicado que salían los pasadizos que les darían acceso a la fortaleza. Con un gesto de la mano indicó a los demás que la siguieran, lo cual hicieron sin dudar, al darse cuenta de lo que estaba pasando.

Les faltaban unos cincuenta metros para llegar a la entrada del pasadizo cuando oyeron como Grendel se levantaba de la silla. Su cabeza casi tocaba el techo de la cueva.

El gigante se dio la vuelta para mirarles.

—Casi se me olvidaba que los perros rabiosos de los brujos son gente de pocas palabras, pero, ¡por lo menos deberíais tener la cortesía de contestar cuando se os habla! —les amenazó con un rugido.

El grupo se detuvo al ver que el gigante les estaba observando detenidamente mientras esperaba una respuesta.

Érica se dio la vuelta e intentando dar un tono más grave a su voz le contestó.

—Acaso debo recordarte que los asuntos de los Brujos no son de tu incumbencia criatura apestosa —le respondió con ira.

MalaPata se quedó blanco al escuchar la respuesta de la bruja. ¿Acaso se había vuelto loca?, ¿Cómo se le ocurre hablarle así a esa bestia de Grendel?

El gigante bajo su mirada como si acabase de recordar cuál era su sitio en aquella isla.

—Debéis perdonarme Maestro Invisible, creo que he debido tomar alguna cerveza de más. Por favor no le contéis nada de nuestra pequeña conversación a los amos los brujos —farfulló Grendel en una voz que era casi un susurro.

El truco de Érica había dado resultado.

—No temas, no les contaremos nada, tu secreto está a salvo con nosotros —le aseguró la bruja con su mejor imitación de un Maestro Invisible.

Acto seguido se dio la vuelta y continuó su camino hacia el pasadizo. El resto de la tripulación la siguió impresionados con su astucia.

Casi habían llegado a la entrada del túnel, cuando de repente, oyeron un ruido de algo que caía del cielo a toda velocidad. Su instinto les dijo que se agachasen y eso les salvó la vida.

En el momento en el que se tiraron al suelo una enorme piedra pasó por encima de sus cabezas y se estrelló contra la entrada del túnel con un enorme estruendo. Cuando la polvareda producida por el impacto se asentó nuestros amigos pudieron contemplar desesperados que la entrada al pasadizo estaba totalmente bloqueada.

Una enorme risa retumbó en la cueva.

—Habéis sido muy astutos humanos. Casi me habíais engañado haciéndome creer que erais la partida de caza de los Invisibles, que los brujos

mandaron para aniquilaros hace unos días, pero vuestras buenas intenciones os han traicionado —explicó Grendel divertido.

—Ningún miembro de los Invisibles les ocultaría nada a los brujos, les tienen demasiado miedo, así que cuando dijisteis que no le contaríais nada sobre nuestra pequeña charla, inmediatamente supe que erais unos impostores —aclaró satisfecho el gigante. Después de todo no era tan estúpido como los humanos pensaban.

La tripulación de los Malditos se puso en pie mientras se sacudían el polvo que les cubría de pies a cabeza.

Sonia les indicó con una leve indicación de la cabeza que se prepararan para luchar.

El gigante se aproximó haciendo retumbar el suelo con cada paso. En su mano llevaba una enorme maza de madera. Era el único recuerdo que le quedaba de su anterior vida en las Montañas Esmeralda. Estos malditos humanos iban a pagar por su mal humor.

Sin previo aviso Grendel descargó su maza en mitad del grupo, pero el ataque fue lo suficientemente lento como para que todos pudiesen ponerse a salvo y tomar las posiciones de lucha.

Los boomerang de Ying y Yang salieron disparados en dirección a la cabeza del gigante, que ni siquiera notó que le habían golpeado. Tuvieron el tiempo justo de recuperarlos antes de que la enorme maza se estrellase a pocos centímetros de sus cuerpos. Solo su gran agilidad, heredada de los monos de la jungla, les salvó la piel.

Mientras tanto Slash aprovechó el ataque de Grendel para descargar su hacha de combate en el enorme pie del gigante. El hacha se desintegró en mil pedazos por el impacto, dejando en el suelo a un sorprendido Slash.

—Esto no tiene buena pinta —sopesó Sonia mientras desfundaba sus revólveres. —No me falléis pequeños.

Evitó la maza de Grendel rodando por el suelo mientras esta pasaba rozándole la cabeza.

—¡Mira al pajarito bola de pelos! —le gritó Sonia poniéndose en pie a la vez que descargaba sus revólveres sobre el gigante. EL humo de la pólvora cegó a Sonia durante unos segundos. ¿Se habían encargado sus pequeños de aquella

maldita mole? Nunca antes había vaciado los dos cargadores contra un solo objetivo.

Cuando Sonia volvió a recuperar la vista tuvo el tiempo justo de saltar a un lado. Un enorme puño destrozó el suelo donde ella había estado hace solo unos segundos.

—Maldita sea. Los revólveres no le han hecho nada. A no ser que los magos usen sus poderes estamos acabados. Solo es cuestión de tiempo hasta que este monstruo afine la puntería y nos mande al infierno de los piratas —asumió con resignación.

Markus parecía haberle leído el pensamiento a Sonia, y empezó a levantar su varita con dirección al gigante cuando notó como la mano de su sobrina le sujetaba el brazo obligándole a volver a bajarlo.

Érica se levantó lentamente y bajando la capucha de su capa se dirigió al gigante.

—¡Grendel! —Gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Al oír su nombre el gigante se detuvo sorprendido. Nadie lo había usado desde que empezó a vivir en la Fortaleza Carmesí. Los malditos brujos siempre le llamaban lacayo, bruto o cosas así.

Con la curiosidad de un niño se acercó hasta la bruja para verla mejor. De todas formas nada tenía que temer de estos débiles humanos y sus ridículas armas.

—¿Cómo sabes mi nombre humana? —le preguntó el gigante.

—Se muchas cosas sobre ti Grendel. Sé que antes vivías en las Montañas Esmeralda. Sé que allí te trataban mal y se burlaban de ti. Sé que el brujo Orus te engañó para conseguir la Armadura Estigia. —le contestó Érica.

Grendel dejó su maza en el suelo.

—¿Cómo sabes todas esas cosas?.

—Eso ahora no importa —le respondió la bruja con firmeza. —Lo que importa es que los brujos se han estado aprovechando de ti y ahora tienes la oportunidad de vengarte de ellos. Cuando Orus se hizo con la armadura Estigia también se aseguró de que el hechizo que te daba tu fuerza extraordinaria desapareciera a los pocos días. Él sabía que tu clan te expulsaría. Orus es un ser

mezquino y maquiavélico. Desde el primer momento te engañó. Tú pensabas que él solo quería la armadura, pero lo que no sabías es que también quería hacerse con un gigante para usarle como herramienta para encontrar sus artefactos mágicos sin tener que mancharse las manos. Muy astutamente te puso en una posición en la que te verías obligado a buscar refugio. Seguro que hasta tuvo la amabilidad de decirte donde encontrarle si alguna vez tenías problemas, ¿me equivoco? —le preguntó Érica con seguridad.

Grendel estaba confuso. Se rascó la cabeza intentando recordar los días en que Orus había estado en las Montañas Esmeralda, los días que habían sido el principio del fin para el gigante. Ahora lo recordaba claramente. Orus le dijo en una de sus conversaciones nocturnas que si alguna vez necesitaba ayuda siempre podría ir a La Isla de las Tinieblas. Entonces había parecido la oferta de un amigo, pero después de escuchar a la humana estaba claro que había sido parte del plan de ese despreciable brujo para conseguir un servidor fiel dispuesto a hacer el trabajo sucio para él sin hacer demasiadas preguntas.

Ahora lo veía todo claro. Desde el primer momento el verdadero objetivo de Orus en las Montañas Esmeralda había sido hacerse con los servicios de un gigante. Qué mejor herramienta para encontrar los artefactos mágicos que aparecían de vez en cuando en la faz de la tierra. Un gigante con la voluntad de hierro y la fuerza de un titán a sus órdenes. Era el sueño de todo brujo.

Érica sabía que Grendel había comprendido la verdad. El gigante se desmoronó en el suelo.

—Todos estos años solo he sido un juguete en las manos de Orus. Siempre culpándome por haberme puesto en esta situación cuando el verdadero culpable era él. Tejió su telaraña de intrigas para conseguir lo que quería, y yo fui lo bastante estúpido como para caer en su trampa —se lamentó el gigante entre lágrimas.

Érica se acercó hasta Grendel que ahora lloraba desconsoladamente tras descubrir la farsa que había sido su vida. Ella le odiaba intensamente por lo que le había hecho a sus padres pero, no podía evitar sentir una gran pena por cómo se habían aprovechado de él.

—Quiero preguntarte una cosa —le dijo la bruja. —Hace diez años Orus te mandó al bosque de la Bruma para buscar una raíz de mandrágora, ¿Lo recuerdas? —le preguntó temblándole la voz.

—Necesito saber lo que pasó ese día.

—Cómo podía saber aquella humana todo eso sobre él, ¿sería también una bruja? —se preguntó Grendel mientras intentaba pensar con claridad. Pero ella no se había burlado del gigante. Le había hablado con amabilidad y respeto. Cosas que no había sentido en años. Además le había quitado la venda de mentiras que le cubría los ojos para ver la verdad sobre su existencia. Al menos le debía una respuesta.

—Lo que deseas saber ocurrió como bien dices hace unos diez años. Ese miserable de Orus me mandó a buscar una raíz de mandrágora. Zarpé con el barco de la Hermandad, el *Perdición*, con destino a los Acantilados de la Bruma. Para entonces los brujos se habían encargado de difundir rumores e historias sobre mí para que la gente pensara que era un monstruo sediento de sangre. Ellos pensaban que si la gente me temía se alejarían de mí, facilitando mis búsquedas. Se inventaron todo tipo de historias en las que yo devoraba a mis enemigos, y luego dejaba sus huesos pudrirse sobre la cubierta del barco. Todo eran mentiras. Para mi desgracia siempre he sido un miembro de mi especie diferente a los demás. Nunca me ha gustado la violencia demasiado. Y si antes os he atacado solo ha sido por miedo a lo que me harían los brujos si os dejaba pasar —explicó apenado.

—La cosa es que para cuando llegué la Hermandad había hecho correr la voz de que yo había sido visto en el bosque de la Bruma, así se aseguraban de que nadie me molestaría en la búsqueda de la raíz. Por una vez estaba tranquilo, andando en el bosque alejado de los brujos que no hacían más que darme órdenes. No había sentido una felicidad así en meses. Sin saber porque, me puse a cantar una vieja canción de mi clan mientras daba palmadas al son de la música. Recordar mi tierra me llenó de alegría. De repente me quedé parado al ver que dos humanos me observaban con los ojos como platos. Llevaban una cesta de la que sobresalía la raíz que yo había ido a buscar. Al verme intentaron salir huyendo, pero en dos zancadas les corté el paso. Se dieron la vuelta y escaparon hacia la única salida que les quedaba. El borde del Precipicio de la Bruma.

—¡Deteneos!, les grité. Sabía que si no hacía algo pronto aquello acabaría mal.

—No os voy a hacer nada. Les dije para tranquilizarles. Ellos se abrazaban mirándome nerviosos a la vez que echaban unos vistazos inciertos al precipicio que estaba a sus espaldas. Estaba claro que estaban barajando las posibilidades de sobrevivir a la caída. Quizás pensaban que eso sería siempre mejor que ser

devorados por el sanguinario Grendel. La Hermandad había hecho sus deberes con matrícula de honor difundiendo sus mentiras sobre mí.

Érica le miraba sin poder reprimir la emoción al escuchar la verdad sobre lo que había pasado aquel trágico día.

—Sabía que debía contarles la verdad o sino saltarían al vacío, y con ellos la raíz de mandrágora. Eso me convertiría en un asesino y además desencadenaría la ira de Orus sobre mí al perder el objeto que codiciaba. No tenía otra opción, así que con las manos abiertas en son de paz les expliqué que todas las historias que me catalogaban como un monstruo sediento de sangre eran falsas. Les dije que trabajaba para la Hermandad y que me habían mandado a por la raíz que ellos tenían en su cesto, y que si no volvía con ella, los Brujos me castigarían con su magia causándome torturas horribles.

—Al oír esto la mujer pareció perder todo su miedo. Se acercó a mí y me dijo.

—Si el evitar que sufras está en nuestras manos, ten por seguro que lo haremos, seas quien seas. Y con un gesto me entregó la cesta.

Érica derramó una lágrima al escuchar lo que decía Grendel. Su madre siempre había tenido un corazón de oro. Cualquier criatura que sufriese en el bosque siempre encontraba consuelo en ella.

—Fue en ese momento cuando dos de los Invisibles aparecieron detrás de mí. Se me había olvidado que la Hermandad los había mandado conmigo en el *Perdición* por si les necesitaba. Pensaba que se habían quedado en el barco, pero estaba claro que estaba equivocado. Se acercaron lentamente escondidos bajo sus capas de camuflaje, y aunque eran casi invisibles a la vista, mi olfato les detectó inmediatamente. Me maldije internamente al darme cuenta que contándoles la verdad a estos dos humanos había firmado sus sentencia de muerte. La Hermandad jamás dejaría que nadie supiese la verdad sobre mí, ya que eso haría que su campaña de mentiras para propagar el miedo en las islas del Caribe habría sido en vano. Y si había algo que la Hermandad odiaba sobre todas las cosas era perder.

—Vi relucir los cuchillos debajo de las capas — continuó el gigante.

Érica se llevó las manos a la cara. No estaba segura de querer seguir escuchando. En ese momento notó que MalaPata la abrazaba por el hombro intentando darle ánimos.

—En un segundo todo había quedado decidido. Los Invisibles saltaron hacia delante para acabar con la pareja. En sus ojos pude ver el miedo al descubrir a los asesinos que ahora se abalanzaban hacia ellos con sangre en su mirada. Mi decisión estaba tomada. No iba a dejar que acabaran con las primeras personas que me habían tratado con dignidad. Bajé mi mano con la palma de la mano abierta formando una barrera entre la pareja y los asesinos. Sus cuchillos se desintegraron en mil pedazos al chocar contra mi piel. Aún recuerdo su mirada de asombro por lo que había hecho. Uno de ellos comenzó a gritarme enfurecido.

—¡Maldito bruto! ¿Por qué has hecho eso? Cuando volvamos a la Isla de las Tinieblas el maestro Orus te arrancará la piel a tiras por tu insubordinación.

—Su amenaza hizo que mi siguiente decisión fuese más fácil de tomar. Aunque odio la violencia, si lo que está en juego es mi piel, sé que debo hacer para salvarla — les comentó Grendel.

—Así que, mientras los Invisibles todavía estaban intentando subir por encima de la mano que estaba usando para proteger a la pareja de humanos, usé la otra para aplastarlos dando una gran palmada. La fuerza del golpe hizo que los humanos cayesen hacia atrás inconscientes.

Érica no podía creer lo que acababa de escuchar. Así que todos estos años pensando que esta criatura había matado a sus padres y resulta que en realidad les había salvado la vida. Pero si era así, —¿Por qué no regresaron jamás a casa? —se preguntó la bruja angustiada.

Grendel continuó con la historia.

—Con los humanos desmayados tuve un poco de tiempo para pensar. Si les dejaba allí y volvían a su casa seguramente le contarían lo que allí había pasado a alguien tarde o temprano. Esto llegaría a los oídos de la Hermandad y mandarían a los Invisibles para acabar con ellos, y lo que era peor, Orus descubriría mi mentira y sufriría en mis propias carnes la ira del malvado brujo. No me quedaba más remedio por la seguridad de los humanos y la mía propia que llevárselos con él. Pero claro, no podía llevarles a la isla de la Tinieblas. Eso sería su fin. Solo me quedaba una opción.

—¿Qué opción?, ¡responde! —le gritó Érica mientras le daba puñetazos en el brazo que el gigante ni siquiera notaba.—¿Qué hiciste con mis padres?!

Ahora estaba claro el interés de la humana en saber lo que había pasado ese

día.

—¿Así que tú eres la hija de los de Vonn? —le preguntó Grendel sorprendido.

—Así es — le contestó Érica orgullosa.— ¿Pero cómo conoces nuestro apellido?

—Durante la travesía de vuelta a la Isla de las Tinieblas los de Vonn y yo tuvimos tiempo para hablar. Les expliqué por qué me los había llevado conmigo. Al principio se mostraron furiosos, pero cuando se dieron cuenta de que los Invisibles no solo acabarían con ellos, sino con toda su familia la cosa cambió. Me contaron que tenían una hija pequeña, Érica. Y que si debían sacrificarse para que ella estuviese a salvo lo harían con gusto. Les conté que solo había un sitio donde estarían seguros fuera del alcance de la Hermandad.

—¿Dónde? —le imploró Érica.

—El Refugio de los Olvidados en el Mar de los Sargazos. En pleno centro del Triángulo de las Bermudas —fue la respuesta de Grendel.

La bruja se quedó paralizada. Sus padres estaban vivos. No lo podía creer. Ahora las lágrimas no paraban de caerle por el rostro. Temblaba descontroladamente mientras MalaPata la abrazaba para calmarla. Saber que sus padres se habían sacrificado para salvar su vida, había liberado todas las lágrimas que había guardado durante años.

Markus tampoco podía creer el relato que acababa de escuchar. Había intentado buscar por todos los medios posibles alguna pista del paradero de su hermano Charles y de su mujer Eda, pero había sido imposible dar con ellos. Ahora entendía el porqué. El único lugar de la tierra donde la magia no tenía ningún efecto era en el Triángulo de las Bermudas, y allí precisamente era donde se encontraba el mar de los Sargazos. El gigante había elegido el sitio perfecto para que la magia de la Hermandad no pudiera localizar jamás a los padres de Érica. Markus empezaba a pensar que Grendel debía ser el gigante más astuto del mundo.

Cuando Érica se recuperó de todas las emociones de escuchar la historia del gigante, se acercó hasta él y le miró a los ojos y le dijo.

—Querido Grendel, desde el fondo de mi corazón te doy las gracias por haber salvado a mis padres aquel día en el acantilado, y por haberles puesto a salvo de las garras de la Hermandad. Todos estos años he vivido engañada

queriendo vengarme de ti, pensando que tú habías sido la causa de su muerte, y por ello te pido perdón.

Tras decirle esto Érica le ofreció su mano en son de paz. El gigante le ofreció su dedo para que se lo estrechase.

MalaPata se acercó hasta Érica. Sabía lo que esto significaba para la bruja y quería hacer algo para pagarle la gran deuda que tenía con ella.

—En cuanto terminemos con nuestra misión prometo ayudarte a buscar a tus padres. Los encontraremos aunque tenga que ir hasta lo más profundo del triángulo de las Bermudas. Palabra de pirata —asintió firmemente.

Ella le dio un fugaz besó en la boca para darle las gracias y se alejó de su lado para hablar con su tío.

MalaPata se había quedado como hipnotizado. No se movía. Sonia se acercó para preguntarle si se encontraba bien pensando que estaba en estado de shock después de la lucha, pero ante la falta de respuesta y viendo que respiraba se alejó negando con la cabeza.

26. La Fortaleza Carmesí

Grendel despejó las piedras que bloqueaban el pasadizo en un abrir y cerrar de ojos. Desplazaba los enormes bloques como si fuesen de papel.

—Gracias por tu ayuda —le dijo Érica una vez más, emocionada.

—No hay porque darlas, gracias a vosotros mi vida vuelve a tener sentido —respondió el gigante. —Intentaré ayudaros como pueda en vuestra lucha contra la Hermandad. Soy demasiado grande para entrar por los túneles, pero escalaré el muro exterior de la fortaleza e intentaré crear un gran alboroto en la entrada principal para atraer a la mayor cantidad posible de brujos y de Invisibles. De esta manera el camino estará más despejado para vosotros —les explicó Grendel con un brillo de emoción en sus ojos que no había estado allí en años.

Los Malditos unidos a nuestros amigos los magos y a MalaPata se adentraron en el oscuro pasadizo que debía llevarles hasta las entrañas de la Fortaleza Carmesí. Todos confiaban en que Markus recordara hacia donde iba cada túnel. Él les explicó que los había recorrido de arriba a abajo en los dos años que estuvo estudiando en la isla, y que los conocía como la palma de su mano, pero las dudas empezaron asaltar a los miembros de la expedición cuando tuvieron que hacer marcha atrás en un par de ocasiones porque el túnel que había elegido Markus, terminaba en un callejón sin salida.

—Me temo que con la edad mi memoria no es lo que era —replicó afligido el mago.

—No te preocupes Markus, tómate el tiempo que necesites para encontrar el camino correcto —le contestó MalaPata intentando tranquilizarle.

Por su propia experiencia con su mala fortuna, sabía de sobra que si algo te sale mal y te pones nervioso, lo único que logras es que todo te salga aun peor.

Pero Sonia le echó una mirada de reproche al pirata dándose cuenta que si algo no les sobraba, era el tiempo. Por un lado Grendel debía estar de camino a la entrada principal de la fortaleza dispuesto a hacer pagar a los brujos por sus

años de mentiras, y por otro sus antorchas estaban empezando a consumirse rápidamente. Según sus cálculos les quedaban unos quince minutos de luz.

—Estoy seguro que el túnel principal nos debería llevar por debajo de las murallas hasta el patio central, y de allí se bifurca en tres túneles, cada uno dando acceso a una zona del castillo.— Se dijo Markus con los ojos cerrados mientras se masajeaba el cráneo para ayudar el riego sanguíneo en su cerebro. — Uno va hacia las mazmorras. El otro hacia las cocinas y establos, y el tercero debería ascender hasta la sala de reuniones del Consejo Supremo de los brujos —les explicó lentamente, como si le costase físicamente extraer las memorias de sus cerebro.

—Suro y yo nos ocultábamos muchas veces allí para estudiar tranquilamente, ya que solo se usaba para ocasiones especiales, y siempre solía estar vacío —una sonrisa amarga iluminó la cara de Markus al recordar a su viejo compañero de aventuras y estudios en la Isla de las Tinieblas de tantos años atrás.

—¿Qué habrá sido de él? —se preguntó el mago ahora que las memorias de su pasada estancia volvían con fuerza al recorrer los mismos lugares de hacía tanto tiempo.

—Por lo tanto el túnel que necesitamos seguir tiene que ser el único que tenga una pendiente ascendente, ya que la sala en la que está el amuleto del Dragón de Jade está en las estancias más elevadas de la fortaleza —afirmó el mago Salazar convencido.

—Adelante amigos —les animó el mago, mientras se introducía en el pasadizo de la derecha con decisión.

Al poco rato notaron que el estrecho túnel iniciaba una ligera pendiente hasta terminar en una robusta puerta de madera de roble llena de polvo y telarañas. Intentaron abrirla pero estaba cerrada con llave.

—Si ustedes me permiten —dijo el capitán abriéndose paso entre los miembros del grupo hasta llegar a la puerta.

—No es por presumir, pero soy todo un maestro de la ganzúa. Estos últimos diez años han sido bastante duros, y he tenido que buscarme la vida como he podido. A veces si la suerte no está de tu parte hay que agudizar el ingenio para ganarse el pan — les comentó con un guiño. —Todavía no he encontrado una puerta que se me resista —añadió seguro de sí mismo, intentando impresionar a

Érica.

Veinte minutos y un montón de maldiciones después, un capitán MalaPata envuelto en sudor se daba por vencido.

—No lo entiendo —exclamó malhumorado, —esto no me había pasado nunca antes.

—No te preocupes capitán, Quizás sea la poción que está afectando a tus habilidades físicas — le contestó Érica intentando consolarle, aunque sabía que eso era imposible, ya que la poción solo afectaba las habilidades emocionales.

—Déjame que lo intente yo, quizás pueda abrirla con mi horquilla del pelo —añadió la bruja humildemente.

Un minuto más la cerradura emitió un pequeño crujido y la puerta se abrió ruidosamente por el óxido depositado con los años en sus bisagras.

—Debe haber sido la suerte del principiante — comentó Érica, intentando aparentar sorpresa por la rapidez con la que había abierto la puerta.

—Me parece que todavía hay muchas cosas que esta chica no me ha contado sobre sí misma —se dijo pensativo MalaPata.

Detrás de la puerta había una escalera de caracol que subía por un estrecho torreón. El ascenso parecía interminable. El capitán comentó por tercera vez que parecía que llevaban varias horas subiendo, pero Sonia le informó, muy diligentemente, que solo llevaban diez minutos y que dejara de quejarse de una vez si no quería sentir la calidad de la piel de sus botas en el trasero. Tras ese comentario todos guardaron silencio mientras ascendían.

Unos minutos más tarde llegaron a un rellano en el que había otra puerta. Esta vez el capitán, con la lección anteriormente aprendida, le hizo un gesto a Érica para que la abriera.

—Las señoritas primero —replicó cortésmente en tono de burla.

Ella aceptó el gesto y al igual que antes la cerradura fue derrotada en cuestión de minutos.

—Un día de estos me va a tener que explicar un par de cosas señorita De Vonn —le pidió el capitán intrigado.

—Si salimos de esta estaré encantada de hacerlo — le contestó la bruja con un guiño.

El mago Salazar les hizo un gesto para que guardaran silencio. El tiempo de las bromas se había acabado. Estaban en la parte más profunda de la guarida de la Hermandad, y si eran descubiertos lo pagarían con sus vidas. La Hermandad no perdonaba a los intrusos.

Tomando la iniciativa el mago cruzo el umbral de la puerta. Si recordaba correctamente debía estar cubierta por un gran tapiz que colgaba del muro como si fuese un cuadro para mantener la entrada oculta de los ojos de los sirvientes. Aquella puerta era la salida de emergencia que los brujos debían usar si alguna vez tenían la necesidad de huir de la Fortaleza Carmesí sin ser vistos por sus enemigos. Pero el polvo y las telarañas eran testigos indudables de que nadie había logrado, todavía, asustar lo suficiente a los miembros de la Hermandad como para que hubiesen tenido que hacer uso de aquella escapatoria.

El tapiz ocultaba a Markus que lo levantó ligeramente para echar un vistazo. La Sala del Consejo estaba completamente vacía. Todo estaba como él lo recordaba tantos años atrás. La gran mesa de piedra en forma de círculo. Las butacas talladas con figuras mitológicas representando los cuatro elementos del mundo natural. Poseidón, el rey del mar representando al agua. Hefestos, en su forja manipulando el fuego. Eolo, soplando desde los cielos el aire, y finalmente Gea representaba a la Madre Tierra. Cada una pertenecía a uno de los miembros del Consejo Supremo de los Brujos. A parte del mobiliario el resto de la decoración era muy espartana, solo unas cuantas armaduras rodeaban la habitación a modo de decoración.

El resto del equipo emergió de detrás del tapiz, una vez que Markus les indicó que no había moros en la costa.

—Así que esta es la gran sala de reuniones de los brujos —asintió Sonia poco impresionada. Yo personalmente la hubiese decorado de otra manera, añadió con una carcajada.

—¡Shhh! —le mandó callar Markus empezando a perder la paciencia.

—Creo que no os dais cuenta de lo delicada que es nuestra situación —dijo el mago enfadado. —Si nos encuentran aquí nos matarán sin hacer preguntas.

Nada más decir eso, se escuchó un ruido de gente corriendo por el pasillo que daba a la puerta principal de la sala.

—Maldición, nos han descubierto —pensó el capitán mientras hacia un gesto para desenfundar su sable.

Pero tan rápido como los pasos habían aparecido, desaparecieron en la lejanía. Estaba claro que por los gritos y carreras que podían oír, los ocupantes de la fortaleza estaban en estado de alarma.

El silencio había vuelto a la Sala del Consejo. No se escuchaba ni el vuelo de una mosca, hasta que de repente, un enorme estruendo les hizo pegar un brinco asustados.

—Parece que Grendel acaba de comenzar la fiesta —comentó Sonia divertida. —Y por los ruidos que hemos escuchado antes, debe de haber montones de invitados. Es una verdadera pena que nosotros no podamos asistir —añadió con una mueca mientras acariciaba las culatas de sus revólveres y se relamía el labio como una hiena hambrienta.

EL mago Salazar pareció relajarse un poco con las noticias.

—Entonces no seamos unos desagradecidos y aprovechemos el valioso tiempo que nuestro amigo el gigante nos ha regalado, solo espero que no le cueste la vida.

Después de todo, Grendel había salvado la vida de su hermano y de su cuñada a la vez que había protegido indirectamente la vida de Érica. Realmente le debía mucho.

—No te preocupes tío — le aseguró la bruja leyéndole el pensamiento. — Los gigantes tienen la piel muy dura, y son muy resistentes a la magia. Seguro que nos volveremos a encontrar con Grendel muy pronto.

Markus sonrió agradecido. Dio un pequeño resoplido y se remango un poco los brazos para tener una mayor movilidad.

—Es hora de coger el amuleto y salir disparados de aquí, mientras aún tenemos tiempo.—ordenó al resto del grupo mientras les miraba.

—¿Pero dónde está el amuleto?,— preguntó MalaPata. —A parte de la mesa, las sillas y esas viejas armaduras aquí no hay nada más —comentó preocupado.

Markus esbozó una pequeña sonrisa.

—La Hermandad no va a poner a la vista su amuleto más poderoso para que el primero que llegue decida llevárselo, ¿no crees?, querido capitán —le respondió el mago.

—Os voy a contar un pequeño secreto que hoy nos va a ser muy útil — comentó Markus Salazar misteriosamente.

—Un día en el que Suro y yo estábamos estudiando en esta sala hace muchos años. Escuchamos unos pasos que se acercaban apresuradamente. Podéis imaginaros el tremendo susto que nos llevamos al oír la llave en la cerradura de la puerta principal de la Sala del Consejo. De un salto nos ocultamos detrás del tapiz. Si nos pillaban allí, el castigo hubiera sido ejemplar, quizás no veríamos el sol de otro amanecer —añadió con emoción Markus.

—Era el Gran Maestro de la Hermandad. El jefe del Consejo Supremo. Entró rápidamente y cerró la puerta con llave. Nosotros estábamos temblando como un par de conejos asustados, pero nuestra curiosidad era demasiada como para no mirar lo que estaba haciendo. El Gran Maestro se sentó pesadamente en su silla. Parecía estar meditando intensamente alguna decisión que debía tomar. De repente, se levantó y poniendo las manos sobre la gran mesa de piedra dijo.

—¡Oculus Arcanum!

—Antes nuestros asombrados ojos la parte central de la mesa se abrió y de ella empezó a elevarse un objeto que emitía un enorme brillo de color verde. Esa fue la primera y última vez que vi el amuleto del Dragón de Jade.

—El Gran Maestro cogió el talismán y se lo guardó en el bolsillo. Se paró unos segundos como reflexionando sobre lo que iba a hacer y volvió a salir tan rápidamente como había entrado. Suro y yo no podíamos creer lo que habíamos visto. Un escondite secreto en la mesa del consejo. Increíble. De todas formas, no queriendo tentar a la suerte otra vez, no volvimos a la sala por si nos pillaban dentro, así que no tuvimos la oportunidad de probar el hechizo que abría el escondite. Unos días después nos llamaron para afrontar la prueba final, y el resto de la historia ya la conocéis —concluyó el mago bajando la cabeza.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando mago Salazar? —dijo Bullseye impaciente.

Markus Salazar se acercó hasta la gran mesa de piedra. Toda la superficie estaba grabada con antiguas runas de alguna civilización desaparecida hace muchos siglos. Markus siempre había pensado que era un artefacto mágico perteneciente a los Atlantes. Quizás algún día podría estudiarla con detenimiento, pero ese día no sería hoy.

Acarició las líneas de piedra lentamente mientras ponía ambas manos sobre

la tapa. Cerró los ojos y pronunció lentamente el encantamiento.

—¡Oculus Arcanum!

La tensión en la sala se podía cortar con un cuchillo. Todos estaban expectantes. Por fin podrían hacerse con el codiciado amuleto bajo las mismas narices de la Hermandad.

La parte central de la mesa empezó a abrirse con un leve crujido. Markus se abalanzó para sacar el amuleto. Extendió su mano para apoderarse de él, pero esta quedó detenida en mitad del aire.

MalaPata estaba justo detrás él y no podía ver lo que pasaba. Con un rápido movimiento se puso a su lado. Ahora entendía porque el mago se había parado repentinamente.

El escondite secreto estaba vacío.

27. El traidor

Todos estaban atónitos sin poder creer que todos sus esfuerzos habían sido en balde. El maldito escondite donde se suponía que debía estar el amuleto estaba vacío.

Una voz les despertó de su trance dándoles un tremendo sobresalto.

—¿Acaso buscabais esto?

Todos se dieron la vuelta para ver a la persona que acababa de hablar.

Delante de la puerta principal estaba Orus, sonriendo mientras sujetaba en su mano el amuleto del Dragón de Jade. A ambos lados se podían ver las formas de las capas de camuflaje que ocultaban a una decena de Invisibles.

La experiencia de los Malditos en estas situaciones hizo que se lanzaran a toda velocidad hacia el tapiz que ocultaba la salida secreta por la que habían entrado. Orus fue aún más rápido. Trazó un símbolo con la mano que sujetaba el amuleto y las armaduras que decoraban la habitación cobraron vida inesperadamente, bloqueando el paso hasta la puerta de salida.

—¡Maldición! —exclamó Sonia viendo como las esperanzas de escapar se evaporaban en el aire. —¡Por lo menos venderemos caras nuestras vidas! —gritó mientras sacaba sus revólveres.

EL resto de los Malditos reaccionó de la misma manera al ver a su jefa prepararse para la lucha. Al menos se llevarían por delante la mayor cantidad posible de esos payasos con capas, y con un poco de suerte al brujo que les mandaba.

Por desgracia las armaduras tenían otros planes para ellos. Al girarse para enfrentarse a los Invisibles cada una de las armaduras atrapó en un fuerte abrazo metálico a un miembro de la tripulación de los Malditos. Intentaron forcejear con sus captores de metal, pero estos solo incrementaron la fuerza de su abrazo hasta que la presión era tal que, apenas podían respirar. Sus armas cayeron al suelo con un gran estruendo. Por su parte el capitán MalaPata, Érica y Markus seguían libres. Por lo visto las armaduras solo actuaban si percibían una amenaza

hacia su amo, el brujo Orus. Cuando los Malditos dejaron de forcejear las armaduras abrieron sus brazos de nuevo dejándoles libres pero desarmados.

La voz de Orus volvió a romper el silencio.

—Cuantos años sin verte viejo amigo. Me alegra que te hayas decidido a hacerme una visita. Pero a la vez estoy un poco triste al ver que, no solo has venido sin avisar, sino que además traes contigo a una banda de indeseables, y lo peor de todo. Pensabas irte sin despedirte y llevándote mi tesoro más preciado —añadió el brujo mientras miraba el amuleto del Dragón de Jade y sacudía la cabeza mostrando su falsa pena.

—Veo que tus modales no han mejorado con los años, querido Markus.

Markus parecía confuso. Se ajustó sus gafas y miró intensamente a Orus.

Esos ojos, la forma de la nariz. La cicatriz en la cara producida durante su último encuentro. Markus no podía creer lo que estaba viendo, pero estaba claro que la persona que estaba delante de él era su antiguo camarada, Suro Rodiam. Como había podido ser tan estúpido y no darse cuenta antes. Suro se leía al revés Orus. Ahora recordaba cómo le gustaban a su antiguo amigo los palíndromos, las palabras y frases que se leen al revés. Era su pequeño hobby en los escasos momentos de descanso que tenían mientras estudiaban.

—¡Ah!, veo por la expresión de tu cara que me has reconocido. Entiendo que te haya costado un poco, ya no soy el joven que dejaste tirado en el suelo con una gran quemadura en la cara, aunque me quedó este bonito recuerdo de aquel día —añadió mientras se acariciaba la áspera piel de la cicatriz que le cruzaba el rostro. —No, ahora soy el Gran Maestro del Consejo Supremo de la Hermandad de la Isla de las Tinieblas.

—Me imagino que estarás sorprendido de verme con vida otra vez, ya que ambos sabemos perfectamente que la Hermandad no tolera el fracaso, y como yo perdí nuestro combate, lo más normal del mundo es que hubiesen acabado conmigo allí mismo, pero gracias a ti, o más bien a tu huida, la Hermandad se quedó sin candidato para cubrir la plaza de brujo para la que nos habían estado formando durante dos años. Muy a su pesar, me perdonaron la vida y siguieron dándome el entrenamiento necesario para convertirme en brujo de la Hermandad. Pero no creas que fue fácil, no. Cada día me recordaban mi derrota. Sus burlas y castigos no hacían más que acrecentar mi odio hacia ti. Cada prueba que debía pasar, cada humillación que sufrí, solo eran etapas en un camino que un día sabía que me llevaría hasta concluir mi venganza. Y ese día ha llegado

hoy —concluyó el brujo saboreando su victoria.

—Y como premio adicional puedo acabar con tu querida sobrina de la que tanto he oído hablar. — continuó con una carcajada.

Al oír esto, MalaPata se interpuso entre ella y Orus intentando protegerla.

—¡Ah!, el capitán de opereta que se cruzó en mi camino hace diez años. Parece que todavía no has aprendido la lección de lo que les pasa a los que se enfrentan a mí. ¿Acaso no has tenido suficiente diversión con la maldición que te eché? — le preguntó Orus divertido. —Quizás esta vez te daré el mismo tratamiento que recibió el resto de tu tripulación. Seguro que sus cenizas todavía están flotando en el mar. —le recordó con una risotada.

MalaPata agarró su sable dispuesto a sacarlo rápidamente. Los Invisibles estaban preparados para saltar sobre él al menor gesto del pirata.

—Esto es tan divertido —comentó Orus con una mueca. —El valiente héroe dispuesto a defender a la desamparada heroína del malvado villano, que me imagino soy yo. Vamos, una típica opereta de lo más común —la risa de Orus era atronadora.

Ahora la que habló fue Érica, que volvió a ponerse delante del capitán para su gran asombro.

—Me temo que tu guion de teatro barato se te va a atragantar, ya que esta heroína desamparada va a liquidarte sin miramientos.— Y diciendo esto sacó rápidamente su varita lanzando un rayo azulado hacia Orus. Un escudo verde surgió de la mano que sujetaba el amuleto haciendo que su rayo saliera reflejado hacia el Invisible que estaba a la derecha de Orus. La capa que le cubría cayó al suelo dejando ver un montón de polvo en el suelo.

MalaPata recordó como Orus había hecho algo similar a uno de sus hombres la primera vez que se encontraron, y se le pusieron los pelos de punta al comprobar que Érica no era la débil huérfana que él imaginaba.

Érica volvió a apuntar su varita hacia el brujo, pero antes de que pudiera lanzar su hechizo, una pesada mano le golpeo en la nuca dejándola inconsciente.

—¡Como te atreves, maldito cobarde! —bramó MalaPata mientras se giraba para hacer frente al agresor.

Su cara de ira se tornó en sorpresa cuando vio que la persona que había dejado fuera de combate a Érica no era otro que Bullseye.

—¿Estás loco? ¿Por qué has hecho eso?! —le pregunto loco de furia.

Bullseye le respondió con un tremendo puñetazo en la cara que lo mando rodando por el suelo.

—No sabes la cantidad de tiempo que llevo queriendo hacer eso —dijo fríamente el pitara frotándose el puño enrojecido.

Orus miraba la escena satisfecho. Bullseye cruzó la sala y se paró justo al lado del brujo, donde se dio la vuelta para observar al resto de los Malditos.

—Vamos chicos, no pongáis esa cara — les comentó Bullseye divertido. — Vosotros seguramente hubieseis hecho lo mismo que yo si os hubiesen ofrecido lo que a mí.

Sonia empezaba a comprender, mientras que el resto de los Malditos todavía estaban procesando lo que acababa de pasar.

—¡Sucia lagartija traidora! —le escupió Sonia. —¡Pagarás por esto con tu vida, aunque sea lo último que haga! —le aseguró con una mirada asesina.

Estaba a punto de saltar para hacer su comentario realidad cuando la armadura que estaba inerte detrás de ella volvió a la vida sujetándola con una fuerza inhumana. Sonia intentaba liberarse del abrazo metálico, pero su adversario era demasiado fuerte. Tras unos segundos dejó de forcejear dándose cuenta que lo único que iba a conseguir era derrochar sus energías. Y probablemente las necesitaría más tarde si quería acabar con aquella rata traidora de Bullseye.

El resto de los Malditos miraron hacia sus armas con la intención de imitar a su jefa, pero una señal negativa de su cabeza les hizo abandonar la idea por el momento.

Sonia decidió ganar tiempo e intentar encontrar una manera de salir de aquella trampa diabólica en la que se habían metido como auténticos principiantes. Y la mejor forma para lograrlo era hacer hablar a su contrincante. Cuanto más estúpido, más bocazas solía ser, y ella conocía bien a Bullseye. Hablaría hasta que el infierno se congelase si le daban la oportunidad.

—¿Por qué nos has traicionado? ¿qué te ha podido ofrecer este brujo para que hayas vendido a tus compañeros? —le preguntó Sonia escupiendo en el suelo.

—¿Por dónde empezar?.., —respondió Bullseye.

El pez había mordido el anzuelo.

—Cuando el querido capitán MalaPata nos explicó el asunto del amuleto en la taberna, empecé a pensar que quizás habría alguna manera de sacar partido de esta aventura sin que me costase la vida. Como vosotros le dijisteis muy claramente, una cosa era enfrentarse a un gigante gruñón, pero otra cosa muy diferente era atacar a la Hermandad de los Brujos. Aunque lográramos el talismán, nos encontrarían y acabarían con nosotros uno a uno. A mí me gusta la fama tanto como a vosotros, pero prefiero disfrutar la mía mientras estoy vivo y coleando, no enterrado en una zanja —explicó con un guiño.

—Esa noche me decidí a contactar con la Hermandad por si estaban dispuestos a hacer un trato. Me fui hasta el Callejón Negro donde sabía que podría encontrar a alguno de los espías de la Hermandad. Ellos siempre tienen ojos y oídos en todas partes. Fingí estar borracho y empecé a contar un cuento absurdo sobre lugares desconocidos y objetos mágicos. No parecían muy interesados hasta que nombre al amuleto del Dragón de Jade, entonces la cosa cambio completamente. Uno de ellos me invitó a tomar un trago en su tienda de pociones. Allí me explicó que a lo mejor habría alguien interesado en saber algo más sobre ese amuleto, y que esperase en la trastienda a su amigo. Cinco minutos después mi amigo Orus apareció de la nada. —dijo Bullseye lanzándole una mirada un poco desconcertada. —Al principio fue un poco brusco, y tengo que decir que cuando le conté toda la historia sobre el amuleto y el capitán, no parecía muy interesado en mi ayuda. De hecho, creo mi querido amigo aquí presente estaba a punto de liquidarme. Y creo firmemente que lo hubiese hecho si no hubiese mencionado un nombre —el pirata hizo una pausa antes de continuar.

—Ese nombre fue el del mago Markus Salazar. Al capitán se le escapó cuando salía de la taberna y pensaba que nadie le escuchaba, pero como podéis ver, mi terrible vista se ha compensado con creces con una increíble capacidad auditiva —añadió Bullseye lentamente. —De repente todo cambió. Donde antes había habido una mueca asesina en la cara de Orus, ahora había una gran sonrisa. Como si de pronto fuésemos los mejores amigos del mundo. Pero yo no me chupo el dedo, así que le hice una propuesta bien clara al brujo. Le mantendría informado de los movimientos de la expedición a cambio de la armadura Estigia.

—No pongas esa cara tan sorprendida Sonia. Con estas gafas enormes que llevo deberías saber que me encanta leer. Y la historia del gigante Grendel ya la conocía antes de que la bella durmiente que está allí tirada nos la contara antes

de entrar en la cueva. Llevo años intentando conseguir esa armadura sin que lo sepáis, ya que con sus poderes de invulnerabilidad el robar tesoros y liquidar bestias mitológicas resultaría mucho más fácil. El problema está en que la armadura solo la puede llevar uno, así que a mí me sobraban cuatro miembros del grupo. La verdad es que desde pequeño nunca me ha gustado compartir nada —les explicó mientras reía.

—Así que una vez organizada la expedición, Orus me dio este broche de bronce con forma de ojo con el que podría seguir el avance de nuestro grupo en cada momento. También me dio un frasco con un líquido con el que rocié las velas del Gato Negro la noche antes de zarpar, para que apareciese el mensaje misterioso que todos pudisteis ver en alta mar. Todavía me parto de la risa al ver vuestras caras de sorpresa cuando apareció en las velas, para vuestro gran desconcierto.

—Orus sabía que eso haría aumentar la motivación del mago Salazar para ir hasta la Isla de las Tinieblas. Siempre dispuesto a luchar por una causa perdida. Realmente patético —añadió Bullseye.

—El resto fue fácil. Cuando Markus nos explicó la ruta que debíamos seguir, yo como navegador de la expedición me ocupé de que pasásemos por donde estaban las trampas que Orus nos había tendido para ir deshaciéndose de alguno de los miembros del equipo y así hacer su misión de acabar con el mago Salazar más sencilla, sin tener que ocuparse de tantos cabos sueltos al final de la operación, porque me temo que eso es lo que sois Malditos —les reconoció Bullseye. —Meros cabos sueltos que hay que atar.

—Por desgracia la emboscada de los Invisibles fue un desastre, y fuisteis capaces de acabar con ellos con demasiada facilidad, lo que hizo pensar a Orus que erais más peligrosos de lo que él pensaba inicialmente.

—El gigante también falló en acabar con la tripulación de los Malditos, y no solo eso, si no que se convirtió en vuestro aliado. Orus estaba furioso. Como me hizo saber con una enorme descarga eléctrica que me dio el broche espía. Logré tranquilizarle, al explicarle mentalmente, que una emboscada en la Sala del Consejo Supremo sería perfecta. Nadie escaparía de allí con vida, y finalmente podría desatar su venganza sobre el mago Salazar.

—Y aquí nos encontramos todos finalmente. Concluyó Bullseye. —Todas las piezas del tablero de ajedrez reunidas para darle jaque mate al mago Salazar, a su sobrina, al capitán y a su incompetente tripulación. Todo el lote completo —

diciendo esto se volvió para dirigirse al brujo.

—Bueno, querido Orus, yo he cumplido mi parte del trato —le confirmó el traidor girando la cabeza. —Es hora de que tú cumplas la tuya. Entrégame la armadura Estigia —pidió alargando la mano.

El brujo Orus pareció darse cuenta por primera vez de que Bullseye estaba hablando. Cerró los ojos y los volvió a abrir lentamente como si acabase de despertar de un sueño.

—Tienes toda la razón Bullseye. Has cumplido tu sucio trabajo a la perfección —le felicitó Orus con una sonrisa de hiena. —Lo justo, justo es. Aquí tienes el pago por tu traición —añadió mientras sacaba de debajo de su túnica un pequeño bulto que puso en el suelo mientras decía.

—¡Largus!

El montón del suelo empezó a crecer hasta alcanzar un tamaño normal. La armadura Estigia brillaba en el suelo casi tanto como los ojos de codicia de Bullseye. Después de todos estos años, por fin sería el poseedor de la fantástica armadura de leyenda.

Sin perder un instante se abalanzó sobre ella y comenzó a ponérsela rápidamente. Primero la cota de malla. Luego los guardabrazos, el peto, las hombreras y espaldas. En unos minutos el pirata se había transformado en un caballero de metal. Solo le quedaba por ponerse el casco o yelmo. Se inclinó hasta el suelo y cogiéndolo se lo llevó a la cabeza.

—Es hora de convertirme en una leyenda viviente, y para ello solo he tenido que traicionar a un atajo de inútiles como vosotros —exclamó dedicándoles una burlona sonrisa a sus ex-camaradas de la tripulación de los Malditos.

Al ponerse el casco, la armadura quedó completada. Un enorme resplandor la recubrió enteramente. Sus risas resonaban en el interior de la Armadura Estigia.

Bullseye se sentía el ser más poderoso del universo.

—Si no te importa querido Orus me gustaría probar los poderes de la armadura —le pidió al brujo. —¿Por qué no dejas que Sonia se dé el placer de vaciar sus revólveres contra mí? —preguntó divertido.

—Cómo desees pirata —y con un chasquido de sus dedos la armadura que

sujetaba a Sonia la dejó libre, y no se movió ni un milímetro cuando ella se agachó a recoger sus armas.

—¡Vas a lamentar haberme dado esta oportunidad asqueroso traidor! — gritó Sonia Cutlass mientras vaciaba sus dos revólveres sobre Bullseye con un enorme estruendo.

Las balas parecían ser absorbidas por el brillo de la armadura en cuanto entraban en contacto con el metal sin dejar ni siquiera una muesca en ella.

—Es imposible —murmuró Sonia con una mirada desesperada. —No le ha hecho nada. Ni siquiera un arañazo.

Bullseye reía dentro de la armadura. El eco de su voz sonaba apagado por el casco que llevaba, pero aun así lograron oír lo que decía.

—Parece que funciona a la perfección. Os deseo una muerte rápida e indolora queridos compañeros — añadió, mientras movía su brazo metálico en señal de despedida y se dirigía a la puerta dando unos sonoros pasos que resonaron en toda la sala.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo Gran Brujo Orus. Hasta la vista —se despidió del brujo mientras cogía el pomo de la puerta para salir. Pero de repente, el movimiento cesó.

—¿Qué demonios pasa aquí? —se preguntó el pirata. —No me puedo mover —se percató Bullseye mientras forcejeaba dentro de la armadura para mover su mano y lograr abrir la puerta.

El resto del grupo de la sala miraron intrigados a Bullseye, sin comprender por qué se había quedado parado como una estatua de sal, en vez de abandonar la sala con era su intención.

—¿A dónde crees que vas querido Bullseye? — preguntó Orus con una voz suave. —Es cierto que te prometí que te daría la armadura Estigia, pero nunca dije que te la podrías llevar de la Fortaleza Carmesí —añadió con una risotada infernal.

Bullseye no entendía nada. ¿Qué es lo que quería decir Orus con sus palabras?

En ese momento Sonia comprendió el significado del extraño discurso del brujo. Sabiendo que la armadura que estaba encargada de mantenerla prisionera estaba a la espera de nuevas órdenes, aprovechó para levantarle la visera del

casco.

Lo que vio dentro le hizo retroceder con horror y repugnancia. Dentro del casco había una calavera, que por su aspecto de descomposición, llevaba allí mucho tiempo.

—¡Ah! Sonia Cutlass, veo que has descubierto nuestro pequeño secreto — exclamó Orus. —Las armaduras que veis en esta sala son todas extremadamente poderosas, al igual que la que lleva el pobre Bullseye. Todas tienen ciertos poderes mágicos que las hacen extraordinariamente valiosas para la Hermandad. Pero solo tienen un pequeño problema. Para obtener su poder se alimentan de la fuerza vital de la persona que las lleva, por lo que después de un tiempo consumen completamente a su portador. Es un inconveniente bastante molesto que la Hermandad ha solucionado encontrando personas estúpidas y codiciosas como vuestro amigo Bullseye. La Hermandad les promete darles las armaduras a cambio de ciertos servicios, y luego mantenemos el encantamiento sobre la voluntad de las armaduras para que permanezcan aquí, como guardines del Consejo Supremo de la Hermandad —diciendo esto Orus volvió a chasquear sus dedos. La Armadura Estigia giró sobre sí misma y volvió sobre sus pasos para colocarse al lado del brujo como si fuese su guardaespaldas personal. Dentro todavía podían oír los apagados gritos de desesperación de Bullseye, que ahora sabía lo que le esperaba. Su codicia había sido su fin.

El capitán MalaPata se sobrecogió al pensar en el terrible destino que le esperaba al pirata. El precio que había pagado por su traición había sido terrible.

28. El Sol Negro

La voz de Orus volvió a resonar en la sala.

—Ahora que hemos acabado con los pequeños detalles, es hora de que nos concentremos en lo que nos ha traído hoy hasta aquí —comentó el brujo mirando al grupo formado por Markus Salazar, Érica y MalaPata.

—La destrucción del mago Salazar por crímenes cometidos contra la Hermandad. Y yo, como Maestre del Consejo Supremo, seré el encargado de llevar a cabo la ejecución.

MalaPata todavía estaba arrodillado al lado de Érica cuando notó que esta volvía a recuperar el sentido. Abrió los ojos aturdida por el golpe que le había propinado Bullseye en la nuca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella intentando levantarse a la vez que se llevaba una mano al lugar donde había sido golpeada. Tenía un gran chichón pero nada serio. El capitán ya se había cerciorado de eso con anterioridad.

MalaPata le hizo un rápido resumen de lo que había pasado desde que había perdido el conocimiento por el golpe. Érica clavó sus ojos en la armadura que estaba al lado de Orus. Y aunque era el culpable de que se encontraran en esta situación, no pudo hacer otra cosa que sentir pena por el pobre desgraciado que estaba allí, atrapado hasta el fin de sus días.

Orus seguía hablando.

—Cómo podéis ver no tenéis escapatoria posible. Entre las armaduras y los Invisibles estáis en inferioridad numérica. Y vosotros dos magos, no sois competencia para mi brujería unida al poder del amuleto del Dragón de Jade.

Markus estaba intentando encontrar una manera de escapar, pero su antiguo amigo Suro, alias Orus, lo tenía todo perfectamente planeado. Sus esbirros se ocuparían en un abrir y cerrar de ojos del resto de la tripulación de los Malditos y del capitán, mientras que él despacharía a Érica y a Markus con facilidad gracias al amuleto. —No tenemos ninguna opción de salir de allí con vida —lamentó el mago resignado.

Ahora todo el grupo estaba de pie en medio de la Sala del Consejo. Orus hizo un gesto y las armaduras volvieron a los lugares donde reposaban normalmente, incluida una nueva que se fue a un rincón emitiendo un tremendo aullido de horror, era la armadura Estigia con su desgraciado ocupante.

Los Invisibles se situaron detrás de su maestro el brujo supremo, como si se fuesen a proteger de algo. Orus se adelantó unos pasos y se puso delante del grupo del capitán MalaPata.

—Es hora de terminar con esto —sentenció Orus. —He soñado con este momento durante muchos años. Verte morir sufriendo, al igual que yo he sufrido todos estos años al ser tratado como un fracasado, como un segundón que debería haber muerto si tú te hubieses quedado para seguir el camino que la Hermandad había trazado para ti Markus. Pero hoy todo eso se acabó. Nadie volverá a insinuar nada una vez que termine contigo —dijo clavando una mirada de puro odio en su antiguo compañero.

—Es una pena que el resto del grupo tenga que sufrir tu misma suerte, por el hecho de que hayas decidido traerlos contigo, pero eso hará que tu derrota sea aún mayor al ver como pagan por tus pecados las personas que amas.— Rio burlonamente.

Markus apretó los puños pensando que hacer para salvarlos de lo que Orus les tenía reservado, pero no encontraba la solución. Érica con su mirada quería decirle que no era culpa suya, y que todos estaban aquí por voluntad propia, no porque el mago les había obligado a venir. El único que no parecía demasiado preocupado era el capitán MalaPata, pensó Érica. Tenía la mirada extraviada, como si no supiese muy bien lo que estaba pasando. —¿Acaso se habría golpeado la cabeza al intentar ayudarla durante el forcejeo con Bullseye? —se preguntó la bruja preocupada.

En ese momento Orus se llevó la mano al pecho sujetando el amuleto con fuerza en su puño. El brillo verdoso salía por entre sus dedos.

—Adiós Markus, espero que te pudras en el infierno por todo lo que me hiciste, pero antes déjame saborear tu sufrimiento extremo —y con esto sacó su varita y trazó el signo arcano del hechizo mientras decía.

—¡Desperatio, Solis Morulus!

Un tremendo ruido rasgó el aire de la sala. Delante del grupo del capitán empezó a formarse una inmensa bola negra. Markus comprendió

inmediatamente como su antiguo amigo Suro pensaba deshacerse de ellos. Era un hechizo diabólico. Prohibido por todas las escuelas de magia, y que era prácticamente imposible crear sin la ayuda de un talismán de inmenso poder, un talismán como el que Orus mantenía en alto con su brazo extendido apuntando a la gran bola negra. Era el hechizo del Sol Negro.

Los ojos de Érica también se llenaron de temor al reconocer el hechizo sobre el que había leído en una ocasión, en la que logró colarse en la sección de libros prohibidos de la biblioteca de la academia de brujas del Caldero Escarlata. El Sol Negro brillaba sobre la cabeza de su víctima absorbiendo toda la felicidad de la persona, dejándola sumida en la desesperación más extrema, hasta que esta moría en agonía y dolor. Era una manera terrible de perecer, y por eso el hechizo estaba totalmente prohibido por los códigos de ética de todos los magos del mundo. Pero estaba claro que esos códigos no funcionaban dentro de la Hermandad.

La bola seguía creciendo mientras Orus mostraba una sonrisa diabólica al ver por fin su sueño cumplido. Los gemelos, Slash y Sonia se llevaron las manos a la cabeza como si un tremendo dolor les estuviera taladrando el cerebro. En un segundo habían caído al suelo y se retorcían de dolor mientras gritaban. El Sol Negro brillaba con fuerza sobre sus cabezas aumentando su poder.

Érica y Markus también empezaron a sentir los efectos del maléfico hechizo. Las lágrimas corrían por las mejillas de Érica al sentir como el Sol Negro absorbía las pocas memorias felices que tenía de sus padres cuando era pequeña.

—¡No! —gritó ella cayendo de rodillas.

MalaPata estaba a su lado mirándola de un modo extraño. Él no sentía ningún dolor, solo un inmenso vacío. Sabía que debía sentir alguna emoción al ver a sus amigos, y especialmente a Érica retorciéndose de dolor y agonía en el suelo al lado de él, pero nada parecía venirle a la mente. Se notaba muy raro, como si estuviese entumecido o anestesiado.

De pronto recordó lo que Érica le dijo. Si no revertían los efectos de la poción de la Eterna Solución en treinta días, los efectos serían permanentes y todas sus emociones desaparecerían para siempre. Esa noche había luna llena. Su tiempo se había agotado, por eso no sentía nada.

En unos minutos el Sol Negro habría consumido a los miembros de la expedición completamente, dejando en el suelo los cuerpos inertes y vacíos de

todos ellos. Pero mientras tanto Orus estaba saboreando cada segundo de agonía de Markus. El pobre mago se arrastraba por el suelo intentando en vano llegar hasta su sobrina para ayudarla.

—Realmente eres patético hasta el final —afirmó el brujo saboreando su venganza.

Los Invisibles habían huido de la sala ante el poder del hechizo que amenazaba con destruirles a ellos también. Los miembros del consejo de la Hermandad estarían furiosos con Orus, cuando se enterasen del tipo de encantamiento que estaba usando dentro de la fortaleza. Probablemente nadie se atrevería a enfrentarse directamente con él mientras tuviese el amuleto. Ahora era demasiado poderoso hasta para la Hermandad, reflexionó el Maestro de los Invisibles, mientras bajaba las escaleras de la Sala del Consejo tambaleándose por los efectos del Sol Negro.

Mientras MalaPata miraba a la extraña bola negra que había en medio de la sala, notó como una mano se aferraba a la suya. Miró hacia el suelo y vio la cara de Érica que le miraba suplicándole con los ojos, llenos de lágrimas y con una mueca de dolor.

—No dejes que se los lleve por favor MalaPata — le suplicó agarrándole la mano con fuerza —no dejes que se lleve los recuerdos de mis padres, es todo lo que me queda de ellos.

Esos ojos. Había algo en lo más profundo de ellos que le hizo sentir una bola de fuego en el pecho que parecía estar expandiéndose por todo su cuerpo.

La mano le soltó y ella cayó desmayada en el suelo.

Una sensación de furia e ira le recorrió todas las extremidades.

—¡Érica! —clamó al cielo.

—¡Me las pagarás por hacerle daño! —bramó MalaPata cogiendo su sable y lanzándose hacia donde, un sorprendido Orus, intentaba reaccionar.

Como era posible que ese capitán de opereta pudiese todavía moverse. Debería estar en el suelo retorciéndose en agonía como los demás. Nadie era inmune al hechizo del Sol Negro, Pensó atemorizado el brujo, viendo al capitán lanzarse a la carga contra él.

Pero claro, Orus no había tenido en cuenta que el cuerpo de MalaPata estaba vacío de emociones por los efectos adversos que había tenido la poción de

la Eterna Solución, y por lo tanto, su malvado hechizo no podía absorber algo que ya no estaba allí, así que era inmune a sus efectos maléficos.

El pánico empezó a apoderarse de Orus. El Sol Negro requería de su total concentración para poder mantenerlo estable, pero todavía podía salvar la situación.

Con un gesto de su mano logró que las armaduras volvieran a la vida desde sus puestos de guardia.

—¡Acabad con el capitán, montones de hojalata! —les ordenó furioso.

Los guardianes de metal se pusieron todos en marcha con un solo objetivo. Acabar con la vida del capitán MalaPata. Este vio lo que pasaba y se lanzó a la carrera hacia Orus. Tenía que llegar hasta él antes de que las malditas armaduras le hicieran papilla.

—Demasiado tarde capitán — le espetó el brujo mientras dos armaduras se situaban delante de él, a modo de barrera y avanzaban inexorablemente hacia MalaPata.

Solo quedaba una opción. Las armaduras se le iban a echar encima en unos segundos y el Sol Negro estaba acabando con sus amigos. Debía actuar inmediatamente. Sabía que lo que iba a hacer le iba a costar la vida y su amor por Érica, pero al menos ella estaría a salvo si todo salía bien.

Con ese pensamiento encontró la fuerza que necesitaba. Echó a correr hacia el centro de la sala donde estaba la gran mesa del consejo. El capitán dio un gran salto subiéndose encima de la mesa esquivando por milímetros las manos metálicas que intentaban atraparle desesperadamente. Continúo su loca carrera por encima de la mesa saltando por encima de los sables y hachas con los que el resto de las armaduras intentaban cortar el paso. Cuando llegó al final, se lanzó al vacío en un gran salto, pasando por encima de los cascos de los dos últimos guardianes de metal que le cerraban el paso.

Orus vio venir al capitán como en un sueño a cámara lenta. El pirata volaba por encima de sus guardianes con su sable extendido por encima de su cabeza. Estaba claro que el objetivo del capitán era el pecho del brujo, por lo que Orus instintivamente se llevó allí la mano con la que sujetaba el amuleto.

La punta del sable encontró su objetivo, que al contrario de lo que pensaba Orus, no era él, sino el amuleto del Dragón de Jade. Sin él, MalaPata sabía que Orus no podría mantener el hechizo del Sol Negro que estaba robando las

preciosas memorias de Érica.

El amuleto se partió en dos al ser golpeado por la punta del sable, causando una enorme explosión que lanzó a Orus y a MalaPata volando por los aires. Los dos cayeron inconscientes cada uno a un lado de la habitación del Consejo Supremo. Las armaduras que estaban casi encima del capitán, cayeron al suelo inertes. Sin la fuerza de voluntad de su amo no eran más que títeres de hojalata sin cuerdas. La bola que formaba el Sol Negro empezó a deshacerse como una ligera neblina.

Los miembros de los Malditos y Markus notaron inmediatamente como el dolor desaparecía, y sus memorias y recuerdos volvían de nuevo a sus cuerpos, mientras se intentaban poner de pie todavía temblando por la terrible experiencia por la que acababan de pasar.

Érica parecía despertarse de un profundo sueño. Le dolía bastante la cabeza después de que primero le hubiesen golpeado y después hubieran intentado absorber sus memorias, pero para su gran alivio, todavía recordaba a sus padres con claridad.

Al ver que el resto del grupo también empezaba a recuperarse, se dio la vuelta para localizar al capitán. Al principio no le veía. Recordaba que había estado de pie a su lado justo antes de sumirse en un negro sueño, pero —¿dónde estaba ahora? —se preguntó preocupada.

De repente le vio, su figura inerte estaba tumbada boca arriba encima de la mesa del consejo. Parecía que estaba muerto.

Érica se abalanzó precipitadamente hasta allí para ver cómo se encontraba.

—¡Capitán, capitán! — le zarandeó desesperada. —!Respóndeme MalaPata!

El capitán abrió los ojos lentamente. Ella estaba a salvo, pensó satisfecho con una sonrisa.

—Me alegro mucho de verte Érica— Le aseguró mientras levantaba su mano para acariciar su cara. —Pero me temo que es hora de decirnos adiós — lamentó MalaPata, todavía tumbado en la mesa sin poder moverse por el fuerte impacto de la explosión.

La muchacha no entendía lo que el capitán quería decir.

—Me temo que la única manera que se me ocurrió para salvarte fue

destruyendo el amuleto del Dragón de Jade. Y por lo que veo, dio resultado—explicó con una débil sonrisa.

Érica empezó a comprender. Al destruir el amuleto, el capitán había acabado con el hechizo del Sol Negro salvándoles la vida, pero también había destruido cualquier posibilidad de salvarse a sí mismo. Sin el talismán no se podían revertir los efectos de la poción de la Eterna Solución. El capitán MalaPata estaba condenado para toda la eternidad.

—¡No, MalaPata, no! —negaba la bruja con su cabeza mientras las lágrimas le corrían por las mejillas cayendo en el rostro del capitán. — Encontraremos una manera de salvarte, no te preocupes —le repetía una y otra vez.

—Siento que esta sea la primera vez que no cumplo con mi palabra, pero me temo que no podré acompañarte a buscar a tus padres al triángulo de las Bermudas tal y como te prometí. Espero que lo entiendas —añadió con una voz cansada.

Érica le sujetaba las manos mientras pensaba que hacer.

La promesa, la clave estaba en la promesa.

29. La promesa

Érica cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir. En ellos había un nuevo brillo de esperanza. Ahora sabía que debía hacer. Se secó las lágrimas con la manga de su chaqueta y mirando fijamente a MalaPata le dijo.

—Lo siento capitán, pero me temo que tendrás que cumplir tu promesa. Eres un capitán pirata, y cuando das tu palabra, debes cumplirla. Aunque tengas que cruzar los infiernos para hacerlo.

MalaPata no sabía que decir. Lo que dijo la bruja le pilló completamente por sorpresa.

El resto de los malditos se acercaron hasta la mesa donde estaba tumbado el capitán.

—¿Es cierto que estas renegando de la promesa que le hiciste a esta dulce bruja en la Cueva del Olvido?— le preguntó Sonia malhumorada —¿Qué clase de capitán pirata de tres al cuarto eres tú?

El resto de los Malditos asintió con la cabeza.

—Es realmente patético —añadieron los gemelos repugnados.

MalaPata pensaba que se estaba volviendo loco. Acababa de salvarles a todos la vida y ahora se estaban mofando de él con él. —¿Acaso había muerto en la explosión y estaba en el infierno? —se preguntó desesperado.

Markus también estaba allí de pie mirándole entristecido.

—Debes hacer honor a tu palabra y ayudar a mi sobrina a encontrar a sus padres, si no, quedarás deshonorado ante todo el gremio de piratas. La gente te recordará como al mentiroso capitán MalaPata —afirmó duramente.

En ese momento el capitán empezó a notar algo en el pecho. Sabía lo que era. Era rabia pura y dura.

—¿Cómo se atrevían estos desagradecidos a juzgarle de esta manera, después de que había abandonado toda esperanza de volver a ser una persona normal por salvarles el pescuezo? —pensó el capitán furioso.

Pero lo que más le dolía era que Érica fue la que había comenzado con las burlas. Ella era la razón por la que había sacrificado lo más importante para él en este mundo ingrato. Su amor por ella. —¿Cómo podía pagarle ahora de esa manera? —se preguntó con la ira hirviéndole la sangre.

Se levantó temblando de la mesa. Los gemelos le cerraban el paso, pero de un empujón se abrió camino entre ellos. Necesitaba encontrar a Érica y decirle lo que sentía antes de que la luna llena, que brillaba en la ventana, desapareciera para siempre, y con ella el último de sus sentimientos.

Se giró explorando la sala con la vista. Allí estaba ella, arrodillada al lado de Orus, buscando entre los escombros que había por el suelo. Antes de que la alcanzase cogió algo del suelo y se giró mirándole intensamente.

La mirada de Érica era fría y despiadada.

Bueno, si las cosas iban a ser así mejor acabar cuanto antes pensó el capitán.

—Siento que estés decepcionada Érica, porque no pueda cumplir mi palabra pero... —el capitán no pudo terminar su frase, ya que la bruja le cortó en seco.

—Si no quieres venir porque tienes miedo no es un problema, aunque no tenía por un cobarde, está claro que estaba equivocada — asintió la bruja con total frialdad.

—¡Yo, un cobarde! ¡Yo que andaría por los valles del infierno por ti, que cruzaría las estepas de las tundras por ti, que daría mi vida por ti... —ahora la furia del capitán era como un huracán que estaba a punto de explotar.

Aunque en teoría no debía quedarle apenas ningún sentimiento en el cuerpo, las palabras de Érica desencadenaron un torrente de ellos. Manaban por todos sus poros de una manera salvaje y descontrolada.

La ira se mezclaba con la rabia, la frustración con la esperanza, la amistad con la tristeza. El amor con la soledad. Su corazón era un torbellino de emociones y donde no debía haber nada, había un todo salido de la nada. La presión en su alma era insostenible. Se llevó las manos a la cabeza y gritó.

—¡Basta, no puedo aguantar más!

Érica se acercó hasta él y mientras le besaba apasionadamente en la boca, le apretó el pecho con fuerza con el objeto que llevaba oculto en la mano. Era una

de las mitades del amuleto del Dragón de Jade.

MalaPata sintió como algo estallaba en su pecho. Una inmensa bola de energía le recorrió de pies a cabeza mientras caía al suelo de rodillas.

Todo el vacío que había sentido con anterioridad había desaparecido. Sus emociones volvían a llenar su cuerpo y su espíritu.

Érica lloraba desconsoladamente rodeándole en un fuerte abrazo, mientras le pedía perdón una y otra vez por las cosas que le había dicho antes. MalaPata no entendía nada.

Pasaron varios minutos abrazados sin decir nada, hasta que Markus Salazar se aproximó a la pareja.

—Creo que le debemos una explicación al capitán. ¿No crees Érica? —sugirió el mago mientras se sentaban en las sillas del consejo que todavía estaban de una pieza.

Markus tomó la palabra.

—Querido capitán, lo primero que quiero hacer es darte las gracias por salvarnos la vida. Sin tu desinteresada acción ahora todos estaríamos muertos. Lo segundo que quiero hacer es pedirte perdón por cómo te hemos tratado hace unos minutos, pero cuando te explique el por qué quizás puedas perdonarnos.

—Todo lo que ha pasado ha sido un plan de Érica. Al darse cuenta de lo que había pasado con el amuleto, recordó que aún nos quedaba una mínima posibilidad de salvarte, pero para ello debía hacer fluir tus emociones en ti, de una manera salvaje, para lograr reestablecerlas de nuevo con la ayuda del poco poder que quedaba almacenado en una de las mitades del amuleto. Había que actuar rápidamente, porque los poderes del talismán estaban desapareciendo rápidamente cuando lo partiste por la mitad.

—Ella sabía que si te contaba el plan sería muy difícil que tus emociones reflotaran por si solas de manera natural, así que hizo lo que pensó que sería lo más adecuado para lograr su propósito —continuó el mago.

—Érica empezó a hablarte con si fueses un cobarde miserable que intentaba escurrir el bulto de la promesa que le habías hecho anteriormente. Ya que la rabia es, junto al amor y al odio, una de las emociones más poderosas que experimentan los seres humanos.

Al decir esto el capitán pudo ver como la bruja bajaba la vista avergonzada.

Él le cogió la mano para que viera que entendía lo que había pasado. Ella le miró a los ojos agradecida, mientras apretaba sus dedos con fuerza.

—El resto del grupo de los Malditos pareció entender rápidamente lo que sucedía, así que se unieron a Érica criticándote y burlándose de ti, para que tus emociones fluyeran con más fuerza.

—Yo también hice lo que pude al comprender el plan de mi sobrina, aunque creo que nada fue tan efectivo como cuando ella te acusó de ser un cobarde. En ese momento pensé que estabas a punto de estallar de rabia.

—Cuando ella vio que era el momento de darte el golpe de gracia, Érica usó la mitad del talismán del Dragón de Jade que estaba entre los escombros y lo puso en tu pecho para que su poder se uniera a tus sentimientos y lograra hacerlos resurgir nuevamente destruyendo así el efecto de la Poción de la Eterna Solución —terminó de aclarar el mago Salazar.

—¿De lo que no estoy tan seguro es lo que pinta el beso que te dio mi sobrina mientras te ponía en contacto con el amuleto? Debe ser una parte de su plan que quizás un viejo como yo no comprenda tan bien como debería —comentó el mago ocultando una sonrisa, mientras Érica pasaba del color rojo a un púrpura atardecer.

—En fin, lo importante es que los efectos de la poción de la Eterna Solución has sido detenidos y tus sentimientos y emociones vuelven a ser tuyos. Enhorabuena capitán —le felicitó Markus Salazar con una gran sonrisa estrechando la mano de MalaPata.

—¡Hip, Hip Hurra! —gritaron el resto de los Malditos lanzando sus sombreros por el aire.

MalaPata se volvió para darles las gracias a todos por haberle salvado la vida. Se levantó de la silla y se acercó hasta el grupo de los Malditos, que ahora solo contaba con cuatro miembros después de comprobar que la armadura Estigia había absorbido toda la fuerza vital de Bullseye. Al levantar la visera del casco, para ver si todavía podían salvar al traidor, se encontraron que una calavera a medio descomponer les miraba con sus orbitas vacías. Su traición le había salido cara.

Markus se alejó para ver lo que había sido de Orus. Su antiguo compañero estaba inconsciente pero vivo encima de una montaña de escombros. Por lo visto, se había llevado la peor parte de la explosión cuando el capitán rompió el

amuleto en dos. Su corazón estaba dividido, por una parte sabía que si le dejaban con vida el vengativo brujo volvería a la carga para matarles, pero por otra, Markus Salazar no era un asesino. Esa fue la principal razón por la que se alejó de la Hermandad. Ni lo era entonces, ni lo era ahora.

Si Markus acababa con Orus sería en un combate cara a cara, no cuando estaba inconsciente sin poder defenderse.

—Me imagino que volveremos a vernos viejo amigo. La próxima vez estaré mejor preparado, te lo aseguro —le aseguró a un inmóvil Orus, mientras se alejaba hacia la puerta oculta detrás del tapiz.

—¡Eh, vosotros, tortolitos! será mejor que nos pongamos en camino antes de que el resto de la Hermandad se dé cuenta de lo que ha pasado y manden a todos sus Invisibles para acabar con nosotros —les dijo a Érica y a MalaPata que seguían cogidos de la mano mirándose a los ojos como si el resto del mundo no existiese.

La voz de Markus pareció despertarles del trance en el que estaban, e inmediatamente se reunieron con él debajo del tapiz para abandonar la derruida sala.

El resto de los Malditos se unió al grupo, tras recoger todo lo que pudieron encontrar de valor en la sala del Gran Consejo. —No era cuestión de irse con las manos vacías después de quedarse sin su preciado amuleto. —sentenció Sonia mientras admiraba el anillo de rubíes que le había quitado a Orus antes de salir.

—Ese brujo de tres al cuarto se va a poner hecho una fiera cuando vea que se ha quedado sin su anillo — rio divertida, mientras bajaba la larga escalera de piedra que les llevaría a los pasadizos.

Sin perder tiempo deshicieron el camino que les llevó hasta la entrada de la cueva del Olvido, donde para su gran sorpresa, les esperaba un sucio y ensangrentado Grendel.

—Creo que la Hermandad se lo va a pensar dos veces antes de volver a contar con los servicios de otro gigante —exclamó con una poderosa carcajada.

—Quería pedir os un pequeño favor —dijo el gigante, —¿me llevarías hasta las Montañas Esmeralda antes de volver a vuestra casa por favor?. Me gustaría intentar volver a mi clan si ellos me aceptan —aclaró el gigante apesadumbrado.

—Por supuesto Grendel —contestó el capitán MalaPata, —después de todo

no creo que hubiésemos logrado salir de esta aventura sin tu ayuda.

Sabía que, además, Érica se sentía en deuda con el gigante por haber salvado la vida de sus padres, y probablemente la suya tantos años atrás.

—Muchas gracias —dijo agradecido el gigante. —Os mostraré un atajo hasta vuestro barco, para que podamos zarpar inmediatamente antes de que la Hermandad se recupere del varapalo que le hemos dado hoy. Pero recordad lo que os digo. Los brujos son unos humanos malvados y mezquinos y nunca olvidan una afrenta. Seguramente intentarán vengarse de vosotros por todos los medios. Estáis avisados —les advirtió Grendel.

—Les estaremos esperando con los brazos abiertos y los revólveres cargados —respondió Sonia guiñándole el ojo.

Tras un par de horas de marcha por el atajo que había sugerido Grendel, llegaron a la bahía donde reposaba El gato Negro.

MalaPata notó como sus ojos se humedecían al volver a ver su barco, cosa que pensaba honestamente que nunca iba a suceder.

—Bueno Érica, creo que finalmente si voy a poder cumplir la promesa que te hice —afirmó con una gran sonrisa. —Pondremos rumbo hacia el triángulo de las Bermudas con una pequeña parada para dejar a nuestro huésped en las Montañas Esmeralda.

Érica se abrazó a su cuello y le dio un sonoro beso en la boca.

Markus levantó las cejas y le comentó a su sobrina divertido.

—¡Vaya!, por lo que veo parece que el capitán está recibiendo un tratamiento de refuerzo, por si recae con el mal de la poción de la Eterna Solución.

El resto del grupo se partía de la risa, mientras Érica se marchaba roja como un tomate a toda prisa en dirección a la playa donde les esperaba el Gato Negro.

30. Epílogo

Después de hacer algunos preparativos y lograr acomodar al enorme gigante en la cubierta del Gato Negro, el barco levó anclas.

Usando nuevamente el hechizo de la Burbuja Acuática atravesaron la barrera de la niebla envenenada. —Parecía que habían pasado años desde que habían llegado a aquella maldita isla cuando hacía solo unos días —pensó el capitán.

Por lo menos, después de todos sus sufrimientos, habían logrado sus objetivos, o al menos algunos de ellos. Le habían propinado una buena lección a la Hermandad. Érica había descubierto la verdad sobre lo que le pasó a sus padres, sin tener que matar a nadie y él había logrado detener los efectos de la terrible poción que le roía por dentro.

Por desgracia habían perdido a uno de los miembros del equipo, y aunque este les había traicionado a los brujos de la Hermandad, MalaPata todavía sentía un cierto desazón por lo que le había pasado a Bullseye. Nadie merece una muerte así, pensó el pirata.

El Gato Negro surcaba el agua perezosamente empujado por una suave brisa. Él seguía ensimismado en la cubierta mirando el mar cuando se dio cuenta de que Érica estaba a su lado apoyada en la barandilla.

—Capitán, ¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo ella con una sonrisa.

—Claro Érica, pregunta lo que quieras.

—¿Por qué no le cambista nunca el nombre a tu barco? —pregunto curiosa.

—Por una razón muy simple, Érica.

—Dicen que cambiarle el nombre a un barco trae mala suerte.

Los dos se miraron a los ojos y se echaron a reír sin parar.

Sigue las peripecias del capitán MalaPata
en su próxima aventura:

El capitán MalaPata
En el Triángulo de las Bermudas